

# REVISTA CONTEMPORÁNEA



36940 4

REVISTA

CONTEMPORÁNEA

DIRECTOR

RAFAEL ALVAREZ SEREIX

AÑO XXVI—TOMO CXVIII

ABRIL — MAYO — JUNIO 1900

(DERECHOS RESERVADOS)



DIRECCIÓN

San Vicente Alta, 6, pral. dra.

ADMINISTRACIÓN

Pizarro, núm. 17, principal.

M A D R I D



MADRID, 1900

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

*Libertad, 16 duplicado, bajo*

# ALTERACIONES Y TRASTORNOS EN CATALUÑA

DESDE EL REINADO DE FELIPE IV HASTA NUESTROS DÍAS

## I

«Yo pretendo escribir las cosas memorables que en nuestros días han sucedido en España, en la provincia de Cataluña, cuyos movimientos alteraron todo el orden de la república, á vista de los cuales estuvo pendiente la atención política de todos los príncipes y gentes de Europa». De esta manera comenzó Melo, á mediados del siglo XVII, su *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*.

Felipe IV, desde el año 1626, en que celebró Cortes en Barcelona, estaba quejoso de los catalanes, y éstos, á su vez, miraban con recelo al Rey, y en particular al primer ministro Conde-duque de Olivares. Sin tener en cuenta los tres brazos de Cataluña que Felipe IV se hallaba amenazado por las armas enemigas, no sólo le negaron subsidios, sino que quisieron indemnizarse de cantidades que antes le prestaron. En el duro corazón de los catalanes no hicieron mella las cariñosas y dulces palabras del monarca. Los otros dos reinos de Valencia y Aragón habian sido más complacientes. Salió el Rey de Barcelona sin anunciar su partida, ni aun á las mismas Cortes, harto desabrido por la conducta de los altivos hijos de la capital del principado. Después de estos sucesos, la paz no podía ser duradera entre el inexperto soberano y el orgulloso Olivares por un lado, y entre los catalanes, celosos de sus libertades y franquicias, por otro. Los barceloneses sufrieron insultos del de Olivares, vieron que la soldadesca saqueaba sus casas y atentaba al honor de sus familias, y que

el diputado por la nobleza, Tamarit, y dos consellers de la ciudad eran reducidos á prisión.

Cuadrillas de segadores, como era costumbre todos los años, bajaron de las montañas á Barcelona. En la mañana del Corpus (7 de Junio de 1640) recorrían las calles de la ciudad haciendo gala de su origen catalán aquellos hombres rústicos, más deseosos de algazara que de tranquilidad; los cuales, formando primeramente corrillos y después recorriendo calles y plazas, insultaban á los castellanos. El pueblo de Barcelona se puso al lado de los segadores. «Son los catalanes (por la mayor parte) hombres de durísimo natural, sus palabras pocas, á que parece los inclina también su propio lenguaje, cuyas cláusulas y dicciones son brevísimas: en las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados á venganza: estiman mucho su honor y su palabra, no menos su exención, por lo que entre las más naciones de España son amantes de su libertad» (1). Una chispa arrojada á los materiales hacinados será causa de voraz incendio. Entre los segadores había uno, que en tiempos atrás formaba parte de los grupos que en Santa Coloma de Farnés pegaron fuego á la casa donde se refugiaba el alguacil real Monredón, y reconocido ahora por un ministro inferior de la justicia, hechura del mencionado Monredón, quiso detenerle. De la lucha salió herido el segador. Otros segadores acudieron en su auxilio, y otros representantes de la justicia se pusieron al lado de su compañero. Entonces, un grupo de soldados que guardaban el palacio del Virrey Santa Coloma dispararon sus armas, preparándose á la resistencia los segadores y el pueblo, á los gritos de ¡*Visca Catalunya!* ¡*Mori 'l mal govern de Felip!* Éstos, cada vez con más fuerza, herían y mataban á los castellanos, y eran castellanos para ellos los que no eran catalanes. Intentó huir el Virrey Santa Coloma, siendo asesinado camino de Montjuich. El ejemplo de Barcelona fué seguido por toda Cataluña.

Llegó la noticia á Madrid, causando general sorpresa en el

---

(1) Melo, *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, pág. 45.

Gobierno, que no esperaba insurrección tan formidable. Reconocida la gravedad por todos, acerca del remedio los pareceres fueron diversos. Opinaban unos que la fuerza debía repelerse con la fuerza, haciendo sentir sobre los sediciosos severo castigo; otros creían que el perdón después del arrepentimiento sería medida salvadora para apagar el fuego que amenazaba propagarse con violencia irresistible. Ni el virreinato del Duque de Cardona, ni el del Obispo de Barcelona pusieron paz, acordándose al fin llevar la guerra á Cataluña. Nombróse Capitán general y Virrey al Marqués de los Vélez.

Barcelona, alentada por el discurso belicoso de D. Pedro Claris, canónigo de la iglesia de Urgel, aceptó el reto, y en su enemiga á Castilla, se echó en brazos de Francia, pidiendo amparo á Luis XIII y al Cardenal Richelieu. El clero en el confesonario, en el púlpito y en conversaciones particulares excitaba á los revoltosos. Desde el año 1640 hasta el 1652 duró la guerra, la cual terminó, no sin que Felipe IV concediese al principado sus antiguos privilegios.

## II

Véase la segunda y no menos importante insurrección del principado.

Reconocido Felipe V de Borbón Rey de España, el Archiduque Carlos de Austria se presentó en la playa de Barcelona, y desde la torre de Sans, donde plantó sus reales (1705), se dirigió á los catalanes ofreciéndoles conservar su religión, privilegios, fueros y libertades. Gozosos recibieron al pretendiente Archiduque, y al exclamar *¡Visca Carlos Tercer!* juraron morir antes que abandonar la causa del austriaco Felipe V, llevando consigo al Mariscal de Tessé y al frente de formidable ejército, puso sitio á Barcelona, mientras una flota, mandada por el Conde de Tolouse, hijo natural de Luis XIV, se presentó en el puerto. La ciudad fué sitiada por mar y tierra. Sin embargo, se resistió con verdadero heroísmo, teniendo Felipe V que retirarse con 6.000 hombres menos de los que había llevado á Cataluña. Aunque Carlos, como dice Macaulay, *hacia*

*vida muelle y palaciega* en Barcelona; aunque los generales ingleses, en particular el intrépido y caballeroso Peterborough, profesaban poco afecto al Archiduque, Cataluña peleó valientemente. Rica fué en hechos importantes la guerra del principado contra toda España. Los barceloneses no desmayaron en su empresa, ni desfallecieron por las adversidades. Los alentaban los sucesos prósperos, y los desgraciados no los asustaban ni les hacían decaer el ánimo.

Si rudo golpe sufrió la insurrección cuando el Archiduque José fué coronado Emperador de Alemania, y más rudo todavía cuando Inglaterra se separó de la confederación, y casi mortal y decisivo cuando en las conferencias de Utrecht se acordó la evacuación del principado por los imperiales, no obstante, los catalanes, abandonados de todo el mundo, pero tenaces y obstinados en la rebelión, acordaron luchar hasta el último extremo. La ciudad condal era la única población de España que retaba á singular combate á castellanos y franceses. Asaltada la ciudad por el Mariscal Berwick; atacado el baluarte del Este por los franceses, y los de Santa Clara y Puerta Nueva por los castellanos; incendiados algunos puntos, cayó, como Sagunto y Numancia (13 de Septiembre de 1714), abrazada á su bandera. Para ello fué necesario que á Felipe V y los castellanos se uniesen los franceses y el Mariscal de Berwick. De este modo quedó restablecida la unidad nacional de España.

Luis XIV escribió á su nieto (1.º de Agosto de 1714), y Mad. de Maintenon á la Princesa de los Ursinos (4 de Agosto de 1714), interesándose por la conservación de los privilegios municipales de Barcelona, y aunque Felipe V cedió á los consejos del Rey de Francia, Cataluña guardó siempre en su pecho odio eterno al primer Borbón y á Castilla.

### III

Procede tratar ahora de la guerra de Cataluña en tiempo de Fernando VII.

La conjuración de los *malcontents* ó agraviados puso en ver-

dadero aprieto al Gobierno de Fernando VII. Decían aquéllos que Fernando simpatizaba con los liberales, y que el Infante D. Carlos era más digno de empuñar el cetro de intransigente absolutismo. Ésta era la síntesis del *manifesto* que dirigió al pueblo español la *Federación de realistas puros*, y cuya impresión se hizo á últimos del año 1826. Partidas armadas aparecieron en Cataluña, pero las tropas encargadas de sofocar el levantamiento lograron dispersarlas pronto. Más tarde insurrección formidable, dirigida por D. Agustín Saperes, alias *el Casagol*, y por D. José Bussons, alias *Jep dels Estanys*, con no pocos clérigos, estalló en Manresa, á los gritos de ¡Visca la Religión! ¡Visca Fernando VII! ¡Visca la Inquisición!, la cual se proponía *acabar con todos los liberales del suelo español*. El espíritu que impulsaba la rebelión en Manresa, Vich, Tarragona, Reus, Solsona, Lérida y Gerona era abiertamente teocrático. Fernando VII, el Gobierno y el Marqués de Campo Sagrado, Capitán General de Cataluña, se prepararon á restablecer el orden. El viaje de Fernando VII á las provincias catalanas; las alocuciones que, como *padre cariñoso*, dirigió á los rebeldes, y el ejército del Conde de España quitaron fuerza á la insurrección. En Vich, cuando el Obispo se presentó al Conde de España, éste le dijo: «¿Recuerda V. S. I. lo que sucedió en el siglo XVI al Obispo de Zamora? Aquella escena (el Obispo Acuña fué ahorcado en Simancas) puede repetirse ahora, si el Rey católico lo manda». Horro- rizan los suplicios que mandó ejecutar el Conde de España.

Engañados los rebeldes por falsas promesas, divididos ellos mismos, traicionados tal vez por alguno de los ministros de Fernando VII y mimados por el monarca, al mismo tiempo que terrible y cruel persecución desplegaba contra los liberales aquel verdugo ó loco que se llamaba Capitán General de Cataluña, depusieron las armas y se entregaron á la real clemencia del soberano.

Sucumbieron los catalanes ante la fuerza y el engaño, y, para sus adentros, no sólo fueron tiranos Fernando VII y el Conde de España, sino el Gobierno de Madrid y los castellanos, sin advertir que éstos tenían más motivos de quejarse de aquel monarca que los habitantes del principado.

## IV

Hemos llegado al punto más importante de este artículo, esto es, al movimiento de Cataluña en lo presente. En el año de 1898 publicóse en París, en idioma francés, por el *Comité nacionalista catalán* el folleto intitulado *La cuestión catalana*. Haciendo un paralelo entre el hijo de Cataluña y el castellano, dice: «El uno, positivo y realista; el otro, caprichoso y charlatán; el uno, lleno de previsión; el otro, tipo fiel de la imprevisión; el uno, arrastrado por la corriente industrial de los pueblos modernos; el otro, alimentado por los prejuicios del *hidalgo*, agobiado de deudas y lleno de orgullo» (1). Más adelante añade: «Las Universidades no enseñan, los gobernantes no gobiernan, los empleados no administran. las escuadras se van á pique espontáneamente ante nuestros adversarios, y los ejércitos sirven, no para vencer á los enemigos exteriores, sino para imponer la dictadura en el interior. Tal es el Estado español» (2). Bajo el epigrafe *Soluciones* se lee: «Para resolver el antagonismo existente entre el pueblo catalán y el castellano, cuyo instrumento de dominación es el Estado español, la opinión pública se ha dividido en dos tendencias diferentes. La primera, representada por la *Memoria* dirigida á Alfonso XII en 1885 y por los acuerdos de la *Asamblea general catalanista* que tuvo lugar en Manresa en 1892, admite la continuación de la unidad política de España, pero procurando organizar el Estado sobre la base de la federación y de la autonomía de las diferentes regiones que poseen una personalidad bien definida» (3). Termina del siguiente modo: «Si el Estado español, amaestrado por tantos desastres, inicia una vida nueva, marchando derecho al particularismo, la idea separatista, ya sin objeto, en lugar de adquirir fuerza, perderá rápidamente terreno. Si continúa la política

---

(1) Página 5.

(2) Página 3.

(3) Página 17.

tradicional, sólo dependerá de Francia el hacer predominar el partido anexionista ó el de la independencia» (1).

Del discurso que en 12 de Diciembre de 1898 pronunció D. José Franqueza y Gomis, presidente de la Lliga de Catalunya, en la sesión inaugural del curso, impreso en catalán, castellano y francés, trasladaré aquí el tema y algunos epígrafes. El tema fué: «De los actuales conflictos de España y de la situación del catalanismo ante los mismos», y entre los epígrafes se hallan: «Postración actual de España». — «Falsas explicaciones de la causa de los desastres.» — «La causa real de tanta ruina. La Historia de España. *Don Quijote.*» — «Funestísimos defectos del carácter español... su orgullo y su crueldad.» — «La ligereza española. Su culto á las formas aparentes. Su horror á la libertad.» — «Menguados planes de regeneración de los políticos y de la gente de orden.» — «El regionalismo se impone» — «La unión de los catalanes será la victoria de Cataluña.» Abro el discurso y leo: «Al hablar de España entendemos la raza castellana, constituida en árbitra y monopolizadora de casi toda la Península... La historia de España está aún por escribir, porque no es posible que sea tenida por tal todo ese interminable tejido de falsas leyendas cien veces reproducidas, que quieren hacerla pasar por una nación siempre independiente y siempre victoriosa y magnánima y generosa y noble, siendo así que es el pueblo que más veces ha sentido las pisadas de extrañas dominaciones, y el que por más tiempo ha tenido que soportarlas, y el que más humildemente se ha doblegado al ser vencido, y el que más tiránicamente se ha impuesto al ser vencedor» (2).

El folleto *Catalunya autónoma*, que, en sentido absolutista y teocrático, se ha publicado en 1899, como también el manifiesto del Club Autonomista Catalá, que vió la luz pública en Septiembre de aquel año, los dos en dialecto catalán, hacen un llamamiento á los hijos del principado para que se dispongan á conquistar la autonomía, empleando la fuerza si fuese necesario.

(1) Página 13.

(2) Páginas 55 y 56.

Por último, la prensa de la Ciudad de los Condes á todas horas amenaza al Gobierno y se prepara á sacar el pendón de *Santa Eulalia*, guardado desde el año 1714.

## V

Procede terminar este artículo. Altivos y amenazadores los hijos del principado, y mayor cada día la tirantez entre el poder central y los catalanes, presentimos, si pronto no se pone remedio, días tristes para la nación española. Ni en tiempos de Felipe IV, ni en el reinado de Felipe V, ni en el último período de la monarquía de Fernando VII, comenzó con tantos bríos el movimiento insurreccional de Cataluña. Es cierto que la *Unió Catalanista* afirma que sólo quiere la «autonomía administrativa y política de Cataluña, vinculada en la Asamblea de Manresa de 1892» (manifiesto publicado el 29 de Octubre de 1899 en *La Renaixensa*), y es cierto que el señor Mañé y Flaquer, en un artículo publicado en el mismo día en el *Diario de Barcelona*, dice que únicamente desea el *regionalismo* y de ningún modo el separatismo; pero ni la *Unió* ni el Sr. Mañé se hallan animados de gran entusiasmo por la unidad de la patria. Aunque ilustres personalidades protestan contra el calificativo de separatistas, el pueblo de Barcelona no cesa de entonar el canto de *Los segadores*. *Els segadors* es un himno marcial, un grito de guerra lanzado á España, una proclama revolucionaria. Creo difícil, pero no imposible, unir en una idea, en un sentimiento y en una aspiración á vascos navarros y castellanos; creo difícil, pero no imposible, unir del mismo modo á éstos y catalanes. Aunque la cuestión es ardua y compleja, hay necesidad de resolverla pronto, merced á una política previsora y serena.

Dícese por algunos que sólo unos cuantos locos son hoy los enemigos del Gobierno central. También unos cuantos locos fueron los primeros enemigos de Felipe IV, unos cuantos locos iniciaron la insurrección contra Felipe V y unos cuantos locos ó *agraviados* protestaron del Gobierno libera-

de Fernando VII. Pocos ó muchos, locos ó cuerdos, ¡quién sabe si volverán á sacar el *pendón de Santa Eulalia!*

Tenemos confianza en que el conflicto entre el Gobierno y Cataluña se resolverá pacíficamente, dado el clarísimo talento, la singular prudencia y el profundo conocimiento que tiene de la política y de la vida el actual Presidente del Consejo de Ministros. El día en que el Sr. Silvela haya logrado consolidar y robustecer la unidad nacional, haciendo olvidar el *Guernicaco arbola* á los fueristas del Norte y *Els segadors* á los autonomistas de Cataluña, habrá realizado uno de los hechos que más le enaltecerán como hombre de Estado.

JUAN ORTEGA RUBIO,

Catedrático en la Universidad Central.

# CURIOSIDADES FÍSICO-ASTRONÓMICAS

---

## CONVIENE DECLARAR...

Cosa grave consideraría yo que algún malicioso creyera hallar justos motivos para suponer en mí pretensiones de que en absoluto carezco.

¡Bueno sería que aspirase á codearme con los sabios! Juro en mi ánima, lector, que miro á esos señores con profundo respeto, y aun afirmo que para mirarlos desde el *piso inferior*, donde vivo, he de fatigar mis ojos con repetidos y á veces inútiles esfuerzos... ¡Como que moran ellos en las altas regiones de la ciencia, adonde no alcanza un miope, como yo, si no es con el auxilio de buenas lentes, y todavía no ve con precisión y claridad!

Con la sincera declaración que va por delante, el título de *Curiosidades* que aplico á esta menguada colección de artículos y el estilo casi familiar, y á ratos humorístico, con que están escritos, deseo convencer al lector de que en ellos no hay ni puede haber enseñanza ninguna para los que hayan hojeado importantes obras de Astronomía y Física...

Sólo me anima la esperanza de que sirvan para vulgarizar algunas hermosísimas verdades científicas, ó que, como tales, se consideran hoy. Cuando alguien se toma el trabajo de presentar sencillamente estas teorías ó verdades, sin profundizar su estudio técnico ni hablar una lengua desconocida para los que jamás se han metido en semejantes honduras y disquisiciones, hace un servicio á la república, porque divulga en una gran masa del público conocimientos de que éste carece, y quizá despierte en algunos ciudadanos el noble afán de adquirirlos más por extenso. En síntesis, contribuye á la ilustra-

ción y cultura del pueblo, y nadie me negará que esto es bien digno de aplauso.

Tales propósitos me animan: poner mi grano de arena en el colosal edificio de la ilustración popular, edificio cuyos cimientos apenas ¡ay! aparecen á flor de tierra en nuestra patria.

Es la Astronomía la más hermosa, la más sublime de las ciencias, la que más nos acerca á Dios y la que con mayor fuerza de elocuencia y sugestión nos hace vislumbrar la realidad de su omnipotencia.

¿Cómo no somos todos *aficionados* á la Astronomía? Fenómeno es que no me explico. Cuando parto en amigable conversación con una persona de regular cultura, y se presenta, en la evolución del diálogo, la oportunidad de preguntarle si le inspira interés el estudio de la Astronomía, al contestarme negativamente (lo cual ocurre con muchísima frecuencia) no puedo menos de mirarle con asombro, como se mira una cosa rara...—¿De veras—le digo—no inspira á usted curiosidad el cielo?—No, señor,—me contesta con naturalidad.—¿No ha sentido usted deseo por averiguar qué dice la ciencia acerca del Sol, que nos da la vida?—No, señor.——¿Y esos puntos luminosos que esmaitan la inmensidad del espacio no le incitan á meditar acerca de su misterioso destino?—No, señor.—¿Tampoco se le ha ocurrido alguna vez pensar en el planeta natal, que nos lleva por el espacio con velocidad espantosa?...—Hombre—acaba por contestarme, fatigado por mis preguntas,—todo eso son cosas de *chiflado*...

Es indefectible que se acaba la conversación con este expresivo neologismo, más comúnmente aplicado á los que rinden culto á Urania que á los que son devotos de otras musas, Terpsícore inclusive.

Cierto es que la lucha por la vida, las necesidades de la materia, á la que estamos fatalmente encadenados, nos obligan con harta frecuencia á inclinar la cabeza hacia la tierra para husmear si hay algo que comer, y con la cabeza baja no es posible ver el cielo. Pero ¿hemos de consumir nuestra existencia entera en escarbar el vil polvo del camino que recorremos? Conviene no olvidar que el objeto final de los fenómenos vitales (como ha dicho de un modo admirable el doctor

Budge) es «la manifestación de una voluntad y de una idea». No lo convirtamos todo en actos fisiológicos, en regalo del cuerpo, en satisfacción de deseos puramente materiales, y atendamos algo á Psiquis, pues tan simpática deidad mora en el empíreo, en lo alto, y mirando hacia arriba es como nos sentiremos inclinados á meditar, á inquirir nuestros destinos, á elevar nuestros corazones sobre las miserias terrestres. *¡Sursum corda!*

Vivir sin pensar que vivimos en el universo es como pasear por un amenísimo verjel con los ojos vendados para no deleitarlos con su belleza y perspectivas; con los conductos olfatorios obstruídos para no disfrutar los gratos aromas de la florecencia estival, y con las orejas tapadas para no oír los dulces trinos de las aves...

Sí; me produce extrañeza y asombro el desdén con que miran las gentes esa perenne maravilla del cielo estrellado; *tienen ojos y no ven...*

Precisamente estos días (primeros de Abril), antes de anochecer y mucho tiempo después de puesto el sol, brilla Venus en el horizonte occidental como lucero vespertino; luce sus espléndidos é inimitables fulgores de joya sidérea ese astro hermano gemelo de la Tierra, y parece como que todo ese atavío de luz solar prendida en él, toda su riqueza de diamantinos rayos, toda su hermosura y todo su encanto incomparable nos lo dedica... Pero nadie le hace caso; la muchedumbre, el hormiguero humano, los microorganismos que viven en el gran vientre de la capital, transitan por las calles, hablan de sus negocios, acuden á sus citas ó placeres, y ven los distraídos ojos con soberana indiferencia la deslumbrante flecha de oro que les envía el vecino planeta... Detengo, sin querer, mis pasos para contemplar un momento el celeste brillante, y soy atropellado y *barrido* por los sensatos y buenos vecinos de Madrid, más atentos á mirar dónde ponen el pie que á ocuparse en lo que pasa de tejas arriba; y gracias sean dadas si no me aplican el calificativo de marras, con la circunstancia agravante de no mediar la confianza amistosa que lo disculpa.

Perdona, lector, la digresión, y pasa adelante si gustas.

## LAS ESTRELLAS

## DIMENSIONES Y DISTANCIAS

Cuando en una noche pura y trasparente, sin luna, dirigimos nuestra mirada al cielo para contemplar tantos miles de estrellas como en él fulguran, parécenos que están todas repartidas aquí y allá sin orden ni concierto, desperdigadas, en inarmónica mezclanza, como si la mano del Creador las hubiera sembrado al azar en el abismo de lo infinito...

Debemos desconfiar de esa apariencia y suponer, con más lógica probabilidad de acierto, que están todas distribuídas con un orden admirable, según la misteriosa misión que cada una cumple; y francamente, me hace reír el alemán Luis Büchner cuando afirma rotundamente que en el Universo «hay ausencia completa de todo orden, simetría y belleza».

Quien se atreve á poner su nombre al pie de semejante disparate, debe forzosamente padecer, con toda su sabiduría, graves trastornos en algún punto esencial donde se acumule la substancia gris; tal vez tendrá obstruída la casilla cerebral encargada de la importante misión de *hacerse cargo*.

Si pudiera hablar y discurrir como Büchner cualquier microorganismo residente en alguna molécula de pintura de las que constituyen el famoso *Cuadro de las lanzas*, de Velázquez, diría también que en el tal cuadro no había orden, ni belleza, ni nada; que ni aquello era obra de arte, ni en tan colosal extensión de lienzo (una milésima de milímetro que el animalejo podría ver) se apreciaba otra cosa que muchos millones de moléculas de pintura apelonadas y confundidas, sin formar un todo armónico y estético: si le dejaran á él distribuirlas, puede ser que lo hiciera mejor.

Büchner es, con relación al Universo, infinitamente más pequeño que el animalito microscópico con relación al cuadro de Velázquez; de eso no se hizo cargo el sabio alemán. Ni él ni nadie puede apreciar el todo, el conjunto; y es muy

aventurado calificar aquello de que no se tiene ni la idea más remota.

Pero, aun con lo poco que sabemos de lo que hay en el espacio que nos circunda, nos es dado establecer para su estudio cierto orden y método. Así como hemos dividido el planeta que habitamos en cinco partes, cada una en varias naciones, cada nación en provincias, y hay en éstas capitales, pueblos y caseríos, así la disposición y naturaleza misma del Universo se presta á que podamos establecer divisiones en él, pues ofrece á nuestros ojos grupos inmensos de estrellas ó nebulosas estelares, completamente aisladas; soles ó estrellas, planetas, satélites, astros más pequeños aún, y hasta bólidos, que son unidades cósmicas de última categoría, como de última categoría son en los países habitados las aldeas ó caseríos.

Comencemos por preguntar: ¿qué es una estrella? Sencillamente podría contestarse diciendo que es un sol tan grande como el que nos alumbra, y con frecuencia muchísimo más grande, que está á una inconcebible distancia de nosotros.

Detrás de esta respuesta viene, naturalmente, otra pregunta: puesto que se ha utilizado al Sol como punto de comparación, ¿cómo es de grande nuestro Sol? Diciendo de él cuatro palabras nos formaremos idea de lo que son las estrellas, de su tamaño, de la intensidad de su luz y calor, distancia á que están algunas de nosotros, velocidad de sus movimientos de traslación, si se alejan de nosotros ó se acercan, cuál es su color, composición química, etc.

Todo esto sería largo de contar si á contar fuese lo que con detalles dicen los astrónomos; pero esta insignificante reseña ha de hacerse á vuelapluma y sin ahondar en tan complicados y difíciles estudios: una síntesis pintoresca.

Es el Sol una esfera tan colosal, tan inmensa, que muy difícilmente la humana inteligencia puede concebir su tamaño (1.380.000 kilómetros de diámetro). Ya que vamos conociendo tan bien el planeta natal, comparemos su volumen con el del Sol; fijemos por algunos minutos la mirada en la figura 1.<sup>a</sup>, que representa el Sol y la Tierra con sus relativas dimensiones. En ese puntito insignificante señalado por la flecha están

los dilatados océanos, los inmensos territorios de América tendidos de S. á N.; Asia y Europa, todo el vasto continente africano, las regiones polares; nuestro mundo, en fin, que tan grande nos parece, y en el cual podría vivir una humanidad diez veces más numerosa que la existente, y *comer* todos sus individuos si algún día llegan á ser racionales...

¿Cuántas Américas, cuántos océanos, cuántas humanidades como la nuestra cabrían en el Sol, tal como nos indica su tamaño relativo la citada figura 1.<sup>a</sup>? Cabrían allí 12.000 Américas, 12.000 Asias, etc., porque la superficie del astro solar es 12.000 veces mayor que la nuestra... ¡Ardua empresa sería intentar un viaje alrededor de un globo tan estupendo, dados nuestros actuales medios de locomoción! Cuando los viajeros hubiesen recorrido 500.000 leguas, aún no habrían llegado á la mitad del camino...

Otro sistema gráfico empleado por el popular Flammarión para dar idea del tamaño del Sol es el siguiente:

Figurémonos á la Tierra en el centro del Sol, como si éste fuese una fruta y nuestro mundo el hueso. En esta disposición, supongamos que la Luna sigue colocada á la misma distancia que la separa de nosotros, próximamente unas 100.000 leguas. Pues bien, nuestro satélite, colocado á esa distancia, aún quedaría dentro de la masa solar, y no sólo quedaría dentro, sino que para ir desde la Luna á la superficie del Sol aún habría que hacer un viaje no muy largo: *unas 80.000 leguas.*

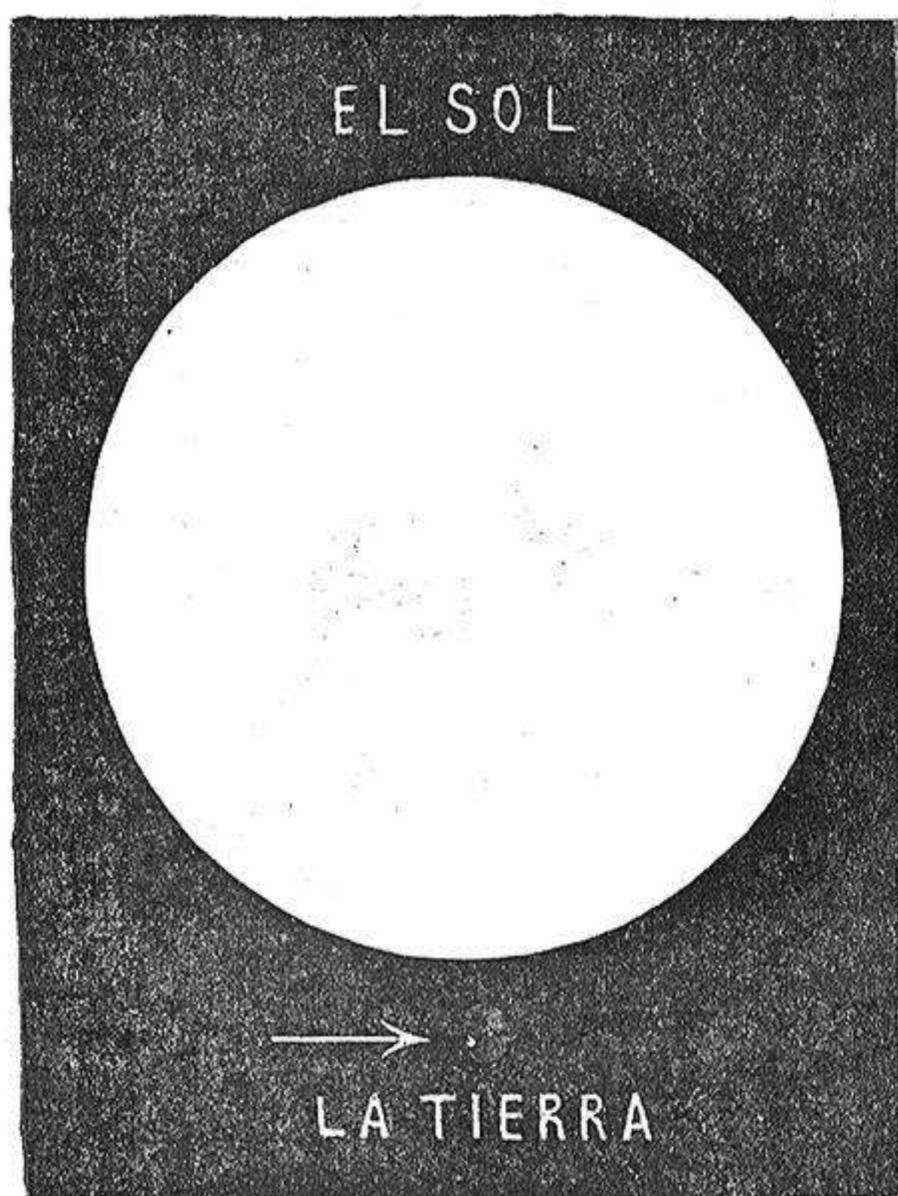


FIGURA 1.<sup>a</sup>—Dimensiones relativas del Sol y la Tierra.

Tal es el tamaño del Sol. Pero si ese mismo espléndido astro, que está un *paso* de nosotros, á 148.000.000 de kilómetros, lo tuviésemos á la distancia á que está Sirio, por ejemplo... ¿cómo lo veríamos? Con grandísima dificultad á simple vista, formando en el hormiguero de las estrellas de sexta magnitud. Téngase en cuenta que Sirio, la estrella más hermosa y resplandeciente del cielo, está un millón de veces más lejos de la Tierra que el Sol.

De modo que Sirio, Aldebarán, Vega é infinidad de estrellas superan en tamaño y brillo á nuestro Sol. Nos parecen á tan inmensa distancia tenues lucecillas, puntos de luz; pero si nos fuera permitido viajar hacia cualquiera de ellas con la velocidad del rayo lumínico, al cabo de algunos años empezáramos á verla aumentar de tamaño, luego agigantarse de un modo maravilloso, sentiríamos después los efectos de su colossal foco de calor, nos espantaría aquel estupendo globo incandescente, del cual parten tremendos é inconcebibles chorros de fuego, capaz el más chico de *gasificar* en un segundo cien Tierras como la que nos sustenta... Y si pudiéramos *oir la vida* del astro al cual nos acercáramos, ¡qué estruendo, qué estampidos, qué desate de elementos, qué explosiones imposibles de adjetivar en el humano lenguaje!... Todo eso son esas lucecillas tenues y plácidas, esos humildes puntos de luz que vemos destacarse en el fondo oscuro del espacio durante las noches serenas y despejadas.

¿A qué distancia están de nosotros? No faltará quien crea imposible contestar satisfactoriamente á esta pregunta... Imposible es, en efecto, calcular hoy por hoy la distancia á que se hallan de nosotros casi todas las estrellas que vemos á simple vista, y con mayor motivo las que sólo se ven con auxilio de anteojos astronómicos; sin embargo, se ha medido la distancia de algunas, aunque pocas, desgraciadamente.

El afirmar que se *han medido* tan tremendas distancias no es *el mentir de las estrellas*; á las estrellas se les pregunta muchas cosas: su distancia, su peso, sus componentes, su velocidad de traslación, etc., y ellas facilitan datos para que en su nombre contesten con muda elocuencia las matemáticas y la física.

Se ha medido, pues, la distancia que separa de la Tierra algunos de esos soles espléndidos. Para lograr tan admirable resultado, proceden los astrónomos como cualquier agrimensor que quiere averiguar la distancia á que se halla de un punto inaccesible; el picacho de un lejano monte, por ejemplo.

Y comienza por medir sobre el terreno una base de longitud conveniente; mide luego los ángulos que forman los extremos de esa base con el picacho, y un simple cálculo matemático le permite resolver el triángulo y deducir la distancia buscada; porque cuando en un triángulo cualquiera se conoce uno de sus lados y dos ángulos, la longitud de los otros dos lados se determina por medio de fórmulas algebraicas.

El agrimensor, por lo tanto, no ha necesitado coger un metro y ponerse á medir el terreno, como el mercader que mide una tela.

Para calcular los astrónomos con bastante exactitud la distancia á que se halla la Luna de la Tierra, utilizaron el mismo sistema: situados dos observadores en regiones muy apartadas una de otra, para que la base fuera de muchas leguas, midieron á la par los ángulos que formaba el satélite con cada uno de los extremos de la base, y construyeron el triángulo (figura 2.<sup>a</sup>, A); es decir, averiguaron la longitud de la bisectriz, ó lo que es lo mismo, á qué distancia del centro de la base estaba el tercer ángulo (la Luna).

Para calcular á qué distancia están de nosotros las estrellas se sigue idéntico procedimiento. Pero no es suficiente base todo el diámetro terrestre: resulta tan chico, que los dos lados del ángulo parecen siempre líneas paralelas... Es como si se quisiera medir la distancia de Madrid á Sevilla (caso de que pudiéramos ver desde aquí la capital andaluza) y pretendiésemos sacar partido de una base de un metro, cosa irrisoria.

Como la Tierra da vueltas en torno del Sol, describiendo círculos (ó mejor, elipses), se toma como base el diámetro de la órbita terrestre, que ya es una base respetable, próximamente de 298 millones de kilómetros; con un intervalo de seis meses se toman en los dos extremos del diámetro de la órbita los ángulos que forman con la estrella cuya distancia se desea

averiguar y se hace el cálculo (fig. 2.<sup>a</sup> B). Claro es que si no es posible apreciar los ángulos, por el gran alejamiento de la estrella, queda el problema sin resolver.

Así ha podido saberse que las estrellas más próximas, á excepción de diez, están de nosotros, por lo menos, un millón de veces más lejos que el Sol (1).

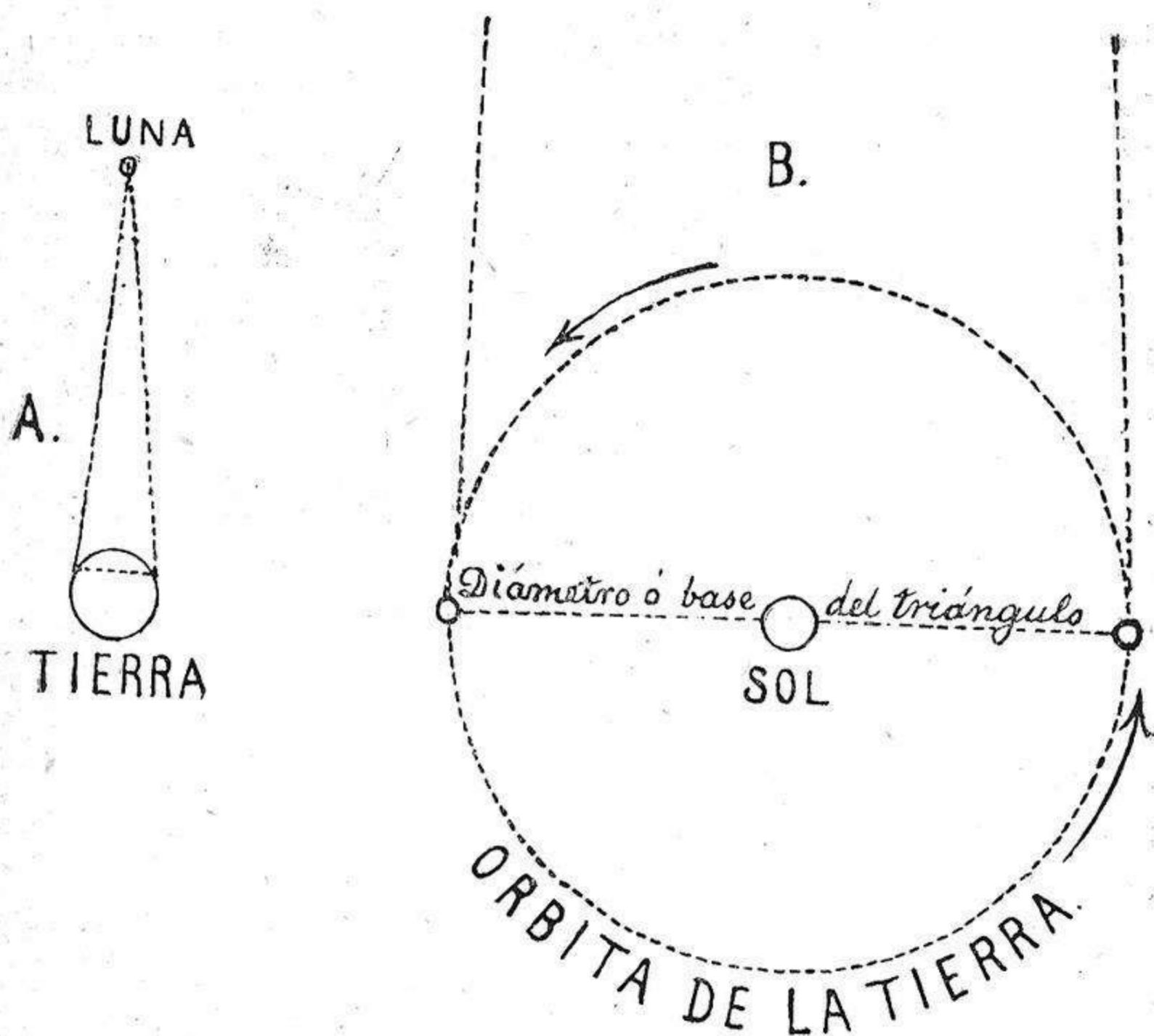


FIGURA 2.<sup>a</sup>—Procedimiento para calcular la distancia á que se hallan de la Tierra algunos astros.

La estrella vecina, la más cercana de todas, es la señalada con la letra griega *alfa* en la constelación del Centauro; está situada á una distancia que representa 22.200 veces el radio de la órbita terrestre, ó sea á 3.285.600.000 000 de kilómetros. La  $\beta$  del Cisne está 400.000 veces más lejos de la Tierra que el Sol, y una de la constelación del Dragón

(1) *Sur l'origine du monde*, por H. Faye.

928.000 veces más alejada. El magnífico Sirio (de *seir*, brillar) vierte sus formidables cataratas de luz en el espacio á un millón de veces la distancia que nos separa del Sol; las demás estrellas de paralaje conocida están todas más lejos que Sirio: Vega, á 1.147.000 radios de la órbita terrestre; la estrella 70 de Ofineo, á 1.400.000; Arcturo, á 1.624.000; otra estrella de la constelación del Dragón, marcada con la letra griega  $\Upsilon$ , á 2.248.000; la Polar, á 2.714.000, y Capella, ó la Cabra, á 4.484.000.

Estas *billonadas* de kilómetros son muy poco expresivas, porque no podemos apreciar lo que es un billón de kilómetros, por mucho que estiremos la imaginación buscando espacio para colocarlo. Son, en este caso, muy convenientes los ejemplos de índole sugestiva, buscando algo que por comparación nos ponga en camino de idear lo que no puede idearse con números escuetos.

Una bala de cañón, disparada desde la Tierra al Sol, con una velocidad inicial de 500 metros por segundo, y sostenida dicha velocidad hasta el fin de la trayectoria en línea recta, no tardaría menos de nueve años y medio en llegar á su destino.

Si con la misma velocidad disparásemos la bala contra el alfa del Centauro, tardaría en llegar 210.900 años.

Disparada contra Sirio, emplearía *nueve millones y medio de años* en el viaje.

Y esto es el vestíbulo del Universo visible con el telescopio; es como si para ir á pie desde Madrid á San Petersburgo diésemos *un paso*.

## VELOCIDAD

Decían los antiguos, fundándose en ciertas leyes físicas no bien explicadas por ellos, que la Naturaleza tenía «horror al vacío».

Con más exactitud podemos decir hoy que la Naturaleza tiene «horror á la quietud».

Nada permanece en reposo en el Universo; esos millones

de estrellas que pueden verse gracias á la potencia, cada vez mayor, de los modernos telescopios, se mueven en todos sentidos y con velocidades asombrosas, constituyendo inmensos é inconcebibles torbellinos en los insondables espacios sidéreos.

Nosotros, sin darnos cuenta de ello, somos arrastrados en ese formidable torbellino

como las hojas secas, por el viento,

que diría muy poéticamente Núñez de Arce; agarrados por la gravedad á esta colosal bala de cañón que se llama Tierra... viajamos hacia lo desconocido... ¡Allá van imperios y repúblicas, mares y cordilleras, hielos polares y candentes arenas africanas, hombres y fieras, pueblos que oprimen y pueblos oprimidos... lo mismo el átomo de terruño que se quiere conquistar, que el rinconcillo del planeta donde viven los ambiciosos conquistadores...

¡Todo va dando vueltas y más vueltas, como un peón con cuerda para muchos siglos... y con una velocidad de 30 kilómetros por segundo!

Y como la Tierra, los demás astros; nuestro globo, arrastrando consigo á la Luna, gira en derredor del Sol; éste va disparado por el espacio, llevando á remolque á sus súbditos los planetas; Arcturo, Vega, ó cualquiera de esas magnificas estrellas de primera magnitud, siguen también su ruta misteriosa; el astro apenas visible en las últimas fronteras á que alcanza el telescopio... todos, todos navegan en el inconmensurable espacio celeste con velocidades vertiginosas.

¡Y sin embargo, parecen inmóviles! Tal es la distancia á que están de la Tierra.

Para que pueda apreciarse la mutación de lugar de una estrella cualquiera de segunda ó tercera magnitud, y se advierta un desplazamiento de medio centímetro, se necesitan siglos de observación.

Hasta el siglo pasado no se dieron cuenta los astrónomos de tan interesante novedad. Halley fué el primero que en 1718 demostró que las hermosas estrellas Sirio, Aldebarán,

Rigel, Arcturo, Vega y otras no estaban en el mismo sitio que señaló Hiparco, el cual dejó una magnífica herencia á la posteridad, un notabilísimo cuadro del cielo estrellado, según sus propias observaciones: catalogó más de 1.000 estrellas.

Gracias á este precioso documento del tiempo de los alexandrinos, pudo Halley deducir que Sirio, por ejemplo, ha recorrido de entonces acá un espacio apreciable de medio diámetro de la Luna, y Arcturo más de dos veces este diámetro; diferencias de posición sobrado considerables para desvanecer todo temor de que pudiera haberse cometido error de tanto bulto, aunque hecha la observación diez y ocho siglos antes.

Hoy, con muy perfeccionados aparatos de óptica estelar, se estudia y conoce el desplazamiento de miles de estrellas, sin aguardar á que pasen siglos, pues bastan á veces algunos años (1).

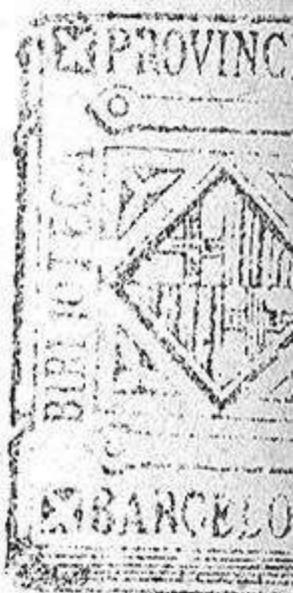
¿Con qué velocidad se mueven las estrellas? Comparemos la marcha de un galápago con la de un tren expreso... Pues una bala de cañón aún anda más despacio, con relación á la velocidad de una estrella, que aquel pausado animalejo con relación á la rápida locomotora.

Queda ya expresada la velocidad de la Tierra; el Sol, que es la estrella que más nos interesa, no es de las que corren más. Según Mr. Otto Struve, anda unos ocho kilómetros por segundo, quince veces más que la bala de cañón.

Pero ¿qué es esto comparado con la velocidad de algunas estrellas? Sirio viaja con una rapidez de 32 kilómetros por segundo, apartándose de nuestro archipiélago solar (H. Faye); el movimiento anual propio de la estrella alfa del Centauro pasa de 188.000.000 leguas; el de la 61 del Cisne equivale á 370 millones de leguas (un millón al día próximamente); la alfa del Cisne se acerca á nosotros en línea recta con una velocidad de 500 millones de leguas al año; Arcturo viaja por

---

(1) Merced á la medida de las distancias, ó paralajes, se aprecia actualmente con bastante exactitud el desplazamiento de las estrellas; esto sin contar con el poderoso auxilio que presta á dichos cálculos la *fotografía* del cielo.



las profundidades del espacio recorriendo 21 leguas por segundo (Flammarión); Vega viene disparada hacia nosotros á razón de 75 kilómetros por segundo... En fin, hay en la constelación de la Osa Mayor una estrellita de séptima magnitud, sin nombre aún, señalada con el núm. 1.830 en el catálogo de Groombridge, que lleva la enormísima velocidad de *trescientos kilómetros por segundo*.

¿A qué obedecen esos movimientos? ¿Qué misión cumplen tantos millones de soles marchando en distintas direcciones y con tan tremendas velocidades?

Éstas sí que son preguntas á las cuales no contestan las estrellas, ni por intermedio del cálculo ni por ninguna señal... Misterios son que Dios se reserva.

Nuestro Sol, cuyo movimiento de traslación con la expresada velocidad de ocho kilómetros por segundo es evidente, ha recorrido desde que se le observa muchos millares de millones de leguas, siguiendo, *al parecer*, una línea recta. Si el movimiento del Sol es orbital, si obedece á un centro de atracción, la curva que describe debe ser inmensa, colosal, y el período de su revolución completa tendría que contarse por muchos miles de años. Aún no se ha podido hallar en el plano de su presunta órbita los tres puntos que no estén en línea recta, para determinar la posición de la circunferencia.

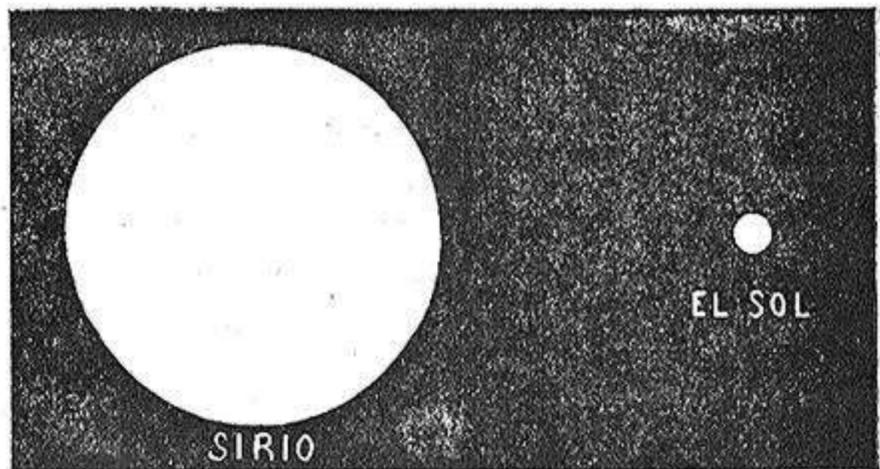
De lo dicho se deduce que unas estrellas se apartan de nosotros y otras se aproximan. Entre las primeras está Sirio, el gigantesco y deslumbrante Sirio, cuya luz no disminuye á pesar de transcurrir siglos y más siglos, y de que huye de nosotros con la dicha velocidad de 32 kilómetros por segundo.

¿No es verdaderamente maravilloso, no hace meditar el hecho de que un astro se aleje cada año de la Tierra más de mil millones de kilómetros y que transcurran tantos siglos sin que se advierta disminución de brillo?

Verdad es que el brillo de Sirio es muy superior al del Sol; ya dejé dicho que si estuviera nuestro *astro-rey* donde está Sirio nos parecería una estrellita de sexta magnitud, y... ¡adiós realeza! Si estos dos astros, entre los cuales establezco tan odiosa comparación, emitieran la misma cantidad de luz por hectárea de superficie, la superficie de Sirio sería próxima-

mente 288 veces mayor que la del Sol, y su volumen 4 860 veces mayor. Los diámetros de los dos astros estarían en la misma relación que los números 1 y 17. Así lo dice Flammarión, si bien más adelante rectifica el cálculo, dejando dichos diámetros en la proporción de 1 y 12.

De todas maneras, es Sirio un sol archicolosal, que deja chiquito al nues-



tro. Véase la figura 3.<sup>a</sup>, bastante elocuente, y de paso recuérdese el tamaño de la Tierra con relación al del Sol, tal como aparece en la figura 1.<sup>a</sup>

## VELOCIDAD RADIAL

Que unas estrellas se aproximan á nosotros, y otras se apartan... ¿Cómo puede averiguarse eso, estando las estrellas á tan inmensa distancia del globo terrestre?

Habrá, sin duda, quien desconfíe de los astrónomos cuando con tanta seguridad afirman que Arcturo, por ejemplo, se dirige hacia la Tierra, y que Sirio se aleja. Pero harán mal en desconfiar; sí debieran admirarse de esta asombrosa conquista de la ciencia.

Todo ello está basado en una ley física muy sencilla.

Utilízase al efecto el análisis espectral, otra maravilla científica que nos revela la composición química de esos astros que se mueven en tan apartadas regiones del espacio sin límites (1).

(1) Es ya vulgar el conocimiento del espectro lumínico. Todo el mundo sabe que aparecen en él multitud de rayas transversales, que corresponden á determinados cuerpos en estado incandescente, y que sirve para hacer estos experimentos el aparato llamado espectroscopio. El hierro da 460 rayas muy brillantes y dispuestas en un orden especial, propio del espectro del hierro nada más. Cada substancia presenta sus rayas características.

Puede formarse idea clara del procedimiento que se sigue para averiguar si una estrella determinada se aleja ó se aproxima, recordando un fenómeno acústico que guarda, en cierto modo, analogía con este otro lumínico, pues se trata de *vibraciones*: en el primero es el vehículo el aire; en el segundo el éter; son las vibraciones en el primero muy lentas, comparadas con las del segundo, que son rapidísimas; pero todo ello son vibraciones.

Supongamos que el silbato de una locomotora produce un sonido en *la* natural; si la locomotora está á distancia de dos ó tres kilómetros y se aproxima á nosotros con gran velocidad, observaremos que sube el diapason del silbato, tendiendo al semitono, entre *la* y *si*, y la subida de tono sera mayor ó menor según el grado de velocidad de la máquina.

Si ésta se aleja sucederá todo lo contrario: el sonido en *la* natural bajará, aproximándose al semitono inferior, entre *la* y *sol*.

Sobre esta particularidad de los sonidos que se alejan ó acercan rápidamente no hay discusión; puede comprobarlo el que quiera. De noche, en sitio donde no pueda verse la locomotora en marcha, como suene el pito será fácil averiguar si viene ó va.

La explicación es sencilla: á la velocidad del sonido en el aire (430 metros por segundo) se *suma* la de la locomotora cuando se acerca; por consecuencia, el número de vibraciones enviadas al que oye es mayor, y sube el diapason. En el caso contrario, á la velocidad del sonido se *resta* la de la máquina cuando se aleja; disminuye, por lo tanto, el número de vibraciones transmitidas al que oye, y baja el diapason (1).

Apliquemos ahora la teoría al espectro lumínico. Éste tiene también su escala, desde el rojo al violáceo. Haciendo paralelo entre el sonido y la luz, hallaremos que al color *rojo* del espectro (extremo izquierdo) corresponden los sonidos más bajos, y al *violáceo* (extremo derecho) los más agudos, lo

(1) Sabido es que á menor número de vibraciones corresponden sonidos graves ó bajos, y á mayor número de vibraciones sonidos agudos, en la escala de 30 por segundo á más de 30.000.

cual quiere decir que el rayo rojo es producido por muchísimos millones de vibraciones menos que el rayo violeta.

Si una estrella se aproxima, su luz nos enviará en un momento dado mayor número de vibraciones que las normales; si se aleja nos enviará menos.

En el fenómeno acústico citado conocíamos si la locomotora se alejaba ó aproximaba, por subir ó bajar el diapason del

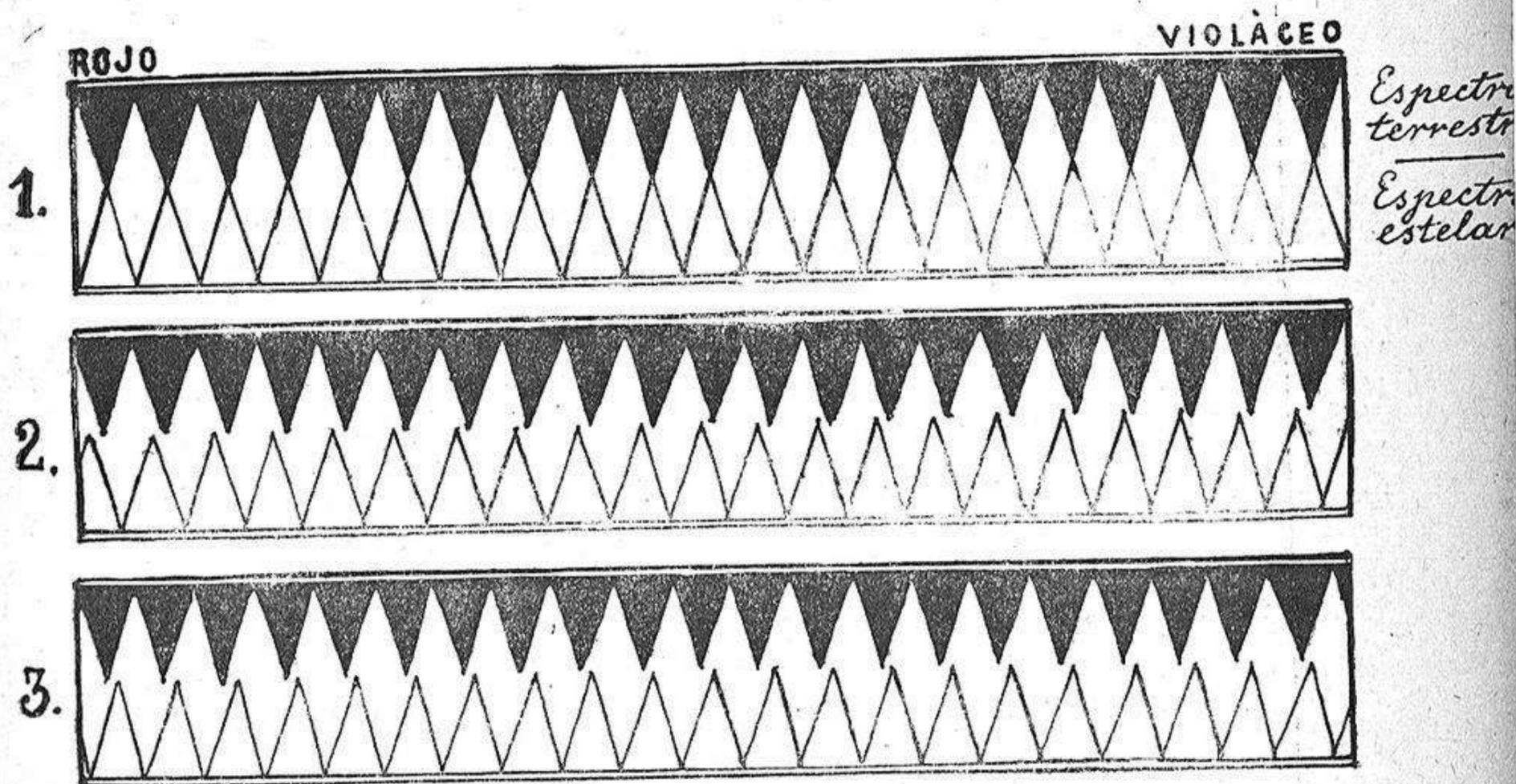


FIGURA 4.<sup>a</sup>—Explicación gráfica de la velocidad radial de las estrellas. Desviación hacia el rojo ó hacia el violáceo de las rayas del espectro estelar.

silbato; en este otro fenómeno, de carácter lumínico, conoceremos si la estrella se acerca ó se aleja cuando en las rayas del espectro comprobemos una desviación ó desplazamiento hacia el rojo (disminución de vibraciones) ó hacia el violáceo (aumento de vibraciones).

¿Cómo se consigue apreciar esa desviación en uno ú otro sentido? Yuxtaponiendo en el espectro de la estrella el de un foco lumínico terrestre. El manantial de luz que produce el espectro terrestre está fijo, pero no el de la estrella, y así es posible señalar la diferencia que entre uno y otro se establece.

Como medio explicativo, que me parece sumamente claro,

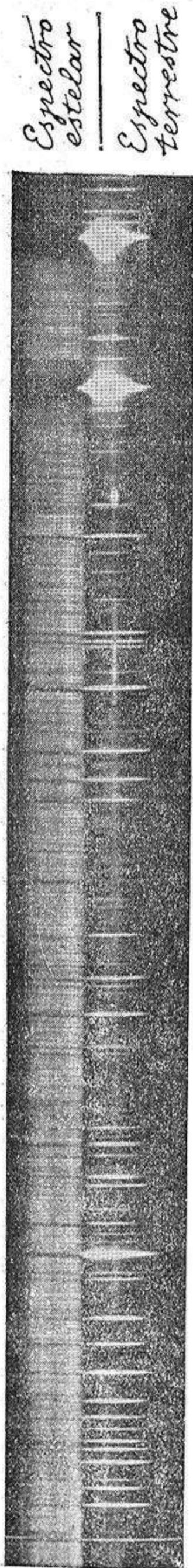


FIGURA 5.<sup>a</sup>—Fotografía del espectro de Capella, obtenida con un telescopio de 1m20 y un gran espectroscopio de prismas el 20 de Febrero de 1892.

remito al lector á la figura 4.<sup>a</sup> que ideé para este caso. Consta de tres partes, y en todas ellas he sustituido las rayas del espectro por triangulitos, negros los superiores, correspondientes al espectro terrestre, y blancos los inferiores, que representan las rayas del espectro estelar.

En el núm. 1 de la figura aparecen *fixos* los dos espectros, de modo que el vértice de los triángulos blancos coincide con el de los negros; este resultado nos daría el espectro solar, puesto que el astro del día está siempre á igual distancia de la Tierra, salvo ligeras oscilaciones.

En el núm. 2 se ve que los triángulos blancos se desvían hacia el rojo ó extremo izquierdo: es que la estrella se aleja.

En el núm. 3 la desviación ó desplazamiento se verifica en el sentido del color violáceo: es que la estrella se aproxima.

Para verificar este curioso experimento se utiliza el espectro de elementos químicos comunes á la Tierra y al astro que se observa; suele emplearse el hidrógeno en estado de incandescencia (un tubo de Gessler iluminado eléctricamente), por ser el hidrógeno un gas que se encuentra en casi todas las estrellas. El mayor ó menor desplazamiento observado en las rayas características que produce el espectro de esta substancia es proporcional al grado de velocidad de la estrella, ó sea á la velocidad radial, que es como se denomina.

La desviación de las rayas se mide por centésimas de milímetro, y no hay que decir si es operación delicada. La fotografía es auxiliar poderoso para medir

con precisión estos desplazamientos, obteniéndose pruebas muy notables con una exposición de 50 á 60 minutos.

La figura 5.<sup>a</sup> representa el espectro de la estrella Capella y el de un foco lumínico terrestre, fotografiados por Mr. H. Deslandres, del Observatorio de Meudon; debo á este astrónomo la mayor parte de los datos que quedan apuntados.

Obsérvese en la expresada figura 5.<sup>a</sup> que las rayas del espectro estelar están un poco desplazadas hacia el rojo, lo cual ha dado la velocidad radial: Capella se aleja de nosotros con una velocidad de 43 kilómetros por segundo.

RAMIRO BLANCO.

*(Continuará.)*

# LA COOPERACIÓN Y LA MUTUALIDAD OBRERAS

---

## CAPÍTULO IV

La cooperación en varias naciones.—Resumen de las ventajas de las cooperativas.—El socialismo y el anarquismo ante la cooperación.—Juicios del Sr. Morato y de Mr. Baucel.—Las tendencias y aspiraciones de la cooperación según Charles Gide.

### I

Si en España, no obstante las distintas causas que parecen haberse reunido para obrar en su contra, la asociación obrera, bajo la forma cooperativa, no sólo ha conseguido implantarse, sino que está en vías de desarrollo, inmensamente mayores son la prosperidad y el desenvolvimiento que ha conseguido en otras naciones, donde los obstáculos fueron menos importantes, ó en su gran parte sobrepujados más pronto, y en donde los que todavía subsisten no han podido contener el general y vigoroso movimiento. «Las sociedades de crédito— escribe Mr. Clamagerán en la ya citada obra—se han desarrollado en Italia y, sobre todo, en Alemania á impulso de Schulze-Delitsch. La experiencia verdaderamente heroica de los *pionniers* de *Rochdale* ha servido en Inglaterra para la prosperidad de las cooperativas de consumo. Las de producción son más raras y prosperan con dificultad. En Francia están representadas las tres clases de sociedades, pero las más importantes y numerosas son las de consumo.»

Con efecto, los datos estadísticos, que en estas naciones son bastante completos, confirman la gradación anterior. En Inglaterra, *país clásico de la asociación*, como con sobrada razón le ha llamado uno de los escritores citados, el sistema

cooperativo se ha manifestado potente y fecundo bajo todas sus formas, desde las cooperativas de consumo, las más antiguas y desarrolladas, hasta las cooperativas escolares, las agrícolas y las dedicadas á la construcción de viviendas para los obreros cooperadores, forma la última de la que se ofrecen algunos ejemplos en nuestro país, y á la que el Sr. Sanz y Escartín ha dedicado algunas páginas de sus libros. De la famosa cooperativa de Rochdale, que ha servido de modelo á casi todas las posteriores, fundada en el año 1843, se ha escrito tanto, y tan conocidas son su organización y sus vicisitudes, que es ocioso detenerse en exponerlas. Únicamente diremos que al finalizar el año 1880 contaba con cuatro establecimientos de venta al por mayor, doce almacenes de comestibles, quince carnicerías, una sastrería y un depósito de carbón suficiente para el consumo de 11.000 familias; que además de diez y siete gabinetes de lectura esparcidos por todos los barrios, posee una biblioteca formada con más de 20.000 volúmenes; que en el año 1878 consagró á la instrucción más de 37.000 pesetas, y en 1880 más de 50.000; que en 1859 fundó, como sucursal suya, una fábrica de hilados y tejidos, con un capital de 117.000 pesetas y con un beneficio anual de 15.800, la cual contaba en 1873 con 600 telares y 60.000 husos, y que otra de sus creaciones lo ha sido, fundada en 1852, la harinera, que en veintitrés años llegó á poseer un capital de 2.012.175 pesetas, é hizo negocios importantes, 6.432.100 pesetas, con un beneficio de pesetas 83.100.

El ejemplo de los *pionniers* de Rochdale fué prontamente imitado, no tardando en establecerse por todas partes de Inglaterra numerosas cooperativas bajo sus distintas formas. Así, en 1865 había 600, y en 1877 llegaban á 1.275, con un capital de 138.663.150 francos, habiendo gastado en la instrucción de los obreros 266.455 francos; y en 1831 llegaron las cooperativas á 1.503, los asociados á 1.126.000 y el capital social á 403.022.000 francos.

En Francia había en 1825 más de 1.200 cooperativas de consumo; en 1893 los socios eran 250.000, y en 1895 el número de éstos llegó á 300.000, siendo en el primero de di-

chos años el capital de 356 cooperativas 44 millones de francos, y 75 millones el total de sus ventas. Las sociedades de crédito eran en 1895 más de 149, entre ellas 23 Bancos populares y 126 Cajas agrícolas. En la misma fecha había 116 cooperativas de producción, sin contar dos Bancos, también obreros, afectos á las mismas, predominando entre ellas las de los albañiles, carpinteros, ebanistas, pintores y panaderos.

Donde mayor desarrollo han alcanzado las cooperativas ha sido en París, Lyon, Marsella, Havre, Saint-Etienne, Argel, Orán, etc., pudiendo afirmarse que se acercan á 2.000 las hoy existentes.

Las cooperativas de crédito debidas á Schulze-Delitsch, que en 1850 fundó la primera en Salembourg, y que más bien responden á la mutualidad, son las que mayor desarrollo han conseguido en Alemania. De su régimen, copiado en otros pueblos, con muy pocas modificaciones, ha dado recientemente muy completa idea el Sr. Polo de Bernabé. Hasta 1888 se habían fundado 2.200 Bancos populares, 827 sociedades de primeras materias, 230 de trabajo, 678 de producción, 712 de consumo y 35 de construcción de edificios. En Italia había en dicho año 200 Bancos populares, siendo numerosas las cooperativas de consumo y muy pocas las poblaciones que no contasen con alguna. En Rusia, á pesar del general atraso del país, en 1887 había 712 cooperativas de producción, de consumo y de crédito, con 195.191 socios y un capital de 6.721.219 rublos. Por último, las cooperativas en Bélgica y Suiza son numerosísimas, perfectamente organizadas, formadas por nutridos elementos de las clases trabajadoras y contando con importantes capitales.

## II

Este desarrollo de la cooperación obrera en casi todos los países civilizados, que aumenta en progresión geométrica, es debido indudablemente á los positivos y grandes beneficios, tanto morales como económicos, que viene produciendo. De estos beneficios y de sus incuestionables ventajas nos hemos

ocupado en otros capítulos. Pero para precisarlos más todavía los resumiremos en pocas líneas, copiando al efecto lo dicho por el Sr. Renté Cassola, no sólo por su exactitud y claridad, sino porque traduce perfectamente el concepto que merece la cooperación á la generalidad de los individuos que constituyen las clases de que él forma parte. «Por las cooperativas de consumo se obtiene el abaratamiento de los artículos más indispensables á la vida, el que éstos sean de mejor calidad y sin mermas, sustrayéndonos á la desmesurada explotación de los acaparadores. Éstas facilitan los medios para implantar las de crédito, valiéndose de la acumulación de los beneficios y de las pequeñas cuotas de los socios. Con los mismos y los demás que se obtienen por medio del crédito, se puede emprender la construcción de casas para obreros y dedicarse á la producción, tanto industrial como agrícola. Por este medio se protegen y estimulan las iniciativas individuales y colectivas. Tanto juntas como separadas, estas sociedades resuelven fácilmente los casos de enfermedad, invalidez y falta de trabajo por medio de los intereses que los socios se han ido creando por este sistema de previsión y acumulación. La instrucción y cultura de las clases obreras son un hecho, porque dichas sociedades vienen moralmente obligadas á destinar una parte de sus beneficios á tal objeto. Y, finalmente, con ellas vamos directamente á la supresión del salario por la participación en los beneficios, moderadamente, sin que el Estado se resienta en lo más mínimo en sus fundamentos, ya que estas sociedades se basan en el principio de autoridad.»

¿Están conformes con esta opinión los socialistas? ¿Lo están los teóricos del anarquismo? Hé aquí dos preguntas á las que debemos contestar, ampliando lo que ya hemos manifestado en otros capítulos. El socialismo no ofrece un criterio uniforme respecto á este particular: varias de sus escuelas y no pocos de los definidores y de los propagandistas de sus doctrinas, los posibilistas y evolucionistas, los cristianos y los menos radicales, acogen muy benévolaemente al régimen cooperativo, considerándolo, con razón, como beneficioso al proletariado y cual un paso de avance que aproxima á sus

ideales; en cambio, otras escuelas y otros propagandistas, especialmente los adheridos al marxismo, rechazan tal sistema, por entender que es dañoso á su causa, ó cuando menos un entorpecimiento de la revolución social, á cuya inmediata realización aspiran. Refiriéndose á ello, escribió D. Juan José Morato lo siguiente: «Si se considera á la cooperación como un medio de emancipación del trabajador, son enemigos de ella, y encarnizados, los socialistas; si se ve un simple medio de mejoramiento, y quizá el embrión de los futuros organismos encargados de distribuir la riqueza, son defensores de ella, aunque no la conceden un papel principal». En este juicio hay algo de error, pues los socialistas no adversarios resueltos de la forma cooperativa, y mucho más los que la contemplan con buenos ojos, no la atribuyen un papel secundario en el movimiento social, sino que, por el contrario, la reconocen toda la importancia que en sí tiene; y los trabajadores que de las ideas socialistas participan, que son los más, en su gran mayoría siempre la han patrocinado, como lo demuestra, por ejemplo, el que el Congreso internacionalista de Laussana se manifestase resueltamente favorable á ella, y el que el de las secciones belgas, reunido en Bruselas en 28 de Mayo de 1869, se ocupase no menos favorablemente de las sociedades cooperativas, diciendo uno de los oradores, con general aplauso, que «querían sociedades de producción por las cuales se llegase á una mejora parcial de la clase obrera».

Expresa también el Sr. Morato que muy bien puede objetarse que hay socialistas que han combatido á la cooperación hasta como medio de mejoramiento. Á esta objeción contesta que «el socialismo científico ha tenido su cuna en Alemania, y en este país la cooperación ha sido un lastre muy pesado para esas ideas; que Lassalle, el incomparable agitador, defendió las cooperativas de producción auxiliadas por el Estado, y al fusionarse en el Congreso de Gotha lassallistas y marxistas, hubieron éstos de transigir con que se incluyera el principio en el programa de la democracia socialista; que desde luego los marxistas se propusieron trabajar por que tal reivindicación desapareciese del programa, y al cabo lo con-

siguieron en 1891 en el Congreso de Erfurt, y que el ardor del combate los llevó quizá más allá de su propósito, y su influjo se dejó sentir naturalmente en las demás naciones, excepción hecha de Bélgica y Dinamarca».

Hace observar á continuación que «de los maravillosos resultados que de la cooperación han obtenido los belgas, y del estudio atento de los hechos económicos, provino el que se reaccionara contra la enemiga que se tenía á la cooperación, y hoy los socialistas todos, incluso los alemanes, la consideran como un medio de obtener mejoras para el obrero»; observación no completamente exacta, por cuanto en la actualidad la extrema izquierda socialista se manifiesta resueltamente contraria á las cooperativas, cual ha podido verse en este mismo estudio, y en nuestro mismo país, aun cuando no con tanto calor como años antes, los trabajadores que en la misma militan, ven con prevención no disfrazada á sus compañeros *cooperativos*, como con algo de sarcasmo los llaman. «El obrero—añade—es explotado como productor y como consumidor; la resistencia le defiende como productor, la cooperación como consumidor. Los hechos vienen en apoyo de esta afirmación. Las cooperativas de consumo prosperan, las de producción arrastran vida miserable y acaban por desaparecer, á menos de que vengán subordinadas á las primeras, produciendo para éstas, no para el mercado,.. Utilizan, pues, los socialistas la cooperación para el consumo; combaten por impracticable la de producción, y si no propagan más la primera es porque no se dan desde luego los elementos necesarios para fundar tan delicados organismos.»

Importantes son estas confesiones del distinguido é inteligente obrero Sr. Morato, pero no se compaginan por completo con los hechos. La reacción favorable al sistema cooperativo, iniciada en Bélgica, no lo ha sido, ni lo es, extensiva á todos los socialistas. Ya lo hemos dicho: aquellos que siguen sin mixtificaciones las doctrinas del inmortal Karl Marx, que no han retrocedido como Bernstein y otros, combaten ahora, cual combatieron antes, la cooperación según viene actuándose. Que esta enemiga, basada en los falsos prejuicios de que hemos visto hacerse eco á Deville, Labriola y Cornelissen, va

disminuyéndose y perdiendo terreno los que todavía procuran mantenerla, á medida que llega á los ánimos el convencimiento de que las transformaciones sociales deben ser resultado de un movimiento evolutivo que las prepare y las haga viables, de que para convertir lo ideal en realidad tangible es necesaria su adaptación al medio ambiente; que esta enemiga va atenuándose, nos parece un hecho clarísimo. Basta fijarse en la generalidad de los escritos socialistas, en los discursos de los *meetings*, en los documentos que el socialismo da á luz y en las discusiones y acuerdos de sus Congresos, para persuadirse de ello. Pero el que así suceda, y el que la idea de la cooperación obrera vaya haciéndose camino en todas partes, no quiere decir que los socialistas todos depongan sus anteriores prejuicios. El socialismo, conforme hemos indicado antes, aún no se ha manifestado en este particular de un modo uniforme; respecto á él subsisten divergencias, que igualmente se revelan en otros extremos; pero atendiendo á las manifestaciones últimas, de confiar es, y así todo lo indica, que más ó menos pronto llegarán á desaparecer cuando menos en lo fundamental de la doctrina.

### III

¿Sucede lo mismo con los *colectivistas-anárquicos*? ¿Cuáles son sus ideas respecto á la forma cooperativa de la asociación? Al analizar el último trabajo de Mr. Cornilissen hicimos algunas indicaciones, que ahora ampliaremos. Las teorías de *anarquismo* vienen siendo objeto de numerosos y bien meditados estudios, ya favorables á ellas, ya adversos, sobre todo desde que su triste y contraproducente *propaganda por el hecho* llamó la atención hasta de las personas más indiferentes y ajenas á los estudios económico-sociales hacia esa nueva agrupación revolucionaria, que, separándose radicalmente del socialismo, procura la total transformación social por medio de una revolución violentísima é inmediata. Sin embargo, á continuación de los últimos y lamentables sucesos, debidos á fanáticos sectarios, que, lejos de beneficiar, han perjudicado

considerablemente su causa, hase iniciado entre los teóricos ó científicos de la secta un cambio muy perceptible, no sólo en su llamada *táctica*, sino en varias de sus ideas, buscando una fórmula conciliatoria que les enlace con la extrema izquierda del socialismo, ó cuando menos con alguno de sus matices, renunciando, para asegurarla, á varios de los extremos de su anterior programa. El célebre propagandista Merlino, y el no menos distinguido escritor Mr. A. D. Baucel, han mediado en tal empresa, este último al aparecer en *L'Humanité Nouvelle* uno de los escritos del primero. El notable trabajo de monsieur Baucel, titulado *Tradeunionismo, mutualismo y nuevo cooperatismo*, nos servirá para marcar en el particular que nos ocupa la dirección actual de la corriente científica de dicha secta, que, á prosperar, si alejará de ella elementos de los más intransigentes y apegados á la violencia, la despojará también de cuanto contribuía á hacerla repulsiva. Dado el interés sumo que, con razón, despierta todo cuanto al anarquismo se refiere, no se extrañará nuestra insistencia, así como tampoco el que, para no ser tachados de poco exactos en la exposición, copiemos al pie de la letra aquellos pasajes que nos parecen más atinentes, característicos y significativos.

Comienza Mr. Baucel haciendo la afirmación de que Merlino «no ha conseguido conciliar el socialismo *autoritario* y el socialismo *libertario*», no porque tal conciliación sea imposible, sino porque «el medio por él elegido, medio político, es la causa primordial de las divergencias entre estos dos sistemas». Hace á continuación varias consideraciones, ciertamente interesantes, pero ajenas á nuestro propósito, y expresa ser el suyo «investigar el modo de unir, no ya á estos partidos, sino á todos lo que constituyen el proletariado». Con tal objeto, para fijar bien su tesis, dice: «Se trata, como lo hemos demostrado en *El Obrero de los Dos Mundos*, de transformar y de fortalecer las *uniones mutualistas* por *cooperativas de consumo*, á fin de que por los mismos interesados se realicen, en primer término, la conquista de la industria comercial, después la de la industria manufacturera, y, por último, la de la industria agrícola».

«Las *Trades Unions* inglesas—prosigue diciendo al des-

arrollar su tema—han conseguido su mayor desarrollo allí donde se han aplicado los principios de la *mutualidad*. Sentado esto, nos parece muy lógico recomendar tal sistema á los interesados, no en lo que puede tener de particular, sino en lo que puede ser fácilmente realizado por el mayor número—que lo es ya gran parte del globo.—Naturalmente, esta táctica no puede ser empleada de una manera uniforme, pero la creemos aceptable en la generalidad de los casos, con algunas ligeras modificaciones. Así, por ejemplo, varias *Uniones* piden á cada nuevo adepto diez ó veinte francos como derechos de entrada, y estos derechos permiten el proporcionar socorros á los sindicados en el caso de pérdida de las herramientas, de huelga, de despido, de accidentes, de vejez, etc., resultando de ello que tienen gran fuerza de cohesión, adquieren también gran pesadez y no ofrecen todos los servicios precisos al ocurrir los conflictos entre el capital y el trabajo. Para obviar estos inconvenientes sería lo mejor no conservar del mutualismo sino lo que fortalece al *tradeunionismo*.»

Ocupándose de la cooperación, en particular, expresa que el problema planteado es el siguiente, cuya resolución se impone: «Con el mismo salario vivir mejor, ó cuando menos tan bien como antes, gastando menos para obtener economías». En el sistema cooperativo encuentra la base de la solución, y por lo mismo procura estudiarle. Al efecto, manifiesta que de todos son conocidas las cooperativas de consumo, «almacenes de ventas en que los compradores son al mismo tiempo vendedores», y añade que «por ellas los consumidores eliminan los intermediarios y realizan los beneficios de estos últimos; que la organización es sencillísima: se reúne cierto número de consumidores, toma cada uno de ellos una acción, de la cual tan sólo se anticipa una parte, y hecho esto se entienden para comprar en su almacén los artículos, objetos ó muebles de que se proveían antes en los establecimientos de los comerciantes; que el mejor sistema de venta es el de la venta al contado y al precio de los demás establecimientos, y que al fin del año son ajustadas las cuentas de los respectivos miembros, distribuyéndose entre ellos los beneficios obtenidos, á prorrata de las compras hechas por cada uno».

«Supongamos—dice á modo de aclaración—que el beneficio anual es de un 10 por 100: á un socio que ha comprado por valor de 400 francos de productos se le entregan 40 francos. Puede asegurarse en este caso que cuanto más ha comprado el consumidor, más ha economizado, y economiza en las condiciones antes indicadas, es decir, con el mismo salario y sin privaciones. Luego la asociación cooperativa de consumo es el medio seguro, práctico é inmediato para pagar sin ningún sacrificio nuevo las cotizaciones del sindicato y de la asociación de seguros mutuos.»

¿Cómo armonizar estas ideas con las de Mr. Cornelissen? Y, sin embargo, ambos pertenecen á la misma escuela. Pero mientras este último traduce pensamientos que van desvaneciéndose, intransigencias que se borran, Mr. Baucel, saturado del espíritu de conciliación y no cerrando los ojos á la luz de la verdad que brota de los hechos, invoca las nuevas tendencias.

«Un argumento que con frecuencia aducen los socialistas teóricos—continúa diciendo, y con ello al mismo tiempo rebate el principal fundamento en que Mr. Cornelissen se apoya—es el de que no puede realizar el obrero la suma necesaria para su ingreso en una cooperativa, aunque lo sea de consumo. Lo que es de señalar es la facilidad increíble con que se ha acogido este aserto hasta por los obreros más ilustrados. Es tiempo de desvanecer este error, lo cual sería difícil si nos refiriésemos al estado financiero de las Trades Unions inglesas y á algunos sindicatos franceses mutualistas, uno de los cuales puso 7.000 francos para cada 80 miembros, y como éstos menosprecian á las cooperativas de consumo, confían á los capitalistas el cuidado de manejar sus fondos, es decir, de hacer negocios en contra de ellos. Luego una *Unión*, siguiendo la senda que indicamos, puede fácilmente y á poca costa disponer del capital social de partida para la creación de una cooperativa de consumo.»

Examinando la acción que á su juicio está destinada á tener la asociación libre, especialmente bajo la forma cooperativa, en la transformación de la propiedad individual, escribe: «La mayor parte de los socialistas teóricos quieren *comunizar* la

propiedad individual, los unos por el Estado, los otros por la revolución. Yo creo más práctico comenzar desde luego y en lo posible conduciendo la sociedad hacia el *comunismo libertario* por la asociación libre. Todavía para algunos teóricos el ideal de la táctica revolucionaria es pedir bastante para obtener poco. Entiendo que vale más no pedir nada al capital, sino desde luego tomarle algo, debilitarle, desenvolver nuestra energía en las vías favorables á nuestro fin, aumentar incesantemente nuestras fuerzas naturales y sostener todas las empresas proletarias que tengan por motor la iniciativa individual, por medio la lucha de clases, por fin la libertad del individuo. En la cooperación los hombres tienen intereses parecidos, y esto les conduce á ayudarse y amarse. *Todos para cada uno, cada uno para todos*: hé aquí la divisa que aplican cada día, ó más bien que quieren aplicar los *cooperativos*, puesto que, en vez de rechazar las adhesiones y de conservar celosamente los privilegios que les concede el capital de reserva, se esfuerzan en aumentar el número de sus adeptos apoyándose únicamente en la libertad, bien distinta de la de los economistas que se dicen liberales».

Manifiesta también que «la asociación cooperativa puede suprimir los intermediarios, cuya inutilidad fué Fourier el primero en demostrar, y que no producen nada, que viven, primero á costa del productor, después á costa del consumidor, y llegan á ser tan numerosos que no pueden satisfacer sus apetitos; que los propietarios productores son también robados como los consumidores, puesto que también son víctimas del Estado, de sus proveedores, y tienen además que alimentar y pagar á sus empleados. Á más de esta ventaja ofrecen otras las cooperativas de consumo: la de hacer vivir mejor, puesto que se aprovisionan con los mejores artículos, hacen desaparecer el fraude, porque no son una forma comercial, y hacen asimismo desaparecer uno de los medios de explotación del empleado por su patrono, el *Trust system*, que todavía no han podido desarraigar las leyes de protección obrera».

Concluye Mr. Baucel su interesante estudio de la cooperación, estudio que por emanar de la pluma de uno de los más

eminentes y sensatos teóricos del anarquismo se aleja tanto del primitivo y especial carácter de la secta, con estas líneas: «Merlino, hablando en una de sus conferencias de las organizaciones obreras y de las cooperativas, que al prosperar degeneran y se hacen conservadoras, dijo que «de ese modo los partidos socialistas parlamentarios, engrandeciéndose y aproximándose á los Gobiernos, cesan de ser socialistas». La censura puede ser, y es con efecto, fundada respecto á los parlamentarios, pero en cuanto á las *Trades Unions* y á las cooperativas de consumo, protestamos enérgicamente de sus infundadas acusaciones. Merlino debería saberlo: las organizaciones cooperativas inglesas pensaron en su origen en asegurar el pan y la cerveza á sus miembros, en proporcionarles ventajas precisas, fin puramente egoísta. Mas esto no las ha impedido, aun partiendo de tal punto de vista, poco recomendable, emanciparse poco á poco hasta el punto de emitir recientemente un voto que tiende á la nacionalización del suelo y á la socialización de los instrumentos de producción, y más recientemente todavía á admitir en sus *meetings* como oradores á *socialistas libertarios* declarados, que la *democracia social* quiere expulsar de las huestes socialistas, lo cual es un medio muy original de dejar de ser socialista».

#### IV

Resulta, pues, de cuanto dejamos dicho, que así la generalidad de los socialistas como bastantes de los comunistas-libertarios ó anarquistas y muchos de los economistas-individualistas, patrocinan resueltamente el régimen ó sistema cooperativo, reconocen sus ventajas, señalan sus beneficios, procuran su difusión y le consideran cual uno de los elementos esenciales de la sociedad futura. Igualmente los trabajadores, y más todavía por ser los que realmente le han dado vida y por su medio mejorado por modo cierto su condición, se muestran, como era natural, sus resueltos partidarios. Únicamente algunos teóricos, alguna escuela radicalísima y algunos obcecados que no saben ó no quieren desprenderse de

infundadas preocupaciones y de incomprensibles prejuicios, y los Gobiernos de muy pocos países, por causas análogas, no ocultan sus desconfianzas y sus recelos, y aunque son escasísimos los que abiertamente combaten la cooperación obrera, la suscitan cuantos obstáculos pueden oponerla.

Pero como la idea ha ido haciéndose paso, como las experiencias hablan cada vez más alto y con mayor elocuencia en su favor, como la opinión pública se ha colocado resueltamente á su lado, sus más ó menos desembozados adversarios tendrán que abandonar el campo, y la cooperación alcanzará su definitivo triunfo, contribuyendo eficazmente á determinar la verdadera solidaridad humana, mejorará la condición moral y la situación económica de las clases más numerosas y hasta el presente más desatendidas de la sociedad.

Vamos á terminar, pero antes, para condensar cuanto hemos expuesto acerca del presente y del porvenir de la cooperación obrera, acudiremos al acaso más eminente, resuelto y entusiasta de sus valiosos preconizadores, á M. Charles Gide, quien, en su memorable conferencia en el Congreso de 1889, «expuso de un modo admirable—como ha dicho Mr. Paul Boilley—la parte doctrinal de la cooperación, y precisó su esencia y su objeto». Hé aquí sus palabras:

«En un orden de cosas bien arreglado, la producción debe estar al servicio del consumo, por la misma razón que los brazos están al servicio del estómago. Mas en el actual mecanismo económico el productor es el todo y para nada se cuenta con el consumidor. El presente orden social se ha organizado con la mira de la producción, y de ningún modo con la mira del consumo, atendiendo á la ganancia individual, y en modo alguno á las necesidades sociales. El remedio de esto es bien sencillo: los mismos productores nos dan el ejemplo.»

«Ante las gigantescas asociaciones de los productores, que surgen por todas partes, no hay que hacer más que una cosa, y es oponer asociaciones de consumidores todavía más poderosas, resueltas á defender contra las invasiones del monopolio los intereses generales y particulares de la sociedad. En la evolución social, ni aun la naturaleza puede pasarse sin nuestro consorcio, siendo preciso ayudarla si se quiere que

ella nos ayude. Muy bien se comprende que no es quedando aisladas, incoherentes hasta un estado anárquico, como podrán contribuir nuestras pequeñas cooperativas á la grande obra de la defensa social y luchar eficazmente contra las grandes asociaciones capitalistas. Para esto se precisa de un plan de campaña que ha de comprender tres etapas sucesivas: en una primera etapa victoriosa conquistar la industria comercial; en una segunda, la industria manufacturera, y, por último, en una tercera, la industria agrícola. El resultado más considerable, acaso el más imprevisto, que por su naturaleza interesa más directamente á la clase obrera, es el que llegará á realizar de un modo indirecto el ideal que persigue, el que formula en todos los manifiestos de sus Congresos, y que desde hace tiempo la prometen todas las escuelas socialistas, aunque sin mucho éxito: me refiero á la posesión de todos los instrumentos de la producción.»

«Voy á resumir los fines de la cooperación: debe servir para modificar pacíficamente, pero de un modo radical, el actual régimen, haciendo pasar la posesión de los instrumentos del trabajo, y con ella la supremacía económica, de manos de los productores que hoy la disfrutan á las de los consumidores, y como medio práctico, la organización de una federación de sociedades tan numerosas cuanto sea dado, y la creación de almacenes tan amplios como sea posible. Entonces quedará constituida la *República cooperativa*.»

Tal es el plan, la marcha que debe seguir y el fin á que debe tender, según Mr. Charles Gide, el movimiento cooperativo; movimiento que se desenvuelve y fortalece, no sin tropezar con obstáculos, á pesar de lo que en contrario ha sostenido el distinguido colectivista Gustavo Ruanet en el estudio que dió á luz el año 1898 con el título de *Fracaso de la cooperación obrera*, movimiento que, lejos de encontrar un enemigo en el socialismo, debe ser favorecido por éste, puesto que aproxima el triunfo de sus ideales, en cuanto no son virtualmente utopías.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

# PINTURA RELIGIOSA <sup>(1)</sup>

---

Háblase constantemente de música religiosa y se trata de la reforma indispensable para que le sea devuelta la antigua dignidad. Me complazco en reconocer la importancia del asunto, mas considero que también la pintura religiosa debe ser examinada para ver si su actual calidad corresponde á la alteza de su fin. Nadie negará la acción de la música sagrada sobre la multitud reunida en el templo. Merced á la influencia del arte, el sentimiento individual se hace colectivo; la aspiración se unifica en la palabra que pronuncian y cantan á la vez todos los que creen. Sobre la muchedumbre flota la creencia única, como el espíritu de Dios flotó sobre las aguas; pero las notas que, como síntesis de la oración, llenaron de vibraciones el espacio desvanécense al fin y el silencio sucede á la armonía de las voces suplicantes. En cambio las pinturas, los cuadros, las imágenes permanecen á todas horas ante la vista de los creyentes que ruegan á sus pies. Además, la música religiosa es, casi siempre, una oración, una súplica, un canto de gracias, es decir, algo humano aunque referido á Dios, mientras que la pintura sagrada es muchas veces la representación de Dios mismo bajo la forma hominal.

Aunque el deseo de evitar los peligros de la idolatría hizo que algunos Santos Padres de la Iglesia restringieran el uso de las imágenes, preciso es confesar la importancia que éstas tienen en nuestro culto. El hombre, por dualidad de su naturaleza sintética, necesita acompañar el culto interno, puramente espiritual, con manifestaciones externas, para que no se des-

---

(1) Tenemos á honra y dicha el publicar el notable discurso pronunciado por su autor en la velada que el *Apostolado de la Oración* de Palma de Mallorca celebró el 22 de Marzo de 1900.

vanezca la creencia como un perfume sobradamente sutil. El Concilio II de Nicea declaró que «las imágenes sagradas, para los rudos é ignorantes que no saben leer las Sagradas Escrituras, son lo mismo que los libros para los doctos y eruditos». Lo cual coincide con la opinión de San Juan Crisóstomo y de San Basilio el Magno, que colocan la pintura al nivel de la oratoria y de la poesía. Efectivamente, existe entre la visión sensible y los sentimientos que en el alma despierta cierto misterioso enlace que produce, cuando el artista acertó á expresar su idea, una inexplicable atracción de las almas que compararíamos á la del imán y el acero si la metáfora no estuviese anticuada.

La eficacia de la pintura deriva también de su permanencia en el tiempo. No es ya la fugaz palabra mentando ejemplos de virtud, ni es el ditirambo á la santidad encerrado en las páginas de un libro alineado con otros en el estante; es, por el contrario, el ejemplo vivo puesto ante los ojos, imponiéndose á la conciencia. Á este propósito se cuenta que Alejandro el Macedonio palidecía cada vez que contemplaba el cuadro en que un pintor griego había representado á un hombre muerto por sus amigos á causa de pérfida denuncia, porque recordaba que él había matado también á su amigo Clitus en circunstancias semejantes. Mas sin ir tan lejos, ¿quién no ha sentido nacer la devoción ante la imagen del Crucificado? ¿En qué pecho no brota la piedad ante una Dolorosa?

Pues siendo patente la importancia de la pintura sagrada, claro está que la dirección artística de un templo no puede encomendarse á un gusto deficiente, sino al sabio gobierno de quienes, comprendiendo el valor artístico de las obras, sepan medir también su grado de religiosidad y misticismo. Y preciso es confesar que en ese concepto estamos muy lejos del término ideal de nuestras aspiraciones artísticas. La policromía chillona de un arte industrial invade la augusta grandeza de nuestros templos, como planta rastrera que se abraza al tronco de vieja encina. Todos hemos visto esas deplorables oleografías en que se representa á Jesús con carmín femenino en las mejillas, con un corazón inflamado que apaga la fe en lugar de encenderla. Yo veo algo semejante á una irreveren-

cia en esa reproducción ilimitada de la imagen de Cristo, hecha por la mecánica vulgar de la litografía moderna. Además, una de esas obras no hace sentir ni pensar al que la contempla. Para que la obra nos conmueva es preciso que al producirla, un cerebro haya trabajado, que un alma haya sentido, que una inteligencia haya buscado la expresión verdadera de la divinidad en una forma humana, y eso, francamente, yo no lo encuentro en una obra que fué hecha en una prensa, como se hacen los carteles de anuncio.

No hablemos ya de aquel pintor que representaba á San José construyendo confesonarios en la carpintería de Nazareth, mientras Jesús, sentado en el suelo, se ocupaba en hacer crucecitas de virutas. ¿Por ventura no es más lamentable que eso la interminable serie de esperpentos pictóricos que la rutina engendró, y en los cuales no brilla ni inspiración, ni sentimiento, ni un chispazo de genio ni de creencia? Actualmente, la norma de los que *hacen santos* parece ser la de aquel famoso pintor que, ante su figura esbozada, decía: «Si sale con barbas será San Antón, y si no, la Purísima Concepción».

Ya sé que no faltan excepciones de esa regla general, y que, por fortuna, en Mallorca existe algún artista de notable mérito en el género religioso; pero sé también que, considerada la cuestión bajo un aspecto amplio y comprensivo, el descorazonamiento se apodera de nosotros al ver á los artistas ocupados en asuntos baladíes, malgastando su inspiración en pequeñeces efímeras, que han de durar lo que las burbujas sobre el agua.

Hemos llegado a un tiempo en que los pintores desdeñan todo estudio serio, porque el arte está á merced de la opulencia, como en los tiempos que siguieron á la muerte de Alejandro. Hoy día se busca el cuadro *lamido*, en que se representan escenas graciosas ó femeniles tocados, sin espontaneidades, de una manera rutinaria y mezquina. La coquetería—que en arte es hija de la impotencia para lo grande, como en la mujer es hija, casi siempre, de la falta de reflexión—se apodera de las imaginaciones y triunfa en los talleres de los artistas. Para adornar el comedor en que la *burguesía* saborea

sus manjares succulentos, requiérese cuadros alegres, de tonos simpáticos, ó mujeres hermosas, en que fija la codiciosa pupila el que digiere bien.

Y ese mal gusto, esa decadencia, ese sensualismo, han llegado hasta la pintura religiosa. No es que yo pretenda que los templos se hayan de convertir en museos, donde se guarden las joyas del arte, y no lo pretendo porque lo considero imposible, que en otro caso lo pretenderíamos todos. Ya sé que en la ermita solitaria no pueden encontrarse, sino casualmente, tesoros artísticos, incompatibles con la humildad de la casa. Pero es que allá la candorosidad del culto disimula, mejor diré, no descubre las deficiencias de lo externo, y el fuego de una creencia inquebrantable ilumina y caldea la conciencia con llamaradas de sagrado fulgor. No así en la ciudad, entre los gritos de la lucha que flotan sobre las grandes muchedumbres. Cuando el hombre se refugia en el templo halla en el arte la fuente de sus goces, en la religión su consuelo, en Dios su eterna esperanza, y en alas de la música sagrada, con las majestuosas notas del canto gregoriano— semejantes á grandes y pausadas olas,—ó en la contemplación de las magníficas creaciones que el arte inspiró, el alma se eleva á un mundo sobrehumano y se asoma al infinito. Ya no excita nuestra piedad el pobre *ladrillo* que nos conmovió en el alto monte; el gusto refinado de las gentes modernas necesita, para conmoverse, algo soberano y estupendo, como la sublimidad de Miguel Ángel, ó la grandeza reposada y digna de las figuras de Rafael Sanzio, ó la vida palpitante en las maravillosas producciones de Murillo.

Y si no es posible que admiremos tales tesoros, désenos en cambio un arte elevado y digno, y, sobre todo, inspirado, en vez de esas obras que parecen hechas según las recetas que el monje Dionisio de Agrapha publicó allá por el siglo XI en su *Manual ó Guía de la Pintura*, donde se enseña, á lo que dice Madrazo, el modo de «diferenciar, según los sexos y las edades, el colorido de las carnes, y dar á las mejillas de los niños y de las mujeres el arrebol correspondiente y el sonrosado á los labios, marcando en los viejos las arrugas y la palidez y la dureza de los contornos».

La causa de la decadencia de la pintura religiosa no podemos buscarla, ciertamente, en la falta de asuntos. Lo que Prudencio ha cantado en sus versos inmortales pueden pintarlo los poetas de pincel, sacando sublimes escenas de aquellos horrorosos suplicios, ya que es singular privilegio del arte el de transformar en belleza cuanto abraza. Y aun sin salir de la vida de Jesús, ¡cuántas conmovedoras escenas, no por tratadas menos aprovechables! El tema nunca estará agotado, porque es perennemente nuevo, como las historias de amor. Desde la Anunciación, el nacimiento humildísimo, la peregrinación de los Magos, hasta la muerte sublime en el Gólgota entre las conmociones del mundo entero, ¡cuánta grandeza, qué magnífico asunto! Y luego los Apóstoles, esparciendo la buena semilla como sembradores en campo fecundo; la hermosa figura de San Pablo, la incomprendible grandeza de San Juan, tendiendo, desde Patmos, el vuelo altísimo hacia la eternidad. Y santos y mártires, y guerras y triunfos, perpetúan, al través de los siglos, la grandiosa epopeya, de la cual es una estrofa cada gota de la sangre de un mártir.

El cristianismo, por otra parte, ha influido grandemente en el desarrollo del arte pictórico. El mundo pagano, enamorado de la forma, fué especialmente adorador de las estatuas. Pero el cristianismo no se contenta con la belleza del cuerpo, sino que busca más bien la expresión de los afectos del alma, lo cual se corresponde con la naturaleza de la pintura. Así lo entiende Blanch y así lo demuestra la historia. Por eso los pintores han buscado su inspiración en el cristianismo, el cual ha sido asunto de innumerables obras en las cuales se refleja —como la luz del sol en los astros de su sistema— la poderosa claridad del genio cristiano. En ella beben su inspiración desde los ignorados autores de las pinturas informes y extravagantes del arte bizantino hasta el sublime Miguel Ángel, que descuella entre los artistas como entre los montes el pico más eminente de la tierra.

En aquellas primeras manifestaciones del arte cristiano la forma humana aparecía alterada y confusa, como en la vaguedad de un crepúsculo, y cuando Cimabue inicia la expresión en los albores de la escuela florentina, su *Madonna* de Santa

María Novella causa la admiración pública y es llevada en procesión solemne desde el taller en que fué producida hasta la iglesia donde es venerada. Giotto le sigue y merece ser llamado el *discípulo de la naturaleza*, y después, ¿cómo seguir paso á paso el desarrollo del arte cristiano?

Cuando el misticismo inspiró al artista sus obras se elevaron á regiones de una beatitud inmortal propia de varones en quienes la pureza del alma trasluce al exterior, como llama que arde en lámpara de alabastro. Es la creencia honda y sincera de Fra Angélico la que inspira sus famosos cuadros, en los cuales parece que colaboraron ángeles. El sentimiento, la fe inquebrantable no se pueden falsificar, como no se puede fingir la robustez orgánica, y cuando existen cubren las obras de un tinte de idealidad que sugestiona y embriaga dulcemente, como el perfume de la violeta; que subyuga al corazón por la magia de su reposo, por sus celestes claridades que semejan vislumbres de gloria en un ensueño de iluminado.

Miguel Ángel, en cambio, es tumultuoso como una tempestad; es un genio sublime dominado por la nostalgia de una aspiración infinita, que sube á la gloria entre nubes y fuego, siempre solitario, como un águila en el espacio. En sus obras se agitan los huracanes del Antiguo Testamento y la grandeza sin límites de Jehová. Él únicamente ha conseguido animar sus figuras con fuego que parece robado del cielo. Taine ha dicho que Miguel Ángel, Dante, Shakespeare y Beethoven se han elevado de tal manera sobre los demás hombres que parecen de una raza aparte.

Tiziano, sin elevarse á tanta altura, sin salirse de la imitación de lo real, alcanzó también una extraordinaria grandeza, sobre todo en la pintura de conjunto y en la riqueza y exactitud del colorido. Van Dyck, Velázquez, Murillo, en fin, acrecientan el tesoro de la pintura religiosa, aportando cada uno de ellos la fecundidad de su genio, que los ha hecho fundadores de escuela, maestros inmortales. Murillo, especialmente, ha pintado el cielo como nadie acertó á pintarlo, llenándolo del perfume de la más pura idealidad.

¿Quién continúa actualmente la obra de tan insignes artis-

tas? ¿Quién halla en la religión la fuente inspiradora? Yo no quiero molestar á persona alguna con mis palabras; pero es preciso decir que la tristeza se apodera del alma viendo á los pintores ocupados en copiar pequeños paisajes mil veces repetidos en el lienzo; escenas insignificantes, sin interés ni animación, y grupos de pescadores que en la *instantánea* resultan mejor que en la obra pictórica. Yo quisiera ver á los artistas mallorquines ocupados en más altas empresas, donde pudieran lucir su imaginación y su habilidad técnica. Porque hoy día, señores, no sólo hay que lamentar lo poco que se produce, sino también la falta de aspiración; hoy no solamente no se vuela hacia la gloria, sino que tampoco se intenta volar; todos vivimos en perenne reposo, desempeñando nuestro papel en la estética general del universo. Pero ¿es que hoy la fe ha huído de las almas y la frivolidad domina en los espíritus? Me atrevería á contestar afirmativamente si no supiera que á veces la fe habita en el alma como una semilla encerrada en un bloque de hielo, que ni germina ni se desarrolla; pero fundid el hielo al calor del sol, arrojad la semilla á una tierra fértil y veréis cómo se transforma y al cabo fructifica. Si renace la fe, la inspiración religiosa brotará de nuevo. Fra Angélico pintaba sus cuadros, según se dice, mientras rezaba postrado ante la gloria de Dios. Por eso, aun en medio de sus anacronismos, nos conduce á un místico ideal de pureza sin límites. Nuestros artistas pintan sus santos en medio del tumulto que en los estudios suele reinar modernamente. ¿Cómo queréis que la obra responda á un sentimiento religioso que no existe? Quitad de ante un espejo la figura, y su imagen desaparece; suprimid en un alma la fe, y la inspiración sagrada se extingue. Por eso, porque se pinta lo que se siente, lamento la decadencia de la pintura religiosa, porque su postración indica que la fe ha sido robada de las almas como se roba el copón del sagrario, aprovechando la oscuridad y el abandono. He dicho.

FÉLIX ESCALAS.

# GOYA

---

## I

Si no estuviese en el ánimo de todos los que profesamos ferviente culto al arte de Apeles que los pintores de las distintas escuelas españolas tienen encarnado, más que otro alguno, el sentimiento del colorido, prefiriendo anteponer en sus producciones la tonalidad del conjunto á la severidad de la forma, y no bastase á demostrarlo los múltiples ejemplos que en sus cuadros nos han legado los antiguos maestros, vendría á corroborar una vez más esta idea, á patentizar de nuevo este aserto, la manera de trasladar al lienzo sus impresiones un artista casi contemporáneo, que en los aciagos días de decadencia por que en su tiempo pasara el arte patrio, brilló como último destello de refulgente luz que se extingue, y sabiendo emanciparse de la tiránica rigidez, del convencional formulismo académico y de amaneradas imposiciones extranjeras, formuló enérgica protesta trazando gloriosa página en los anales de la historia de la pintura española.

Goya, que tal es el artista á que aludimos, refleja en su obra toda lo mal avenido de su genio con el rutinario doctrinarismo de escuela, y ansioso de una libertad hasta entonces vedada á las producciones artísticas, que como hijas del espíritu y del sentimiento encajan mal en mezquinos moldes de anticuadas reglas, sustráese de aquél é intenta conquistar ésta, imprimiendo á sus obras tal carácter de espontaneidad, de verdad y de realismo, en el verdadero sentido de la palabra, que quien las contempla no puede menos de retrotraerse á la época de su autor asistiendo á escenas de la vida de determinada clase social de fines de la décimaoctava centuria.

Tócale en ella nacer al artista y no es mucho que en Goya

se refleje el carácter de su tiempo. Dando, si se quiere, más á la materia que al espíritu, nunca idealiza ni tiende su vuelo á elevadas esferas, temeroso de que, nuevo Icaro, puedan derretirse sus alas al remontarse á determinadas regiones, precipitándole en la más afrentosa de las caídas. Así que para los asuntos de sus lienzos se inspira en la propia naturaleza, y tomando de ella, si no siempre, la mayor parte de las veces, lo más pintoresco y agradable, traducen sus pinceles, de magistral manera, lo que la vulgaridad de la vida á sus ojos le presenta, lo que á su vista pasa, y siempre con tan brillantes tonos, tan mágico y jugoso colorido, que llega su paleta á emular en algunas ocasiones á las de Murillo, Valázquez ó Ribera.

Pero si el artista se encariña con el color, no le sucede lo propio con el diseño, y sin duda alguna, efecto de la viveza de su carácter, deseando contemplar *pronto* el conjunto y el efecto, aplaza para más tarde la corrección de las primeras líneas, las nunca bien definidas actitudes de fogosa concepción; pero ¡ay! jamás llega á realizarlas, resultando visible contraste, tanto más acentuado cuanto que, junto á las imperfecciones en el dibujo de las figuras que componen los asuntos de sus cuadros, campean maravillosas entonaciones y prodigiosas notas de color.

Por eso, cuando se trata de estudiar á Goya en las esferas del arte y aquilatar el valor de las obras á su genio y pinceles debidas; es decir, cuando, separándole de las anécdotas que, falsas ó verídicas, corren impresas y retratan el indómito carácter individual del predilecto artista de la corte de Carlos IV; cuando se quieren analizar las obras que ha producido como pintor de costumbres populares, como acuafortista y pintor de retratos, géneros en los que rayó á mayor altura que en otro alguno, no hay que olvidar nunca la influencia de su indómito carácter, al que no puede sustraerse y del que, arrastrado siempre por secreta é irresistible fuerza, deja impresa la huella en la mayor parte de sus lienzos y sus láminas.

## II

En la primera de las tres fases antedichas, ó sea como pintor de cuadros de costumbres populares, preséntase el insigne aragonés tan genial y expansivo, que afronta y desarrolla con facilidad suma los asuntos, llevándolos á término con sin igual valentía, rayana muchas veces en la temeridad, y aunque suele ser incorrecto en el dibujo, mal de que, sintiendo decirlo, adolecen la mayoría de sus cuadros, en ocasiones vulgar, chocarrero en otras y algunas veces hasta grotesco, todo ello se perdona, todo ello se olvida al contemplar el ambiente, la vida que se respira en sus obras, la armoniosa entonación y brioso colorido con que cautiva la visualidad y con ella el ánimo, don tan sólo otorgado al pincel de los grandes maestros en el arte de pintar.

Goya es, sin duda alguna, entre los maestros de la escuela moderna, el primer impresionista, y aunque esté muy lejos del exagerado y pernicioso vuelo que tal tendencia ha tomado en nuestros días, no cabe poner en tela de juicio que al sentir la necesidad de trasladar al lienzo sus ideales y sus impresiones, lo hace sugestionado por la brillantez del colorido, á quien supedita y sacrifica la elegancia de la línea; impórtale por todo y ante todo conocer el efecto; búscalo en el contraste del claroscuro, y cuando lo logra, encariñado con él, olvida las correcciones que las leyes estéticas imponen, si bien tiene la envidiable cualidad de que sin mucho estudio el modelado de sus obras sea perfecto, sin más huellas del pincel que las marcadas por el trazo impresionista.

Pero el impresionismo de Goya, á diferencia del de nuestros días, enciérrase en justos límites, sin llegar nunca al desenfreno y extravío á que las exageraciones conducen. El predilecto pintor del Infante D. Luis no concibe ni la minuciosidad ni el detalle; pero comprendiendo que en las obras de arte no se puede prescindir en absoluto ni de una ni de otro, reúne en ocasiones ambas cualidades en un solo y atrevido rasgo de su prodigioso pincel, y con sin igual maestría,

con fuerza intuitiva cuyo secreto sólo á él ha sido dado poseer, imprime la vida, el realismo y la verdad que brota de su mágica paleta.

Quizá al expresarnos de este modo hayamos ido un poco lejos; quizá para algunos hayamos profanado la memoria del ilustre maestro al calificarlo de impresionista; pero si así no es, ¿qué nombre ha de darse, qué epíteto merece quien traza los catorce cuadros que un tiempo fueron pinturas decorativas de la quinta de su propiedad á orillas del Manzanares? ¿Cómo ha de clasificarse el pincel que traduce con cuatro sublimes pero informes rasgos la ira que en el pecho del artista español se desborda al considerar la odiosa dominación francesa de 1808, el dolor de su alma lacerada al recordar las crueldades cometidas con los defensores de su independencia el 3 de Mayo del mismo año? Estos y aquellos cuadros no son más que manchas de color, momentáneas impresiones de un genio que concibe y que quisiera dar á la ejecución la misma rapidez que al pensamiento.

Goya es por excelencia el pintor de costumbres y tipos populares, y no hay que pretender estudiarle en las obras que produjo como pintor de asuntos religiosos; sus lienzos como tal carecen de la sublime inspiración que en ellos se requiere, no siendo extraño que así suceda porque, nacido en época escéptica, ni cree ni espera, y por lo mismo no puede remontar sus vuelos más allá de lo que sus sentidos perciben. Á Goya no hay que pedirle ideales inspiraciones, ni exigir de su pincel creaciones abstractas, ni expresiones de sublimes sentimientos; si así lo hacéis, os responderá con ángeles y querubines cuyas figuras y fisonomías serán fiel trasunto de las de otras tantas hijas de ciertos barrios de Madrid, entre las que escogía sus modelos, envueltas en albo ropaje con el aditamento de las alas, y os presentará santos sin unción religiosa, sin el nimbo de la acrisolada fe, santos que serán copias vivas de elegido modelo, en más ó menos compungida actitud, escenas de la vida de varones bienaventurados; pero tan desprovistos aquéllos y éstas del sublime idealismo de las obras religiosas de los grandes maestros del siglo XVI y XVII, que os hablarán más á los sentidos que al alma, mediando

desde este punto de vista insondable abismo entre estas composiciones y las debidas al mágico pincel de Joanes, Zurbarán, Cano y Murillo.

Pero si, por el contrario, buscáis á Goya en el terreno de la realidad, pintando las costumbres populares de su tiempo, le encontraréis en su elemento y os mostrará ingenuas páginas impregnadas de sabor local, viveza, luz y alegría. Los treinta y ocho cuadros debidos á su pincel, como ejemplares de los tapices tejidos en la fábrica de Santa Bárbara, que guarda nuestra Pinacoteca, son elocuente ejemplo de la valía de Goya como pintor realista; y aunque entre ellos existen diferencias notables en la factura, adivinándose en unos el cariño hacia el asunto elegido y el cuidado en su desarrollo, en tanto que en otros se traduce la forzosa necesidad de terminar la obra comenzada, todos ellos forman glorioso haz que coloca muy alto el nombre de su autor.

Y si, á pesar de todas estas condiciones, Goya no fuese acreedor á figurar entre los más eximios artistas españoles, le quedaría la gloria de haber sido el primero que, recogiendo la herencia de Velázquez y rompiendo con los anteriores principios y severas tradiciones de la escuela española, se atrevió á implantar en ella un género nuevo: la pintura de costumbres y tipos populares, que, patrimonio exclusivo de las escuelas flamenca y holandesa, pasó como rápido meteoro por la paleta del artista predilecto del cuarto de los Felipes, tomando, con la de Goya, definitiva carta de naturaleza entre nosotros.

La gama del colorido de Goya es cierto que resulta algo chillona, pero al considerarla así es preciso no echar en olvido que, á diferencia de la de los hijos del Rhin y del Mose-la, cuyo origen son las vaporosas nieblas que del cauce de esos ríos se levantan, del amarillento y mortecino sol septentrional, la de nuestro artista proviene del siempre azul y esplendoroso cielo del Mediodía, que quiebra sobre su paleta los irisados rayos de su refulgente luz, siendo un mérito más en favor del pintor de la corte de Carlos IV el haber sabido evitar el desentono y acomodar esa alegre gama á un todo armónico que halaga los sentidos y regocija el espíritu.

## III

Unidas á su indisputable mérito como pintor de costumbres populares, al par que colorista, las eminentes dotes que como grabador descuellan en Goya, han contribuído estas últimas, quizá más que otra cualidad alguna, á la fama universalmente reconocida en el mundo de las artes al eximio hijo del suelo aragonés.

En sus aguas fuertes es donde se acentúa más que en los cuadros de género y los retratos el ansia de su alma por ensanchar el radio de acción en que se mueve, y así como el carácter de sus pinturas es genuinamente suyo, mostrando marcada esquivez y hostilidad al pseudo clasicismo importado á la escuela española por el bohemio Mengs, todavía se estereotipa más su estilo peculiar y propio cuando, á cambio del ocio dado á sus pinceles, empuña el buril, y dejando correr sobre la plancha la acerada punta, en ocasiones no tan sutil como las intenciones que la guían, traduce al cobre las más exóticas y fantásticas concepciones, con la misma fogosa libertad en la creación de los asuntos que en los medios de expresarlos. Para conseguir el objeto que persigue Goya no ha menester ni indicaciones que le señalen el camino ni mentores que por él le guíen: todos los medios los halla buenos para obtener el fin que se propone, y como el suyo es la libérrima y espontánea manifestación de la idea y la gráfica expresión del conjunto, cúidase poco de la manera de ejecutar con tal que á sus ojos resulte el efecto apetecido.

Si Goya, según dice Mr. Ch. Iriarte (1), se da a conocer en sus aguas fuertes como artista y como filósofo, pudiera afirmarse, sin temor de ser desmentido; que en ellas se antepone el segundo al primero, y dejándose guiar por heridos sentimientos, muestra con su acerada punta las llagas que corroen la sociedad y fustiga sin conmiseración alguna el vicio allí donde encuentra una de sus múltiples manifestaciones. El arte

---

(1) *Goya, sa vie, son Œuvre*, por Ch. Iriarte. — París, 1867.

en Goya, y cuando de sus grabados se trata, no se encierra en el sacrosanto dogma de la realización de la belleza por la belleza misma, no; tiene cierto carácter especulativo y la mayor parte de sus planchas tienden á corregir con intencionada sátira los desaciertos y torpezas de la decadente generación de que forma parte; y aunque no muestra inclinaciones políticas, como observa el Conde de la Viñaza en su libro sobre tan insigne artista (1), contribuye á la revolución que en ideas y principios se inicia, quizás inconscientemente, acentuando en sus obras la nota democrática y elevando al hasta entonces postergado pueblo á la altura que por sus nobles sentimientos merece.

Las láminas que comprenden *Los caprichos*, *Los proverbios* y *Los desastres de la guerra* son otros tantos anatemas lanzados, ya contra la impúdica cortesana que arrastra su ennoblecido nombre por el cieno de las pasiones, ya contra la manifiesta superstición de los de abajo ó crasa ignorancia de los de arriba, ya contra la sórdida avaricia, contra la liviandad y desenfreno pasional de todas clases contra la entronización, en fin, del vicio y contra las tristes consecuencias de esa plaga social que haciendo olvidar á las naciones los principios de moralidad, justicia y equidad que deben regirlas, por fútiles pretextos, por mera satisfacción de engrandecimiento material y preponderancia política, las levanta unas contra otras, sembrando en ellas la ruina y desolación, que han fecundado antes montones de cadáveres y torrentes de sangre humana.

Goya, que en *Los caprichos* y *Los proverbios* es cáustico y mordaz, muéstrase elegiaco en *Los desastres de la guerra*, y en cada una de estas últimas láminas se percibe claramente el alma de fuego española de quien las traza, siendo todas ellas *sangriento pasquín lanzado contra la guerra y el derecho de conquista* (2), el grito de venganza de la oprimida patria contra la odiosa dominación del extranjero.

Las aguas fuertes de Goya, ya sean las que acabamos de

---

(1) *Goya, su tiempo, su vida y sus obras*, por el Conde de la Viñaza. — Madrid.

(2) Palabras de Mr. Ch. Iriarte en su obra indicada.

indicar, ya *La tauromaquia*, *Los proverbios*, *El agarrotado*, *El coloso* y otras muchas que á su fecunda imaginación se deben, no cabe duda que están hechas con determinada intención, difícil de esclarecer, toda vez que no legó su clave el original discípulo de Luzán, siendo buena prueba de ello los diez y ocho pliegos que bajo el título de *Los proverbios* publicó la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el año 1864 y que encierran misteriosos enigmas cuya solución fantasea á su capricho quien los contempla.

Más que proverbios, más que la disfrazada manera de representar aquella idea, diríase que aquellos grabados son producto de calenturienta imaginación ó de terrible pesadilla.

Pero dejando á un lado el fondo, la filosofía, la intención que puedan tener las aguas fuertes que á la mano de Goya se deben, y fijándonos, siquiera brevemente, en la forma adoptada por el artista para expresar su pensamiento, es esta última, con raras excepciones, inferior á aquéllas, ya que, en nuestro humilde concepto, falta en casi todas las láminas ejecutadas por el hijo de Fuendetodos una condición esencialmente precisa para que toda obra de arte resulte acabada y perfecta: la corrección en el dibujo. Y no se nos diga que el debido á su lápiz es continuada serie de notas abreviadas y de difíciles actitudes, ni se nos objete que *como español, como aragonés, como hombre de carácter duro é independiente, se dejara arrastrar muchas veces hasta la exageración y la caricatura* (1) ante las desgracias que una torpe política primero y una invasión extranjera más tarde acarreaban á nuestra patria; no, no creemos ni uno ni otro suficiente motivo para olvidar la belleza de la línea, la perfección del diseño, que á ser justo, proporcionado y huir de lo deforme, grotesco ó extravagante en que cae algunas veces, aumentaría, centuplicándolo, el valor de tan espontáneas y originalísimas manchas de claroscuro, las únicas capaces de competir con las debidas al mágico buril del hijo del molinero Herman Gerretz, el inimitable Rembrandt.

---

(1) Prólogo de *Los desastres de la guerra*.

Aparte este error, tan sólo disculpable por exceso de viveza en el carácter, como anteriormente dejamos apuntado, las aguas fuertes de Goya demuestran tal originalidad, tal fantasía, tal vigor, tal estudio del contraste del claroscuro, tal acierto en el empleo del agua-tinta, tal soltura en el manejo de la punta, tal atrevimiento en el toque, tal libertad, en fin, en el procedimiento, al que no encauza ni dirige regla alguna, que, haciendo nuestras las palabras de Mr. Charles Iriarte, diremos que no se puede ir más allá en la ciencia del efecto y de la luz, bastando por sí solas para cimentar la más gloriosa reputación.

#### IV

Si Goya, como pintor de costumbres y tipos populares, descuella entre los principales autores de la escuela española, y como grabador al agua fuerte ha conquistado reputación gloriosa, merece, en nuestro humilde sentir, inmarcesible lauro como pintor de retratos, atreviéndonos á asegurar que, salvo Velázquez, no hay quien le aventaje entre los artistas de nuestra patria. Y á pesar de que en los retratos de Goya se encuentran analogías con aquellos pintores que en esta clase de obras sobresalieron, adivinándose unas veces la delicadeza de Tiziano, otra la finura de Van-Dyck, ya la exuberancia del color de Rubens, ya la billantez del veneciano Robuste ó la energía de Rembrandt, y siempre el naturalismo del gran maestro sevillano, los lienzos de Goya, en que trazó los rasgos fisonómicos de sus mecenas y de los personajes que fueron sus amigos, á más de muy excelentes cualidades, también tienen el sello peculiar y exclusivo de las obras del artista aragonés, que no pueden confundirse con las de otro alguno.

En ellos vuelven sus modelos á la vida que perdieron, circula la sangre bajo su epidermis, late su corazón y brilla su mirada con la misma intensidad que en los días de su existencia, asomando al rostro los rasgos más salientes de su carácter.

Goya, en la factura de sus retratos, huye por completo del amaneramiento de los pintores de su época, y al sentirse más naturalista que en sus cuadros de género, sacríficolo todo á la reproducción exacta de la verdad que ante su vista tiene, haciéndolo tan espontáneamente, con tal justeza de color, con tal estudio de las medias tintas, con tal perfección en el empaste y modelado, con tal maestría en el manejo del pincel y valentía tanta, que en ocasiones basta un solo toque, un solo rasgo para producir la más perfecta ilusión, el más completo efecto óptico, y siempre una obra admirable y acabada.

Cuanto indicado queda, no sólo hace referencia á los retratos que su pincel dió como terminados, sino que alcanza también á sus bocetos, que en medio de la poca importancia de tales obras, del natural desaliño del esbozo, resultan tan perfectos, tan á maravilla ejecutados que no han de menester más para ser de igual ó de superior valía que el retrato mismo, dándose el caso de ser obras más meritorias aquéllos que estos últimos, ya que resultan con más espontaneidad, como hijos que son del impaciente carácter de su autor, tan poco avezado á todo lo que le obligue á repetir ó mejorar la primera impresión, á todo lo que le fuerce á retocar la pintura comenzada. Y cosa rara, el autor de los ejemplares de los tapices para la manufactura de Santa Bárbara, *Los caprichos*, *Los proverbios*, *Los desastres de la guerra* y *La tauromaquia*, que en estas obras supedita el dibujo á su fantasía, dejando correr muy á menudo con excesiva libertad el lápiz ó el buril, sabe domeñarse y ceñirse á justas y perfectas líneas cuando es objeto de su trabajo la reproducción de la fisonomía de sus coetáneos. Bien se nos alcanza que un retrato mal dibujado y sin las relacionadas proporciones que en la figura humana existen no sería tal retrato, y al par que resultaría deforme, se echaría de menos en él la esencial condición del parecido, que constituye la base de este género de pinturas; pero no comprendemos cómo quien encajando en esas mismas proporciones las cabezas de sus modelos, no ajusta á ellas el resto de la figura, la composición de un cuadro á toda la maravillosa inventiva de un agua fuerte. Volvemos á repetirlo; no nos cabe duda alguna que el mal dimana de la volubilidad de su carác-

ter, de su fogosidad, de aquel impresionismo de que hemos hablado anteriormente, del ansia de nuevo trabajo ó quizás del cansancio que produce el cuadro no terminado al primer impulso.

La condición de ser Goya más dibujante en esta clase de obras que en las restantes, hace, por nuestra parte al menos, que sintiendo profunda veneración por el artista, admirando su mérito y colocando en el honroso y distinguido lugar que ante la sana crítica ocupan tanto los cuadros de capricho, de tipos y costumbres populares, cuanto las aguas fuertes del insigne artista aragonés, tengamos mayor predilección por los retratos que de su mano se conservan.

La obra de Goya tiene, como todas las que son hijas del entendimiento humano, sus apasionados y detractores, y en el afán unos y otros, ya de ensalzarlas colocándolas á la cabeza de las de nuestros primeros artistas, ya de vituperarlas hasta el extremo de llamarlas inmundos borrones, han exagerado é ido más allá del justo medio que en todo es conveniente. Para los últimos Goya no llega á ser ni mediocre pintor, carece de las esenciales cualidades de artista, sus cuadros no tienen interés, no tienen personalidad propia, apoderándose del ánimo la desilusión y el desencanto cuando se contemplan sus lienzos.

Á los que de tal modo se expresan, aun concediéndoles los defectos del legado del hijo de Fuendetodos, les diremos que si no fuesen bastante á proclamar la merecida fama de Goya las inestimables dotes de colorista demostradas en los frescos de San Antonio de la Florida y templo del Pilar de Zaragoza, los cuadros de historia, género, retratos y aguas fuertes, la de ser el primero en introducir la pintura de costumbres populares en nuestra escuela y usar antes que otros grabadores españoles el procedimiento del agua-tinta, cabría-le la gloria de haber legado á las edades venideras la fiel reproducción, la expresión latente de la caduca sociedad que en torno suyo se agitaba; y si como dice un ilustre estadista (1), «Velázquez en una serie de admirables retratos trazó la

---

(1) D. Francisco Silvela, *Cartas de la Venerable Sor María de Agreda y*

figura de Felipe IV con tal verdad, que no parece sino que se ha animado el lienzo bajo aquel pincel prodigioso, y es el monarca austriaco personaje vivo entre nosotros», Goya también en esa no menor serie de lienzos que forman la colección de los retratos debidos á su mágico pincel hace resurgir á la vida, no sólo al débil monarca, juguete de las intrigas del torpe favorito D. Manuel Godoy y de las ambiciosas miras del soldado de Jena y Austerlitz, sino que, tomando cuerpo con el primero los individuos de su propia familia, los Príncipes y magnates de la corrompida corte, lo mismo los hombres de valer que los historiadores, la dama encopetada que la liviana meretriz, el linajudo prócer que el modesto artesano, vienen á ser latente página de los aciagos días por que pasara España en los últimos años del siglo XVIII y los albores del siglo XIX.

Y así como afirma una eximia escritora (1), *que si enteramente se perdiesen y borrasen los anales del mundo, con el estudio de la literatura sólo podrían ser reconstituídos*, aplicando esta verídica opinión á las bellas artes y circunscribiéndonos á la historia patria, podremos repetir con el autor del libro *Goya, su tiempo, su vida y sus obras*, que «si la España de fines del siglo pasado y comienzos de éste se perdiese, ó se rasgasen las páginas escritas por sus historiadores ó desaparecieran á modo que la estatua clásica en la Edad Media, bastaría para vivir eternamente que se salvaran las obras del genio aragonés.

SILVERIO MORENO.

(Concluirá.)

---

*del Señor Rey Don Felipe IV.*—Madrid, establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», 1885.

(1) *Nueva Teatro Crítico* de Emilia Pardo Bazán. —Marzo, 1893, número 27.—Los poetas épicos cristianos. —Tasso.

# AL ATENEEO BALEAR

Y Á MI QUERIDO PRIMO

EL SEÑOR DON FRANCISCO MANUEL DE LOS HERREROS (1)

---

Permita el Ateneo Palmesano  
que, cuando su benévola acogida  
mi leal corazón recuerda ufano,  
tu nombre enlace al suyo agradecida,  
caro Francisco, mi cansada pluma,  
que ya la senda del Parnaso olvida.

Sí; que si la amistad ha sido suma  
con que me ha honrado un Cuerpo tan insigne,  
sin que yo digno de ella me presuma,  
fuerza es que á declararle me resigne  
que á tu prez, no á la mía, lo atribuyo  
y que aquí sin ambages lo consigne.

Justo es que á cada cual se dé lo suyo:  
si puede blasonar de alguno en Palma,  
fué mi timbre mayor ser deudo tuyo.

No de otro lauro codiciosa el alma  
que el de abrazarte, confié mi vida  
del fiero Ponto á la insidiosa calma,  
y cuando mi esperanza vi cumplida  
y á ti y tu prole hermosa y fiel consorte  
darme tan halagüeña bienvenida,

---

(1) Una feliz casualidad ha hecho que caiga en nuestras manos el *Album del Ateneo Balear*, que pertenece á una hermosa dama mallorquina, y al ver esta poesía del insigne Bretón, no publicada nunca, nos apresuramos á honrar con ella las páginas de la REVISTA. La persona á quien la dedicó el autor es aún, por fortuna, el venerable director del Instituto de segunda enseñanza de Palma.—(N de la R.)

nada más anhelé; ni de mi porte  
se pudiera inferir que ciego orgullo  
me llevó á tal distancia de la Corte.

Del muelle en carro impío me escabullo  
que me remolca á tus amados lares  
dándome, ora un corcovo, ora un repullo;

pero al verte doy tregua á mis pesares;  
que por lograr tan inefable gozo  
poco era atravesar montes y mares.

¿Y cómo encarecer el alborozo  
que promueve mi arribo inesperado  
y con el cual me encanto y me remozo?

Mas la pública voz, mal de mi grado,  
quién sea aquel incógnito propala,  
más que en el mar en tierra mareado.

El Balear Instituto circunvala  
noble concurso y la vivienda invade  
donde mi primo plácido me instala;

y á los del docto Presidente añade  
sus plácemes galante el Ateneo,  
á un cofrade siguiendo otro cofrade.

Cuando glorificado así me veo,  
apenas si turbado y balbuciente  
muestro mi gratitud como deseo.

Cordial empero fué, si no elocuente,  
mi saludo, y cien ecos, por ventura,  
suplieron luego al mío intercadente;

los que el aire de armónica dulzura  
llenaron en acorde hábil orquesta  
cuando más esplendía Cinosura.

«¡Bravo! ¿Y quién es el héroe de la fiesta?»,  
sin duda exclamaría algún candongo,  
al cual otro tal vez dijo en respuesta:

«Un *quídam* que allá en tiempo del Zorongo  
nació, y aborda aquí sin más avío  
que un gabancillo de orleans y un hongo».

Sí tal; que fuera necio desvarío  
llevar menos holgada vestimenta

en medio á los rigores del estío.

Soy viejo ya, y saldada está mi cuenta  
y no á mí como á tanto badulaque,  
sed de aplausos y pompas atormenta.

Ni más ha de valer mi aciago empaque  
por exhibir la banda y la venera  
en fúlgido uniforme ó serio fraque.

Para quien sólo busca y sólo espera  
rurales y domésticos placeres,  
bien... ¡qué diantre!... bien voy de esta manera.

Y así contigo, Francho, y con los seres  
que merecen y pagan tu ternura  
corrí los campos que fecunda Ceres.

Y trasponiendo la feraz llanura  
el auriga á una sierra me encarama  
que umbrío bosque puebla hasta la altura;  
sierra que, si imparcial fuera la fama,  
la antepondría al gélido Moncayo  
y al áspero y risccso Guadarrama.

Sus galas viste allí perenne Mayo,  
y cuando en espiral por la calzada  
descendiendo el faetón emula al rayo,  
de Sóller aparece la llamada,  
donde el verjel balsámico se extiende  
que fué de las Hespérides morada.

Y á Norte y Sur, aquende como allende,  
con primores sin término, Mallorca  
mi vista halaga y mi ánimo suspende.

Aquí el colono su hortaliza aporca;  
allí el naranjo su dorado globo  
prodiga y el maíz gaya mazorca;  
crece cabe el abeto el alto pobo;  
acá el rojo mádroño, allá la serba,  
y entre almendros descuella el algarrobo:

ora pace el ganado blanda yerba;  
ora con el nogal y encina añosa  
alterna amigo el árbol de Minerva:  
lasciva abraza al olmo vid ramosa;

vuela desde el nopal al sicomoro,  
desde el nardo al clavel la mariposa:

una palmera, que recuerda al moro,  
allí al Cierzo y al Noto desafía...

más ¿cómo enumerar tanto tesoro?

Si osara yo en prosaica letanía  
tal tarea emprender, grueso volumen  
mi familiar epístola sería,

ni dado fuera á mi premioso numen  
de cuanto ilustre y bello Palma encierra  
trazar, siquiera pálido, el resumen.

Si fuera de su muro, en llano y sierra,  
premia el afán del labrador sencillo  
con incesantes dádivas la tierra,

dentro á las letras, con honor y brillo,  
rinde la juventud culto ferviente  
y el Balear Ateneo es su caudillo.

Yo, no sin pena de Mallorca ausente,  
verle anhelo en la cumbre de la gloria,  
y de tan grato Edén dulce memoria  
juro guardar mientras mi pecho aliente.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

Madrid 8 de Septiembre de 1863.

# TRADICIONES DE LORCA

---

## **La novia de Serón.**

Otra hazaña memorable, así por la virtud de nobleza y galante caballerosidad que en ella resplandece, como por el esfuerzo y valor de armas con que se llevó á cabo, es la que nos va á ocupar ahora.

En lucha constante con los cristianos, lucha tanto más terrible y cruel cuanto se trataba de la independendencia de un pueblo; en continuados encuentros, que no eran otra cosa sino los relámpagos de la tempestad que con el tiempo había de estallar contra los muros de Granada, los árabes españoles se sentían arrobados por el vapor de gloria que les ofrecían las ciencias, las letras y las armas; pero el suceso objeto de estas líneas fué de humillación para los hijos del Profeta, que, celosos de sus vecinos los fronterizos de Lorca, hacían esfuerzos sobrehumanos por abatir su poder, pero que se estrellaban siempre contra el valor y sangre fría de los hijos de la Ciudad del Sol.

Justo es, pues, que recordemos con orgullo las glorias del suelo que nos vió nacer; preciso es que reproduzcamos de vez en cuando aquellos hechos que ningún lorquino ignora en conjunto, pero cuyos detalles ignorarán muchos tal vez, como ocurre con el suceso victorioso que por el año 1440, reinando D. Juan II, realizaron cuarenta caballeros de esta hidalga tierra.

En tal número se reunieron los descendientes de nuestros primeros conquistadores, y con el mayor secreto se juramentaron para penetrar por tierra enemiga con el propósito de llevar á cabo algun acto que, cediendo en honra de su valor y crédito de su patria, les diera derecho para gozar

privilegio de exención del Adelantado y Alcaide, con el objeto de salir á campaña cuando lo tuviesen por conveniente en beneficio de la real corona.

En noche determinada y para evitar sospechas, salieron con el mayor sigilo por distintos puntos de la población, reuniéndose los cuarenta en el sitio conocido por Puerto de Nogalte, y bajo las órdenes del bravo Diego López de Guevara, sorteando más de un peligro por caminar por sitios ocupados por el enemigo, vinieron á emboscarse entre la villa de Serón y Baza, á catorce leguas de Lorca. En la mañana del tercer día de su salida de esta ciudad, se disponían á continuar su marcha cuando se detuvieron perplejos «viendo venir de la parte de Seron una comitiva muy lucida, la que con mucha alegría caminava azia la parte de Baza, la que se componia de doze valerosos ginetes moros, que escoltaván á una gallarda y noble Mora, hija del Alcayde de Seron y declarada esposa del Alcayde de Baza, adonde era conducida para celebrar sus bodas. Mandó Guevara montar á sus nobilísimos parientes y compañeros, y luego que vieron el vando moro, á la parte de Baza ya inclinado, salieron con la mayor presteza y cortandoles la retirada, fueron cercados de los Cavalleros Lorquinos, rindiéndose con poca resistencia á el Esquadron Christiano, salvandose con la fuga, solo un moro, que con la mayor ligereza, se encaminó á la villa de Seron á dar aviso de tan impensada novedad. La novia, que de ricas joyas y galas adornada, era conducida en una hermosa mula, ricamente enjaezada y guarnecida de vistosos arreos, quedó cautiva, aunque urbana y muy cavallerosamente tratada, y con los onze Cautivos fueron conducidos al cercano sitio de la emboscada» (1).

Al poco tiempo vieron venir los cristianos gran número de jinetes y decidieron esperarlos en orden de batalla. *¿De dónde sois?* preguntó el que guiaba la fuerza mora. *De Lorca*, contestó con altivez el capitán Tomás Morata, y la lanza del árabe, nos dice el Sr. Cánovas Cobeño (2), pasó sil-

(1) Morote.—*Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca*, pág. 350.—Murcia, 1741.

(2) *Historia de Lorca*.

bando como una flecha, tan próxima á su cuerpo que á poco más allí hubiera fenecido; más certero Morata, pasó al moro con la suya, derribándolo del caballo, y metiéndose en medio de los moros abatía á derecha é izquierda cuantos su espada alcanzaba, en tanto que Guevara con el resto de la fuerza lorquina cerraban con los de Serón. Veinte moros quedaron fuera de combate en esta primera acometida; y como los de Lorca peleaban unidos y los contrarios no guardaban ningún orden, eran fácilmente arrollados y vendidos, por lo que viéndose sin jefe y que su alférez y estandarte estaban por tierra y cubierto el campo de cadáveres, huyeron en desordenado tropel, pues creyeron que habría más cristianos emboscados, no pudiendo persuadirse que siendo tan pocos hubieran hecho frente á más de doscientos que eran ellos, quedándose los cuarenta caballeros dueños del campo y de muchos caballos, armas y jaeces, y lo que es más, con la más preciada prenda que en la pérdida de la cautiva novia sentía Serón.

Viendo ésta la victoria que á tan poca costa consiguieron los hijos de Lorca, toda llorosa y desconsolada se dirigió así á Morata:

«Pues mi ventura quiso contrallarme para que viniese á vuestras manos, suplico caualleros que dexarme querrais, no me lleveis entre xptinos, muy poco ganareis demi en lleuarme mostraos en lo que os pido Cortesanos la mucha onrra vasta que ganado aveis en este hecho señalado.

Thomas Morata dixo prestamente, bolbamos esta mora Caualleros pues no es de gran Valor este presente mostremos el valor de ser guerreros lleuela su esposo justamente pues no venimos todos por dineros sino por ganar onrra eternamente muestrese el valor aquí al presente» (2).

---

(1) Octavas del «Canto quinceño» del *Libro de la poblacion y hazañas de la Muy Novilissima y Leal Ciudad de Lorca*, compuesto por Gines Perez de Hita, Vezino de esta dicha Ciudad, año de 1572, libro inédito cuyo manuscrito poseemos.

Aquel grupo de bravos lorquinos, teniendo en cuenta que habían logrado su objeto, cual era dar prueba manifiesta de su valor, asintieron á las súplicas de la afligida dama, cuyo nombre no nos ha legado la tradición, y aprobando la resolución de Morata acordaron darle escolta con toda su comitiva, y dirigiéndose á Serón con unos lienzos blancos en sus lanzas en señal de paz, salió el alcaide con lo principal de la villa á recibirlos, restituyendo la cautiva con todas sus pre-seas y los despojos del encuentro en medio de las mayores demostraciones de consideración y afecto.

«Los moros, agrega Morote, quedaron admirados en vista de una acción tan hidalga y honesta, y dieron gracias á los cristianos, ofreciéndose muy cortesanos con sus personas y haberes, recibiendo de mano de la mora una gran joya que llevaba al pecho, y alargando los moros el rico freno guarnecido de finísimas sedas y dorados escudos, en señal de tan famoso suceso.»

Pocos días después de lo referido entraban los cuarenta caballeros en Lorca sin ningún contratiempo que lamentar, haciéndose público seguidamente un hecho que ha prestado argumento á pintores y poetas y demostrado á la posteridad cómo la galantería y el espíritu caballesco templaban los rigores de aquellas incesantes escaramuzas.

D. Lope Gisbert, inspirándose en este episodio, publicó un bellissimo romance titulado *La hazaña de los cuarenta* (1), enlazando la poesía y la verdad en un asunto digno por todos conceptos de las novelas caballerescas, románticas ó históricas del siglo XV, como nos dice el Sr. Acero.

¡Qué elogio tan caballesco—añade—hace Gisbert de los fronteros lorquinos, cuando escribe:

«Todos de nobles blasonan  
y, fieros en el combate,  
benignos en la victoria,

---

(1) Publicado por vez primera en la *Revista de España*, de Madrid, número del 13 de Junio de 1875, romance premiado en los Juegos Florales celebrados en Murcia el 9 de Mayo anterior. Lo reprodujo *El Ateneo Lorquino* aquel mismo año, y últimamente, comentándolo con el mayor elogio, nuestro amigo D. Nicolás Acero, en su precioso estudio *Ginés Pérez de Hita*.

admiran á los valientes,  
respetan á las hermosas!»

También se ha llevado al teatro *La Novia de Serón*, pues con tal título se representó en Lorca, en la noche del 23 de Noviembre de 1890, un episodio histórico-dramático (así escribe su autor), en un acto y en verso, original de nuestro modesto amigo D. Juan López Barnés.

Véase cómo retrata á la protagonista:

«Se hallaba junto á su padre  
cuando penetré en la estancia  
del viejo Zeyan; al verla  
sentí perdida la calma.  
¿Cómo no? Jamás mis ojos  
miraron belleza tanta.  
Su ensortijado cabello  
era el marco que cerraba  
aquel semblante hechicero;  
de la pureza, brillaban  
en su frente los destellos;  
sus mejillas, á la grana  
robáronle su color;  
su cuerpo balanceaba  
dulcemente, como flor  
por el céfiro impulsada.»

.....

En el salón de sesiones del Ayuntamiento de Lorca se conserva, entre otros lienzos, uno de gran tamaño (1) que representa con toda propiedad el suceso que reseñamos, trasladado también al fresco, en el crucero de la derecha del templo de Nuestra Señora de las Huertas, como también en la antigua lámina que mandó grabar el Almirante don Antonio Aguilar, natural de esta ciudad, leyéndose al pie del gráfico episodio:

«Quarenta Caualleros en tal pressa  
mostraron su valor y su nobleza.»

---

(1) No mal trazado y de autor desconocido. Habla ya de esta pintura el padre Vargas, que imprimió su obra en 1625, por lo que no debe atribuirse al pintor lorquino Camacho (como nos aseguraba un respetable amigo nuestro), como los demás que adornan el salón de sesiones, teniendo en cuenta que este artista murió bien entrado ya el año 1716.

Tanto la joya que adornaba el pecho de la novia, como el freno, adornado con cordones de brillantes colores y cuatro borlas de finísima seda azul, lo conservaban en la mayor estima la noble familia de Mateos Rendón; con el tiempo, desgraciadamente, fué deshecha aquélla para hacer adornos más modernos. Uno de los cabos de la cabezada se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, y el resto de la misma en poder de los herederos de D. Ambrosio Álvarez Fajardo, en cuya familia viene perpetuándose, por estar aneja á un vínculo de la misma. ¡Ojalá—concluimos diciendo con el señor Cánovas Cobeño—se conserve siempre en Lorca esta presea, digna, por su procedencia, construcción y recuerdos caballerescos, de ocupar un lugar distinguido entre los que aprecian la memoria de los hechos grandes!

### **La intercesión de San Julián.**

El año de 1648 se cebó de tal modo la peste bubónica en toda la provincia de Murcia, que ni bastaban las muchas y profundas fosas que se abrían para sepultar los cadáveres, ni era fácil puntualizar en aquella tribulación el número de éstos. No perdonó el contagio á edad, sexo, calidad ni estado, llegando á amedrentar á los corazones más alentados y á extinguirse casi del todo el ardor de la caridad, hallándose con dificultad quien expusiese la salud y vida de sus cuerpos por dar socorro y providencia á la vida y salud á las almas. La Compañía de Jesús, con el celo más ferviente, se repartió por toda la provincia para la administración de los Sacramentos, siendo víctimas de la caridad los padres Francisco Orozco, Valentín Navarro y Andrés de Salvatierra y los hermanos Diego Pimienta, Juan López y Miguel Escudero.

«Hallándome yo por entonces en Cuenca—dice fray Antonio de Santa María en el cap. XXVIII de su *Vida de San Julián*,—bajaron á San Julián de su solio y le colocaron en la capilla mayor, adonde asistían de noche y de día los señores prebendados, cantando divinas alabanzas y suplicando

al santo tuviese por bien recabar de Dios Nuestro Señor el consuelo de que tanto necesitaba Murcia, levantando el azote de su justicia de aquel pueblo afligido... Y á los ocho días hubo cartas en Cuenca de que había cesado el contagio; y dando á Dios y á San Julián rendidas gracias por un favor tan grande, le tornaron á colocar en su lugar propio, atribuyendo todo el buen suceso á su intercesión y patrocinio...»

Tan terrible enfermedad la importó primeramente á Valencia un buque cargado de pieles que arribó de Argel; se comunicó después á Murcia, y á pesar de la vigilancia establecida pasó á Lorca, donde se cebó de una manera cruel. El contagio era casi seguro, escribe un historiador moderno, y los atacados apenas duraban dos ó tres días, á veces unas cuantas horas... Más de la mitad de los moradores sucumbieron; por las calles no transitaban más que los médicos, sacerdotes y algunos religiosos. En tal conflicto, deseando los dos cabildos de Lorca, el eclesiástico y secular, su más pronto remedio, recurrieron al patrocinio de San Julián, y escribieron á los señores deán y cabildo de la iglesia de Cuenca pidiéndoles alguna reliquia del Santo.

Con el mayor afecto correspondió á tal petición aquel cabildo, y comisionó á su capellán, el Licenciado Francisco Gómez Caro, para que fuese portador de un retrato de San Julián (debido al renombrado pincel de Cristóbal García, de Cuenca) y un pedazo del hábito con que le enterraron (1).

No llegaron las deseadas prendas á Lorca hasta el año 1650, pero llególe con ellas la salud. Depositáronse en el convento de Nuestra Señora de la Merced, y desde allí se levaron en procesión general á la iglesia colegial de San Patricio, donde, por nueve días consecutivos, se hicieron públicas rogativas al Santo. Y fué servida la Divina Majestad que por la intercesión de su siervo cesase la peste, sin que desde el día último de novena y rogativa en adelante muriese persona alguna. Tal favor continuó, pues habiéndose reproducido el azote al año siguiente, y en los de 1677

---

(1) Consta de acta capitular de la iglesia catedral de Cuenca, de 11 de Enero de 1648.

y 78, en lugares próximos, no volvió á presentarse en Lorca.

El pedazo de hábito se expuso á la pública veneración en el sagrario de la capilla mayor de San Patricio, y todos los años, el día de la festividad del Santo, se manifestaba en procesión claustral, como también en las necesidades públicas. El cuadro estuvo por mucho tiempo en la sala capitular hasta que se terminase la capilla dedicada al Santo, que hoy conocemos con el nombre de *Capilla de San Julián*.

### **La hazaña de Pérez Monte.**

En la segunda parte del manuscrito inédito, de Pérez de Hita, que poseemos, y del cual queda hecho mención, encontramos en el canto XXIV, bajo el epígrafe *Del valor grande y osadía de la gente de Lorca*, un hermoso ejemplo de amor filial, digno de que sea más conocido de lo que es realmente.

Nada nos dice de él el soldado poeta en sus *Guerras civiles de Granada*; hechos aislados llevados á cabo por la gente de Lorca sólo en una historia particular de esta ciudad ó en un poema encomiástico de la misma, como lo es el manuscrito citado, podían tener cabida.

El asunto de dicho canto es el relato de una de las acciones heroicas y generosas de que tanta copia nos ofrece la historia caballeresca de aquellos tiempos.

Hallándose ciertos días varios vecinos de Lorca en el sitio conocido por *Sierra de Enmedio* agradablemente entretenidos en el ejercicio de la caza, el más apropiado á sus inclinaciones de entonces, ya que tan aficionados eran á la guerra, fueron sorprendidos por unos veinte moros al mando de Abenaix, de Cantoria, no siendo los lorquinos más de seis, y aunque éstos se defendieron bravamente, como acostumbraban en casos tales, tuvieron por fin que rendirse al número, muriendo uno y quedando prisioneros los restantes; sufrió la triste suerte de estos últimos el hidalgo *Gonzalo Pérez Monte*, quien, según el poeta, era

## «Un hombre principal y señalado»,

muy querido en Lorca, que sintió hondamente tal desgracia

«por ser varón en todo muypreciado».

Tenía éste un hijo llamado Andrés, que harto afligido con suceso tan lamentable, y movido del mayor afecto filial, concertó por sí sólo librar á su padre del cautiverio que sufría, aunque para ello tuviese que arriesgar su propia vida. Comunicó tan temeraria empresa á Pedro Felices, regidor de Lorca, quien no dejó de animarle, prometiéndole su ayuda, y ambos, sin confiar á nadie más su resolución, caballeros en briosos corceles, salieron de la ciudad, dirigiéndose no sin gran peligro á Vera, cuyo camino tenían noticia habían tomado, con el fin de averiguar con certeza el lugar donde los moros habían depositado los cautivos.

En este último punto sólo pudieron adquirir los dos arrojos lorquinos algunas noticias vagas é inciertas por demás; en tal incertidumbre, se decidieron á confiar el intento generoso en manos de la fortuna y buena suerte, no sin encomendarse á la poderosa intercesión de su patrona la Virgen de las Huertas, y abandonando Vera, donde se les unieron gustosos de motu proprio Pedro de Córdoba y Diego Carralero, también de Lorca, con dos peones que tomaron conocedores del terreno, emprendieron los seis el camino que se habían señalado previamente.

Ardua en verdad era la empresa, y más que ardua, temeraria, repetimos, pues teniendo que pasar por el río de Almanzora, todos los pueblos que forzosamente tenían que atravesar eran de moriscos.

Con razón Pérez de Hita prorrumpie en estas exclamaciones:

«¡Oh, gran empresa! ¡Oh, gente que no cura del temor ni del bando renegado!  
¡Oh, gran pueblo de Marte engrandecido (1), que tales hombres siempre ha producido!»

---

(1) Usando una figura retórica, el autor de las *Guerras civiles* llama con frecuencia á Lorca *pueblo de Marte*.

Cruzado el Almanzora sin contratiempo alguno, dieron vista al pueblo de Cantoria, en cuyos alrededores se emboscaron los nuestros esperando hallar ocasión propicia para dar cima á su increíble intento; distinguen á las puertas mismas del poblado una hoguera, y cada vez más animado el jóven Andrés Pérez Monte ante el natural y legítimo anhelo de libertar al autor de sus días, armando una ballesta se dirige denodado hacia Cantoria diciendo, segun el poeta:

«Por librar á mi padre morir quiero:  
Dios me dará ayuda, como espero.»

Ni un solo momento le abandonaron sus compañeros, ni intentaron disuadirle del gran peligro á que se iba á exponer; llegan todos sigilosamente á la hoguera, junto á la cual encuentran un moro de centinela, quien, sorprendido, se quedó suspenso y se entregó sin hacer la menor resistencia, manifestando acto seguido que no tardaría en aparecer el relevo.

«Espántase aquel moro de tal caso,  
no sabe lo que allí le ha sucedido;  
mirando está temblando todo lasso,  
y luego allí al presente fué prendido.  
Chistar no osaba el moro en aquel paso,  
antes mansamente y sin ruido  
dijo:—Un compañero venir tiene,  
é ignoro cómo tanto se detiene.»

Allí mismo esperaron los nuestros, serenos y valientes, no tardando en llegar dos moriscos más, que, no menos sorprendidos que su compañero, fueron también apresados.

Habiendo deliberado entre sí los de Lorca y comprendido lo imprudente que ya sería avanzar más, convinieron en retroceder á Vera con los tres prisioneros, y sabiendo por éstos que Pérez Monte, con los demás cautivados en Lorca, se encontraban efectivamente dentro de Cantoria, se procedió á las negociaciones del rescate y canje, y el noble y esforzado hijo vió por fin coronada su heroica hazaña, consiguiendo ver á su amado padre en libertad.

Al efecto, oigamos lo que nos dice el soldado poeta en el precitado poema:

«Van los moros cautivos tristemente  
y dos bagajes buenos que han hallado;  
en Vera amaneció la buena gente  
con los tres centinelas que han tomado.  
En Vera se espantaron al presente,  
de ver un hecho tal tan arriesgado;  
el caso les parece allí imposible  
por lo extraño que era y lo indecible.»

.....  
«Hizo Lorca unas cosas muy notables,  
mostrando su valor con osadía,  
que para siempre quedan memorables  
por su esfuerzo sin par y valentía  
y sus hazañas grandes tan loables  
el mundo claramente conocía.»

.....  
El padre Morote, en sus *Blasones de Lorca*, página 417, dedica parte del capítulo XLI á enaltecer este hecho, del que indudablemente tuvo conocimiento por el manuscrito de Pérez de Hita, del cual copia una octava, y nosotros, sinceros admiradores de acciones tan heroicas, creemos rendir justo tributo de homenaje sacando del olvido el nombre de *Pérez Monte*, digno hijo de la ciudad de Lorca.

F. CÁCERES PLA,

C. de la Real Academia de la Historia

# CAMPOAMOR

---

## SONETO

Para cumplir la ley de tu destino  
naciste gran poeta y asturiano;  
siendo de la mujer cantor galano,  
hasta el dolor hiciste femenino.

Deslumbras con tu verso diamantino  
tallado en mil facetas por tu mano,  
y, si al rimar no fueses tan *humano*,  
todos te llamarían *el divino*.

Ni con laurel y mirto, ni con flores  
te corona la patria reverente  
en premio de tus mágicos primores;  
tu diadema la forman solamente  
nuestras almas, con todos sus amores,  
que acuden y se ciñen á tu frente.

J. PONS SAMPER.

# LA CIENCIA DE LA VIDA

---

Mi madre había quedado viuda muy joven, y, conociendo las dificultades que ofrece á una mujer la educación de un niño, en su tierno afán por mi porvenir, me destinó un ayo, cuidadosamente escogido por sus circunstancias morales, para que dirigiese mis primeros pasos en la senda de la vida. Fué tan acertada la elección, que D. Nicolás Alonso, arraigándose en la familia, por el amor y cuidados verdaderamente paternales que me tuvo, respetado y querido, continuó siempre ejerciendo en mí decisiva influencia, hasta que le cerré los párpados con desconsuelo filial.

Si D. Nicolás Alonso no era un sabio ni tenía más instrucción que la precisa para secundar los esfuerzos de los profesores, hombre de vicisitudes y de instinto práctico, había adquirido un profundo saber á que daba grandísimo valor, y al cual llamaba con exactitud *la ciencia de la vida*, que nadie ha poseído como él.

Afanoso por mi bienestar, se propuso enseñarme esa ciencia, la más sencilla de cuantas existen, según sostuvo siempre en públicos certámenes y en privadas conversaciones, y la de más positivos resultados por ser el conjunto de reglas para vivir bien, que constituyen la experiencia.

Pero conocía que es imposible enseñar la experiencia en lecciones puramente teóricas, cuando no van unidas á la enseñanza de los hechos, por lo que imaginó un sistema ingenioso con el cual quiso anticiparme la sabiduría que en la escuela práctica del mundo sólo empieza cuando la vida acaba, es decir, cuando ya no puede servirnos.

Recuerdo perfectamente la gran máxima primera que me hizo aprender de memoria:

«La experiencia no es más que el arte de mirar.»

Tenía razón: quien sabe mirar, es maestro en ver.

D. Nicolás Alonso, para enseñarme á mirar, me obligó á escribir el diario de mi vida, y al pie del relato de cada fecha ponía en breves palabras las observaciones oportunas, que constituían lección práctica y teórica.

Desde luego estampé sin rebozo mis ideas y sentimientos, por creer que las unas eran asombrosas y los otros admirables, y por la confianza sin límites que supo inspirarme el ayo, sosteniendo largas conversaciones íntimas con un rapaz horriblemente grave. Lo que al principio pareció tarea enojosa fué pronto un hábito, que aún conservo, y que si me ha hecho escribir muchos tomos de diferentes colores, me permite hoy, en avanzada edad, medir con una ojeada el camino andado.

Conociendo que llega á su fin mi historia, la he leído con el interés que me hubiera excitado un libro de viajes, y me asalta el deseo de resumir la parte útil, separándola de la inmensa que no merece atención, y de las infinitas repeticiones de hechos y consejos, para apreciar el fruto de la *ciencia de la vida*.

Solterón pertinaz, y miembro de una morigerada tertulia, de la que son adornos casi lozanos una viuda refrescada con el agua de Venus, que ve en mí notable parecido con su difunto, y una D.<sup>a</sup> Guadalupe, del estado honesto (ocultaré las fechas de mi diario por no darles el hilo del gran secreto de mis años, y pondré, en lugar de la fecha, la edad, hasta los sesenta, en que me planté.

Con estos antecedentes y observaciones por introducción, empiezo mi epítome, que me producirá mucha gloria, y declarado de texto, alguna utilidad.

#### DIA... (*Nueve años.*)

Hoy he cumplido nueve años. Todos me regalan cosas bonitas; Irene y Raimundo vendrán á comer conmigo; por la tarde iremos á paseo; por la noche, al teatro; me acostaré cuando los demás. Estoy loco de alegría.

«La alegría, hijo mío, es el pan de la existencia; hay que aprender á exprimirla de todo.»

DÍA... (*Nueve años y cinco meses.*)

Quiero mucho á Raimundo, pero siempre hace llorar á Irene, que llora por todo. Hoy la pobre niña ha roto un jarrón de porcelana, y me han reñido á mí; pero yo no he descubierto á Irene: después de no haberme divertido hoy, me han reñido, ¡es muy triste!

«Si supieses mirar, de la satisfacción de haber salvado á Irene hubieras exprimido la alegría.»

¡Tiene razón, he sido un caballero!

DÍA... (*Diez años.*)

Hoy me he fastidiado todo el día, cuando, por ser domingo, creí divertirme; he estado solo, y no tengo nada que contar.

«Estás ciego: me has dicho que fué tu nodriza á verte y que te abrazó y te besó; que acariciaste al perro, y te lamía las manos; no has sabido ver el cariño y la gratitud: es preciso que aprendas á mirar.»

Tiene razón. ¡Pobre ama, que me quiere tanto!

DÍA... (*Once años.*)

La pobre Irene está enferma de un susto que Raimundo le dió ayer; cuando he ido á verla me ha dicho:

—Voy á morirme.

Yo le he contestado:

—No lo creas—y no he añadido más porque tenía un nudo en la garganta.

—Raimundo se desespera por haberme causado este mal y temo que enferme también.

Yo no he podido contenerme y he contestado:

—Pues que no fuese bárbaro—y me he ido por no ver que Irene quiere más á Raimundo que á mí, cuando valgo más que él y la quiero más que él. Si le da otro disgusto le rompo la cabeza; pero no tendré que hacerlo, Irene se morirá.

Hoy me oculto de todos porque siempre que voy á hablar me saltan las lágrimas.

«Si no se muere habrás experimentado el dolor de una desgracia que no habrá sucedido: nunca llores por anticipado.»

DÍA... (*Quince años.*)

Han puesto á Irene de largo, es una mujer y yo un niño, nos separan, sólo nos veremos en visita. ¿Cómo he de vivir sin ella? El mundo es triste, muy triste; estudiaré muchos años para tener una carrera, que después no ejerceré porque soy rico, me perseguirá el tedio por falta de ocupaciones, y en la vejez estaré siempre solo, hasta sin amigos, porque Raimundo no lo es verdadero: no existe la amistad. ¡Qué porvenir!

«Mañana me darás de memoria la siguiente lección:—Esperanza, esperanza, esperanza.»

DÍA... (*Quince años y tres meses.*)

Tengo un disgusto horrible: hoy, al salir de la Universidad, incomodado porque ayer tarde Raimundo acompañó á Irene por el paseo, le he llamado petulante, le he dicho que quiere parecer hombre; nos hemos ido á la Pradera para darnos de bofetones, y he derribado á Raimundo, causándole un herida grave en la cabeza. En el momento en que vi tanta sangre me arrepentí. ¡Dios mío, soy un criminal! Si se descubre, me llevarán á la cárcel; mi madre se morirá, Irene me aborrecerá; quisiera morirme, que me tragase la tierra. ¡Maldita sea la vida!

«La vida no tiene la culpa de los disgustos buscados.»

DÍA... (*Diez y seis años.*)

Hoy he dicho á Irene que estaba hermosa; se ha sonreído y ha contestado:—Me alegro.—Si no pensase corresponderme, no se alegraría de agradarme: empiezo á saber mirar.

«Pero aún no sabes ver; lo que te ha dicho Irene no signi-

»fica nada: todas las mujeres se alegran de agradar á todo el mundo; has de ver las cosas como son.»

Es verdad, no significa nada; mis alegrías duran muy poco.

DÍA... (*Veintidós años.*)

Lo presenté primero; después lo sospeché; luego no quise creerlo, cuando ya lo veía; hoy Raimundo mismo, la misma Irene me han participado su próximo enlace. Me iré, no quiero verlos. Ellos mismos me lo han anunciado radiantes de alegría, para mayor tortura; y me tratan como á un hermano querido, lo cual me produce más daño. Quiero tener mucha calma, mucha serenidad, porque si no... ¡Yo lo veía!

¡Parece imposible que los padres no comprendan que causan el infortunio de sus hijos! Raimundo es un espíritu vulgar, un corazón sin elasticidad; Irene es una sensitiva, que le asustan hasta los portazos, que se le arrasan los ojos cuando da una limosna. ¿Cómo han de ser felices? Se matarán el uno al otro, lo veo con una claridad sorprendente... Ellos lo habrán querido, ningún deber tengo de llorarlos; que los lloren sus padres.

«Empiezas á saber mirar: se matarán, se matarán; no olvides que en este mundo la mayor parte mueren asesinados ó suicidados; defiéndete de los demás y de tí mismo.»

DÍA... (*Veintitrés años.*)

Me faltan las fuerzas; he asistido en este día al funeral de mi maestro, de mi segundo padre, que se ha llevado mi corazón, y á las bodas de Raimundo. No sé por cuál de estos dos golpes lloro y sufro más; pero mi preceptor, bondadoso hasta después de muerto, me ha servido para explicar mi tristeza en la función de alegría; y ellos no han querido reconocer tan gran pérdida como excusa de asistir á su enlace, que intentaban dilatar por mí; he preferido ir hoy, ya que no tenía un gran dolor por disfraz de otro gran dolor. Me han hecho ir, y ha sido una crueldad, dos crueldades: éstos me harán penar hasta después de muertos.

Irene estaba más pálida que Alonso cuando, en los últimos instantes, me dijo:—Luis, en tu diario te dejo la sabiduría de mi experiencia; no olvides que todas las máximas se reducen á una: «dar á las cosas su verdadero valor»; fueron sus últimas palabras.

Nunca se borrarán de mi memoria estas palabras... ni la fisonomía del sacerdote que los casó. Con los dedos juntos, rígida la muñeca, como si no tuviese juego, entallado, sin arquear las cejas, sin esforzar los labios, bendijo á Raimundo y á su esposa con una bendición glacial. Me parece que tengo delante las dos caras de Alonso y del sacerdote; pero la del muerto no me mira y la del cura sí. Y todos al despedirse me abrazaron, sin hablar; Alonso me hablaba con los ojos entreabiertos, y los otros ¿qué habían de decir, qué habían de decir? Yo no les contesté.

Nunca hubiera creído soportar tan bien estos dos golpes terribles. ¡Dar á las cosas su verdadero valor! ¿Qué mayores desgracias, perdidos mis padres, que la muerte de quien era mi único amparo, mi solo amigo, el único ser que me quería. ¿Qué mayor infortunio que perder la última esperanza de felicidad? Hoy empieza mi vejez: en el momento en que concluyen todos los cariños y todas las esperanzas empieza la vejez, sea la hora que sea.

El recuerdo de Alonso me servirá para exhalar la ternura que rebose, y procuraré olvidar á los otros. ¡Olvidarlos, viéndolos todos los días! Más imposible me parece que el dolor no me mate hoy, y no me mata.

¡Si pudiera dormir!

DÍA... (*Veintitrés años y cuatro meses.*)

Leyendo en mi diario las máximas que escribió mi querido Alonso, comprendo, con la madurez que los dolores producen, toda la sabiduría que me deja en pocos preceptos repetidos; me ha legado cuanto el pobre tuvo: la experiencia.

Aunque no haya comprendido hasta ahora los consejos, y aunque no los comprendiese todos, los guardaría para agra-

dar al que me los dió con tanto cariño, si me ve desde allí, adonde le habrán llevado sus virtudes.

Seré un joven de veintitrés años con experiencia, fenómeno jamás visto en la humanidad, y que, siendo mayor que los monstruos de dos cabezas, pasará desapercibido en el hervir del mundo.

*Exprimir de todo la alegría; saber mirar; no llorar por anticipado; no buscar los disgustos; ver las cosas como son; esperanza, esperanza, esperanza; defenderse de los demás y de sí mismo; dar á cada cosa su valor:* hasta una inteligencia juvenil comprende que tan pocos preceptos abarcan toda la ciencia de la vida en la sorprendente sencillez del decálogo, del alfabeto. Yo, que he heredado esa ciencia, de que no hay libros ni maestros, puedo decir de mí que he rejuvenecido, y lo pasado, pasado.

DÍA... (*Veinticuatro años.*)

Dicen que las ciencias matemáticas son frías, secas, y yo me he embriagado hoy resolviendo los únicos problemas que, en la pequeñez de nuestra razón, nos permiten predecir en lo futuro las conjunciones de los astros. Es admirable que el hombre sepa más de las estrellas, los objetos más distantes, que de sí mismo, el objeto más próximo. Los que no saben mirar no ven esos contrastes elocuentes que tantas reflexiones suscitan; no ven que por el álgebra, poema de la cantidad y la extensión, se eleva Newton á la astronomía para sentirse teólogo; á los que no ven estos lazos tenues de las cosas les está negado el placer de oír el armónico roce de los ejes de la gran máquina.

Al fijar hoy los eclipses de tres siglos me parecía perder el miedo al tiempo y casi comprender el espacio. Todo lo demás era á mi vista diminuto, pueril. ¡Qué bien se respira en las altas regiones! Allí la luz es serena, el ambiente sereno, el espíritu espíritu.

DÍA... (*Veinticinco años.*)

Verdaderamente son dignos de lástima esos que se mueren de fastidio en el campo, que no perciben la naturaleza. ¿De qué les sirven los sentidos si no les llevan al corazón transformados en sentimientos los colores, los aromas, los ruidos, los jugos de las frutas? El pálido verde del olivo predispone para lo profundo, para lo severo; el verde bronceado de la encina me da el temple varonil de su madera inquebrantable, y el pámpano y la caña despiertan en mí los impulsos risueños; hasta la mano que acaricia el musgo percibe la sensación del terciopelo, del terciopelo vivo, empapado en frescura, porque así como en nosotros el calor es la vida, en las plantas la frescura es la vida.

Paso en la soledad horas enteras, escuchando el rumor lejano de la cascada, que parece el murmullo de la conversación de todos los hombres reunidos, y en la hoja que arrastra el arroyo, aventurera navecilla, va mi espíritu á lanzarse en el río, á espaciarse en el mar. Mana de mi corazón un sentimiento indefinible cuando miro al águila que cruza majestuosa, y traspone la alta sierra; y la sigo hasta la nube resplandeciente de luz. El rumor del aire en los pinos, de las olas en la arena, no interrumpen el silencio; sólo turba el silencio la voz del hombre, que si allí resuena es en cánticos de labradores, en el grito del pastor.

He ido á descansar á la puerta de una choza oculta entre encinas, envuelta en hiedra, coronada con una cruz; en aquel albergue los lechos son de hojas aromáticas, de hebras, como los nidos. Se han agolpado á la puerta, para mirarme, algunos niños, un perro erizado, guardador de un hogar sin riquezas, un anciano vigoroso y una joven con otro niño al pecho, tres generaciones lozanas, porque en esta atmósfera la vejez no es más que la blancura de la barba y cabellera, la serenidad de la mirada y la extensión de la frente.

Me han ofrecido con afán el agua preciosa que fluye entre unas peñas, y aunque no tenía sed he bebido por no ajar en aquellos corazones la satisfacción de poseer una fuente cris-

talina. Cuando les he devuelto el cantarillo me han dicho—gracias,—expresión de un sentimiento favorable, exhalado en una palabra cualquiera. Volveré y me recibirán como á un antiguo amigo, la segunda vez que me saluden. Me he ido con una sensación de bienestar deliciosa, descanso mayor para el alma que muchas horas de sueño profundo para la fatiga de la materia. ¡Cuántos no saben encontrar esos rincones de goces puros y esperan sentados al polvo del camino el maná de la alegría! Gracias, mi buen Alonso; no puedo pagarte más que con un recuerdo de ternura; tu imagen vive animada en el fondo de mi vista, tu voz en mis oídos, tu bondad en mi corazón; todas las noches me acuerdo de ti cuando, á última hora, velo para escribir la página de mi diario; y ese recuerdo es el goce inefable que el alma siente cada vez que se despierta algún cariño.

DÍA... (*veintisiete años.*)

Irene y Raimundo, que me quieren entrañablemente, se quejan de que frecuento poco su casa; pero mejor es así. Yo les digo que los hermanos se visitan cuando pueden, más de tarde en tarde que los padres y los hijos; me llaman raro, pero no se enfadan; si fuese todos los días, tal vez se turbase nuestra amistad, lo cual sería un golpe terrible para mí. Siempre evitaré, perdida la amada, el dolor cruel de perder á los hermanos; demasiados sinsabores ocurren en la vida para que no evite los que pueda. Tengo en Irene y Raimundo una familia, el mayor bien de cuantos existen en la tierra, para el que ve las cosas como son. Antes amaba con locura á Irene y aborrecía á Raimundo: ahora los quiero á los dos; antes ni Raimundo ni Irene me amaban: ahora me quieren los dos; he ganado; esto es dar á cada cosa su valor, hacer, de lo que no puede ser un consuelo, un alivio.

Pero la pobre Irene cada día está más delgada; será que en ese matrimonio desgraciado se asesinan por no comprenderse; lo veo, aunque me lo ocultan. Á veces digo: ¿si castigará Dios la ceguera del corazón? Yo, que soy el ofendido, los perdono, que no sufran por mí; y esta exclamacion me

alivia de un gran peso. Les aconsejaré que vayan á vivir una temporada en el valle de la choza: aquel cielo, el aire puro, el agua cristalina, regenerarán las fuerzas que el espíritu les va gastando; allí, entre los habitantes del feliz rincón, respirarán la paz que necesitan.

Desde que descubrí ese retiro voy una vez cada semana, y espero el día señalado como los escolares el domingo, contando las horas. Mi llegada es el gran acontecimiento de aquella soledad: el mastín se adelanta á recibirme y corre presuroso á anunciarme; los pequeñuelos, perdido el temor y la extrañeza, asaltan y saquean mis bolsillos; los padres me ofrecen un asiento de encina y una cordialidad entrañable, y el anciano me llama *joven viejo*. Es imposible que no recobren Irene y Raimundo la salud y la razón si quieren ir, pero no irán.

#### DÍA... (*Treinta años.*)

Hoy he tenido uno de esos días en que las olas arrollándose, al rebosar la espuma, remueven las arenas del fondo; quiero escribirlo porque lo conservo todo en la memoria como grabado en bronce. He ido á ver á Raimundo y á Irene y no los he encontrado en sus habitaciones; de sala en sala, de gabinete en gabinete, me parecía que la soledad aumentaba, que mis pasos resonaban como en los edificios sin muebles y sin habitantes. Por fin los he encontrado en el comedor, pero ¡cómo! No me había engañado el presentimiento que me heló al entrar; he sorprendido una escena confirmación de todos los temores que ya en mi juventud abrigué sobre la felicidad de mis amigos, de mis hermanos; hoy he penetrado en el secreto de ese matrimonio, que ofrece la horrible monstruosidad del infortunio sin causa. ¿El hombre y la mujer son verdaderamente racionales? Creo que no; no, no: ¿de qué les sirven la inteligencia y los ojos si no han de raciocinar, si no ven?

Irene, abismada en un sillón, con los labios entreabiertos, casi no podía respirar; al verme, volvió un poco á la vida, que se le apagaba. Raimundo se paseaba de extremo á extre-

mo de la habitación con una tempestad en la frente y en las cejas. Al ademán de retirarme, me hizo entrar, diciendo que nunca había llegado más oportunamente. Penetré encorvado bajo aquel techo en que yo era el único, entre todos, que podía levantar la cabeza; pero no tuve esa crueldad porque también sufría, reverdeciéndose en mi corazón sentimientos amortiguados. No quiero hablar de mí, es mejor no remover las cenizas que ocultan la última ascua; basta, para que pueda recordarlo algún día, que escriba en esta fecha: sufrí mucho; hablemos de los demás.

—¿Qué tenéis—les pregunté—para demostrar tan gran disgusto?

Los dos callaron por un instinto de rubor, hasta que, repetida la pregunta, exclamó Raimundo:

—Es imposible vivir así; no hay paciencia que resista.

—Pero ¿qué sucede?

—No puedo hablar delante de ella sin que trastorne mis palabras; es lo que más me irrita en este mundo, y lo hace por sistema.

—Él no tiene más que durezas para mí.

—No es verdad.

—¿Lo ves? Dice que miento. ¿No es una crueldad?

—¿Ves cómo todo lo violenta? Me injurias, me calumnias.

—Puedes juzgar por estas expresiones, por ese ademán.

—Hasta si le digo que la quiero palidece.

—Las palabras significan lo que dice la entonación.

—Las palabras significan lo que dicen.

—Os equivocáis los dos: las palabras significan lo que los hechos demuestran. Pero aún no me habéis dicho lo que os sucede.

—Nada.

—Irene, ¿qué tenéis?

—Nada.

—Lo comprendo, la última gota. Me parece que vivís en perpetuo disgusto por no estar acordes sobre el significado de las palabras.

—¿Quieres saber lo que ha sido? Pues te lo contaré para que me digas si tengo razón. Yo no estaba en casa, y ésta ha

oído un grito no sé dónde; al momento ha pensado que era yo, que me había sucedido una desgracia, que me asesinaban, que me comían. Entonces he llegado; estaba de pie, convulsa, apoyada en un sillón, sin fuerzas para andar, y cuando, después de una ansiedad de diez minutos, he sabido lo que era, la he arrojado con toda mi fuerza al sillón y le he dicho no sé qué; la hubiera hecho polvo entre mis manos, porque es irracional.

—Si me quisiese, no me trataría así de obra y de palabra

—Si tú me quisieses, no me darías esos disgustos.

—Basta; no necesito saber más. Vuestros disgustos son artificiales, y han nacido de que tú das á la aspereza natural de tu marido más valor del que tiene; de que tú das á la sensibilidad natural de tu mujer menos valor del que tiene. Si no os amaseis, Irene no se hubiera asustado por un grito; á Raimundo no le irritaría la sensibilidad que te consume: os estáis asesinando y suicidando, crimen doble que no sospechabais.

Los dos callaban, desarrugando el ceño uno, reanimándose la otra: yo estaba de más; no debía asistir á la fórmula de la reconciliación, hecha ya; la familia ha de velar pudorosa las sublimes puerilidades que la santifican, las palabras de niño que bastan para desvanecer una tormenta, y que se profanan en oídos extraños; me retiré. Ellos se despidieron de mí con cariño, pero como quien tiene prisa; yo también la tenía.

Hojeando meditabundo el libro, he tropezado con una fecha de la niñez, en la cual, después de contar que en beneficio de Irene me atribuí la culpa de haber roto un jarrón de porcelana, exclamé: «he sido un caballero»; hoy, veintiún años después, puedo repetir la misma exclamación con palabras menos heroicas: he obrado como debía, y mi satisfacción, que sobrepuja á los demás sentimientos, no es completa porque no se corregirán; no pueden aprender á mirar en una lección, y no han heredado la *ciencia de la vida*.

DÍA... (*Treinta y cinco años.*)

El arte es uno de los mayores goces; así como el sol arde en luz y en calor, el alma arde en poesía, en música, en colores, formas del sentimiento, que se extiende en rayos.

Dicen que no ha existido Homero, y sentimos latir su corazón; si otro dijese que no ha existido Virgilio, y otro que no hubo Dante, y otro que es un sueño Milton, y otro que no hay Cervantes, ¿qué nos quedaría? ¿Quién cantaría victorias, iras, amores, odios, piedades, esperanzas, ternuras, infiernos, glorias, por los que no sabemos cantar, pero necesitamos unos brazos que mezan nuestro espíritu?

¡Qué bello es creer! Yo tengo toda una patria en un valle, un mundo pequeño en una novela que he escrito para poblar más de gente, de recuerdos, de pájaros, las cercanías de la choza de la Cruz, y ahora la mentira se me confunde con la verdad.

La imaginación ha levantado paredes y un techo de espadaña, del que se eleva una columna de humo tranquilo; yo conservo la costumbre, que tienen los niños, de no dibujar casa sin humo ni árbol sin pájaro. Allí he hecho nacer y crecer seres que viven, que sienten más que piensan; y llegaron unos habitantes de la ciudad, todo pensamiento, y hubo una lucha terrible y larga; pero la historia acaba bien, porque el triunfo es de los buenos, y quedan felices los vencidos entre los vencedores. Me parece que todos han existido, y que la choza de la Cruz es el albergue hospitalario; y, aunque no veo á ninguno de los seres queridos cuando voy á aquel velado rincón del mundo, creo que los actuales moradores, el pastor, el carbonero, el guardabosque, son hijos de mis hijos.

He hecho pintar un paisaje de aquel retiro, en que tal vez el pintor, por complacerme, haya exagerado la luz, el aire, el cielo, la arboleda, que me han dado calor y sombra, según lo han necesitado mi corazón y mi frente.

Podrá haber algo de mentira, pero ¡cuánto elevan el espíritu las mentiras puestas en luz por Salvador Rosa, en música por Rossini, en metro por Lamartine! ¡Cuántas formas y esencias de bálsamos! Es admirable que una lamentación profunda, una melodía triste, una cumbre asolada, nos produzcan un goce superior á la alegría. ¡Oh fecundidad del goce, que hasta de la amargura brota!

DÍA... (*Cuarenta y cinco años.*)

La tarde era lluviosa, y desde mi habitación, templada por la chimenea, miraba, al través de los cristales, llover y granizar, uno de los espectáculos que más me gustan cuando estoy al abrigo. Las gentes pasan corriendo; los canalones se vierten en los frágiles paraguas, que el viento inclina; corre el agua en olas por el arroyo, y ante el rigor de fuera aprecio el bienestar de mi gabinete; es una alegría de mucho valor sólo porque tiene el contraste al lado.

De tiempo en tiempo removía los tizones ó añadía leña de olivo, que hace mucha llama. Aborrezco las estufas, cajas de hierro, que con el carbón de piedra producen un calor industrial; quiero chimenea espaciosa, en que la llama oscile, se sacuda, en que salten juegos de chispas y ruede el tronco al abrirse con un crujido, dejando libre escape á una hebra de gas, que se arrolla en caracolillos. ¿Quién enciende un precioso tabaco habano en un ascua de carbón de piedra, que inficionaría el regenerador aroma?

Sonó la campanilla con el estrépito que anunciaba siempre al nunca bien ponderado Centellas, amigo constante, compañero en los días de tempestad, pues aprovechaba siempre el agua del cielo para venir á beberme algunas copas del rancio.

—Te esperaba—le dije.

—Seña de agua, una taberna; y yo completo el adagio añadiendo: seña de vino, un diluvio.

—Cualquiera te creería un borracho.

—No soy más que un caracol del vino, y salgo á las primeras gotas; créeme, lo mejor del zumo de la uva no es el gusto, sino la transparencia, el matiz dorado, la fragancia, beber poco y hablar mucho; yo le saboreo con los cinco sentidos, humedeciendo, nada más que humedeciendo los labios, pero toda una tarde; los grandes bebedores han de ser parcos, no han de levantar jamás el codo de la mesa; el vino ha de subir por absorción, no ha de caer de arriba abajo como el agua de los aleros.

—Eres maestro consumado.

—No soy del vulgo de los bebedores; por eso me gusta mucho tu bodega que no tiene mostos vulgares. Supongo que lo guardas aún del auténtico de 1812. No me admira que bajo la influencia de ese vino se elaborase la primera Constitución, que también ha tomado el rancio. Desengáñate, no podemos ser felices hasta que dejemos á la Constitución vigente, cualquiera que sea, tomar el rancio.

Volvió á sonar la campanilla, y entró Aguado, hecho una sopa.

—Hoy estás en tu elemento—dijo Centellas, aplaudiéndole.

—Me he mojado más por venir de prisa, temiendo que tuvieseis hecho el café, porque el café se ha de tomar acabado de hacer. Supongo que será tostado y molido de hoy.

—Y despachado hoy por la aduana.

Al oír otro campanillazo, exclamó Centellas en ademán de susto:

—¡Es García, García! Esconded el azucarero.

Aguado le cubrió con el sombrero de copa; pero ¡oh prodigio del olfato! apenas entró García, dijo, señalando con el dedo:

—Allí está el azúcar, y la chistera es de Aguado; la conozco por el puente que tiene el ala sobre la sien derecha, signo característico de la amabilidad en el saludo.

—El café, el café.

Todos nos acercamos á la mesa redonda, y Aguado encendió la lamparilla; García, tomando un terrón de azúcar, lo enseñaba entre el índice y el pulgar.

—Señores...

—Fuera de discursos ó te parto como quien soy; Aguado, ponte en una botella y derrámate en la calva de García: es lo que agua más el entusiasmo oratorio.

—Si no es discurso, bárbaros.

—¡Que escamotea el terrón de azúcar!

—Señores, ahora verán ustedes, sin comprender la trampa, que me lo cómo por la boca y lo saco...

—¿Por la oreja?

—No, señores; por el azucarero. Voy á repetirlo.

—No, no, no, está visto: asombroso; puedes ganarte la vida con tus juegos de manos.

Un aplauso general celebró la ligereza con que aparecía un segundo terrón entre los dedos.

—Orden, silencio; no crean los vecinos que hay aquí una orgía, lo cual es muy feo á nuestra edad, porque, amigos míos, estáis viejos, muy viejos. Imitad la circunspección de esos vinos que no hacen saltar con estrépito el tapón.

—El café, de prisa, de prisa, que se evapora.

Verdaderamente era balsámico el vapor desprendido de las pequeñas tazas, tazas de sorbo, para que no se perdiese el aroma, guardado mejor en la cafetera, adonde todo era ir y venir manos, con los deliciosos intermedios en que se evaporaba también la conversación.

No sé de qué más hemos hablado: de todo, de nada; hemos arreglado el mundo á nuestro sabor, hemos juzgado á poetas, á guerreros, á políticos, á cómicos, á bailarinas, y hemos pasado juntos una tarde y parte de una noche, en las delicias de la cordialidad. Quiera Dios que llueva todos los días.

### DÍA... (*sesenta años.*)

¡Sesenta años! Me planto; no quiero tomar la delantera á la viuda y á D.<sup>a</sup> Guadalupe, mis encarnizadas enemigas; que pasen. He de sacar sus fes de bautismo, si no se han borrado, cueste lo que cueste, para ver la cara que ponen cuando hallen en mi mano el secreto espantoso de su edad. No hay duda que será una ingratitud, porque las dos me quieren mucho, pero no pueden quejarse, yo me dejo querer; comprendo los encantos de la coquetería. Con el auxilio de la revalenta, de la zarzaparrilla de Bristol, de las cápsulas de alquitrán soy un mozo capaz de inspirar dos pasiones volcánicas á esas diosas inmortales.

Pero, señor, ¿será chochez que me entretenga en estas puerilidades? De ningún modo, pues entre todas las diversiones, la que tengo más á mano es la de reirme de mí mismo.

Los jóvenes llaman chocheces á las puerilidades de los viejos porque no comprenden que la experiencia nos ha enseñado á divertirnos con cualquiera cosa, á expresar la alegría de todo; lo que creen debilidad de la razón es el refinamiento del arte, la plenitud de la *ciencia de la vida*. ¿Hay nada más desgraciado que esos hombres que no encuentran nada digno de risa, cuando llevan en sí una gravedad esencialmente cómica? Quien sepa mirar al mundo y vea las cosas como son, dándoles su verdadero valor, no puede contener la risa ante un niño con levita y bastón, ante una vieja con flores naturales, ante un galán con patillas azules ó un viejo con faldones cortos. Uno lleva los pies tan oprimidos que anda como un pájaro; á la otra no la deja respirar el corsé y suspira como de amor; el médico perora sobre legislación, el abogado sobre teología, el zapatero sobre derecho político; llueven eminencias, hormiguean los redentores; hasta yo soy autor de un libro, de este mi diario, que doy al mundo como si fuesen las memorias de un emperador destronado, y le doy con pretensiones de que sirva de norma y ejemplo y bajo el modesto título de *Ciencia de la Vida*.

Mi diario ha concluído para el público; pero me falta por epílogo hacer el balance de la vida

La pérdida de mi madre y de mi ayo han sido los acerbos dolores de mi existencia, amortiguados sólo por el tiempo y por la satisfacción de haber obrado siempre como si me mirase la que me dió el ser y de haber seguido los consejos del bondadoso director de mi juventud.

He tenido el disgusto perenne de no haber alcanzado el amor de la que, unida á Raimundo, ha muerto poco antes que su marido. La muerte de los dos me fué más sensible porque tengo la convicción de que se acortaron la vida.

Perdí un curso de filosofía, herí á Raimundo en bárbara lucha corporal, sufrí otros contratiempos y sinsabores, pero que, como disgustos buscados ó artificiales, no deben entrar en la cuenta de la vida.

La naturaleza, el arte, la ciencia, la amistad han sido fuentes de goces puros que nunca he agotado.

He sobrevivido á mis parientes y no estoy solo en el mundo, porque en la choza de la Cruz los jóvenes han sustituido á los viejos, los niños á los jóvenes, y ha brotado otra generación, la cuarta que me quiere y me espera con afán en aquel valle en que los corazones no se han endurecido. He levantado una casa junto á la fuente de cuya agua bebí la primera vez sin sed y que hoy es también para mí un tesoro; instruyo al niño que ha de ser heredero de mi fortuna y mi diario, colecciono insectos y plantas, y desde mañana, constituido definitivamente en mi nuevo hogar, viviré en la tranquilidad, que es el goce del descanso. De tarde en tarde iré á beber una copa del rancio con Centellas, que se conserva muy bien, una taza de café con Aguado, que, menos frugal, se alegrará de mi visita para tener excusa de infringir la prohibición facultativa de usar el líquido de que ha abusado, y á tomar con García un almíbar, forma á que ha tenido que reducir el azúcar, por la sencilla razón de haber perdido los dientes. Cuando ellos vengan á verme les ofreceré, en el cristal más puro que se fabrica, el agua sutil, fresca, de mi fuente: estoy seguro que es un elixir de salud que prolonga la vida, porque me regenera cada vaso.

ANTONIO FRATES.

# EL DERECHO DE ASILO

---

## LEYENDA DEL SIGLO XV

### I

En tiempos del feudalismo  
y en un pueblo de la Sierra,  
que considerar podemos  
por lo pequeño una aldea,  
á Maese Diego encontramos  
que, cultivando sus tierras,  
pasa su ya corta vida,  
si no dichoso, sin penas.  
A vivir en este mundo  
le acompaña Dorotea,  
su hija, á quien, sin que juzguemos  
prototipo de belleza,  
sus ojos negros, su boca  
más graciosa que correcta,  
su gracejo, su nariz  
ligeramente aguileña,  
su esbelto talle y su seno  
la adornan de tal manera  
que no hay muchacha en el pueblo  
que á competirle se atreva.  
Todo el que la pretendió,  
su ilusión halló deshecha,  
y no porque ella sustente  
ni un ápice de soberbia:  
además de poseer  
cualidades de belleza,  
es un perfecto modelo  
de bondad y de modestia;  
mas nació para Gerardo,  
y si Gerardo no fuera,  
nadie ante el altar podría  
conducir á Dorotea.

—Lo que está escrito se cumple:—  
 sostienen esta creencia  
 los árabes, afirmando  
 que son vanas las proezas  
 que realicemos en pos  
 de cambiar nuestra existencia.  
 El que ha de ser pobre, pobre  
 muere, y el que en la opulencia  
 ha de vivir, así nazca  
 sin hogar y sin hacienda,  
 su destino, que *está escrito*,  
 se cumple al pie de la letra.

—*Está escrito.*—¿Quién se atreve  
 á seguir esa creencia  
 sabiendo que el hombre es libre  
 en sus acciones y empresas?  
 Torpe, porque no es perfecto,  
 responsable, porque piensa,  
 pues si la pasión le impulsa  
 raciocinio le sujeta...  
 Es la máquina con alma,  
 no la máquina dispuesta  
 para un fin, es... el pedazo  
 más perfecto de materia,  
 donde un hálito divino  
 con resignación se alberga.

Escrito estuviese ó no,  
 á asegurar me atreviera  
 que nadie hubiese logrado  
 la mano de Dorotea,  
 hasta que un palafrenero  
 de un Conde de aquella Sierra,  
 harto ya de secundar  
 los deslices y torpezas  
 de su señor, prefiriese  
 esa vida placentera  
 que el dios Himeneo ofrece  
 al que en su templo penetra.

## II

En el pueblo la alegría  
 por todas partes impera;  
 nadie se puede acordar

de que existe la tristeza;  
lo mismo mozos que mozas  
esperan con impaciencia  
el día en que se han fijado  
las nupcias de Dorotea.  
Todos llevan su objetivo:  
unos buscando pareja  
y los más por divertirse  
con la faltriqueza ajena,  
pues que de las diversiones  
suele ser la más *discreta*.  
Nada de ruin tiene el novio  
y por lo tanto en la fiesta  
ha de derrochar Gerardo  
cuanto necesario sea,  
porque si bien sus caudales  
por florines no se cuentan,  
para quien es, dista mucho  
de conocer la pobreza.

Con sin igual algazara,  
en casa de Dorotea  
la víspera de la boda  
su contento manifiestan  
las muchachas y los mozos  
de aquella tranquila aldea,  
viniendo á soliviantarlos  
una inesperada nueva  
de que el Conde, á quien Gerardo  
sirvió, tuvo la imprudencia  
de pretender internarse  
á cazar en unas tierras  
de un monasterio cercano  
que lindaba con la aldea.  
Los frailes que allí moraban  
mostráronle resistencia;  
pero el atrevido Conde,  
excitada su soberbia,  
taló y arrasó á su antojo  
con insólita impudencia.  
Es este Conde don Nuño  
quien por sus locas empresas  
en la comarca le temen  
como temerse pudiera  
á Barrabás en persona,  
salvo escasa diferencia.

Por eso la tal noticia  
no les fué nada halagüeña,  
y muy menos al saber  
que, enterado de la fiesta,  
el Conde don Nuño quiere  
hacer de padrino en ella...

## III

El rey de los astros, Febo,  
en su invariable carrera  
tras los violados estratus  
oculta su incandescencia;  
y los mortecinos rayos  
que aún resbalan por la tierra  
nos demuestran que muy pronto  
aquella atmósfera tersa  
que él cruzó con lento paso  
se ha de envolver en tinieblas.  
La esplendidez de aquel cielo,  
no muy común en la Sierra,  
mánchase con ciertas nubes  
que presagian la tragedia,  
como si en el Universo,  
centro de la gran comedia,  
decoraciones hubiese  
para cada humana escena.

Ya del sol la luz oculta  
por la ondulante silueta  
del horizonte, y veladas  
de la noche las estrellas,  
penetra el Conde don Nuño  
en el pueblo, y su presencia  
causa general asombro  
por lo extraña y lo siniestra.  
Mucha voluntad costó  
á la pobre Dorotea  
revelar á su Gerardo  
las muy fundadas sospechas  
acerca del que, vendiendo  
la hipócrita y vil fineza  
de apadrinarlos, buscaba  
con la audacia más artera  
hallar ocasión propicia  
y vengarse de su ofensa.

Ha tiempo que el libertino  
 Conde pidió á Dorotea  
 amores, á que ella opuso  
 la natural resistencia,  
 y entonces juró vengarse...  
 y la venganza se acerca.

## V

Convenidos sus monteros  
 en hora, lugar y seña,  
 tan puntuales cual aviesos  
 se reúnen con cautela  
 para realizar el rapto  
 de la linda Dorotea;  
 pero Gerardo, avisado  
 por su amante, se halla alerta,  
 frustrando con sus amigos  
 la intención torpe y rastrera  
 de aquel maldecido Conde,  
 pozo de cieno y maleza.

.....

.....

Rudísimo el choque ha sido,  
 pereciendo en la refriega  
 casi todos los monteros  
 de don Nuño, y sin defensa  
 posible, sólo á la fuga  
 su salvación encomienda.

.....

.....

## VI

Fatigoso, jadeante,  
 sin sustentarle siquiera  
 sus músculos, aquel cuerpo  
 donde en trópel las blasfemias  
 escapan, y en que la cólera  
 inflamando está sus venas,  
 párase el Conde don Nuño  
 frente á la vetusta puerta  
 del monasterio á que há poco  
 infirió ominosa afrenta.  
 La argentada luz lunar,  
 hasta entonces encubierta

por densas é informes nubes,  
esparcir sus rayos deja  
como queriendo impedir,  
al disipar las tinieblas,  
que aquel nefario pudiese  
encontrar refugio en ellas.  
Espacioso es el camino,  
sin arbustos ni maleza;  
por un lado el amplio cauce  
de cristalina culebra,  
por el otro gran planicie,  
y algo más allá la Sierra.  
En armonioso conjunto  
une la naturaleza  
el murmurio de las aguas,  
la voz del viento que suena,  
los salmos que desde el claustro  
van á la región eterna  
y el ruido de los que vienen  
con Gerardo á la cabeza,  
que, sediento de venganza,  
blande un acero en su diestra.  
Oyese que se aproximan...  
ya se perciben más cerca;  
en tanto el Conde don Nuño  
de miedo ó de rabia tiembla,  
y un caos de pensamientos  
va á estallar en su cabeza.  
Entre la vida ó la muerte,  
toda duda fuera necia:  
acércase al monasterio,  
pero al agarrar la cuerda  
del esquilón, en su rostro  
aparece la vergüenza:  
cúbreselo con las manos,  
invoca á la madre tierra  
para que le abra su seno  
donde esconder la materia...  
y al fin, la conservación  
de la vida siempre impera:  
ase con trémulo pulso  
la sogá, recio voltea  
con estridente sonido  
el esquilón de la puerta,  
rechinan los recios gonces,

apareciéndose en ella  
los frailes que iban cruzando  
del atrio la estancia inmensa.  
El pecador á sus brazos  
anonadado se entrega,  
á tiempo que llegan todos  
los que del pueblo salieran;  
Gerardo hacia él se abalanza  
impulsado por la fuerza  
del coraje, pero un fraile  
ante él su pecho presenta  
diciéndole así: *El derecho  
del asilo* nos le entrega;  
nadie le podrá tocar;  
Dios fallará su condena.  
Al mirar del religioso  
la actitud santa y enérgica  
tira su acero Gerardo  
y vuélvese hacia la aldea,  
con todos los que indignados  
su justa venganza esperan...  
mientras la luna se esconde  
otra vez en las tinieblas.

LUIS CAMBRONERO

---

# BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

---

**Peligros americanos.** *Crítica de Ciencia política, por A. RODRÍGUEZ DEL BUSTO, precedida de las cartas cambiadas entre el Sr. Presidente del Congreso Científico Latino-americano de Buenos Aires, Dr. Paulino Alfonso, y el autor.—Tomo I.—F. Domenici, editor. Córdoba, 1899.—Un volumen en 4.º de 288 páginas.*

Hace poco tiempo hemos recibido de América el libro en que con el título de *Peligros americanos* se reúnen varias cartas del Sr. Rodríguez del Busto y su crítica de la obra de Burgess *Ciencia política*, y tanto en dichas epístolas como en las que las han motivado, escritas por el Dr. Paulino Alfonso, se tratan muchas cuestiones y se plantean otras de gran interés, no sólo para los Estados del Nuevo Mundo de origen español, sino también para los pueblos europeos de procedencia latina. Con especial detenimiento se examinan los elementos que informan la raza meridional de Europa, emitiendo opiniones que revelan un detallado estudio de las instituciones y literatura latinas, y aunque lo mismo el Dr. Alfonso que el Sr. Rodríguez del Busto reconocen que ahora no es fácil poner la raza latina en estado de competir con las demás razas, confían en que aún desempeñará en lo futuro un gran papel y que dejará huellas profundas en la historia de la humanidad, por tener la raza latina condiciones para que su influencia se deje sentir de un modo decisivo, y se manifiestan partidarios, como remedio para contrarrestar la ambición de los anglosajones, de la unión de las repúblicas ibero-americanas que, teniendo tantos vínculos comunes, podían formar una vasta confederación que, entre otras muchas ventajas, reportaría la de hacerlas fuertes y respetadas en el exterior y les daría en el interior condiciones para que, aproximando sus instituciones y sus ideales, fundaran todas sus aspiraciones en la de desarrollar al unísono las fuentes de riqueza y las artes de la paz.

Mucho se podría decir del libro de que nos ocupamos, pero son tantas y tan variadas las materias que en él se tratan, que sólo añadiremos que en todas ellas se distingue la gran ilustración y los vastos conocimientos que adornan al Sr. Rodríguez del Busto y al Sr. Alfonso.

G. V.

\*  
\* \*

**Elementos de literatura preceptiva, precedidos de unas nociones de estética, por el doctor D. MANUEL PEREÑA Y PUENTE, abogado del Ilustre Colegio de Lérida.**—Barcelona, Juan Gili, librero, 1900.—En 8.º, 139 páginas.

La acreditada casa editorial del Sr. Gili ha tenido la buena idea de dar comienzo á una biblioteca de manuales enciclopédicos. El tomito de que es autor el docto abogado Sr. Pereña resulta utilísimo por la sencillez y propiedad con que expone las materias; después de indicar los principios fundamentales de la estética, incluye unas generalidades sobre literatura preceptiva y luego trata de la elocución, la elocuencia y la poética. Con obrita tan preciosa puede cualquiera en muy pocos días ponerse al corriente de un ramo importantísimo del saber humano.

A.

\*  
\* \*

**Llibre d'horas, por APELES MESTRES.**—Barcelona, 1899.—Tipolitografía de Salvat y fill.—1 peseta.

La unidad que se ha querido dar á esta colección de poesías cortas, sujetándolas al horario, no siempre resulta. No negaremos que algunas tengan relación con el instante, con la hora que las ha inspirado; pero muchas pueden aplicarse lo mismo á uno que á otro momento del día.

Las más, como conviene á la imaginación de un pintor poeta, son brevísimos cuadros de la naturaleza, recogidos con inspiración lírica, trazados con breves y seguras pinceladas y con variada y fácil versificación. Bajo este último concepto es muy graciosa «La lluna la bruna», no menos que «L'angel de la son», hermosa canción de cuna que Millet ó Morera podrían incluir en su repertorio si acertaran á armonizarla debidamente.

Los cuadros de las *cinch* y las *dotze* del *Matt*; las *tres*, las *set* y, aunque algo á lo Verlain, las *vuit* de la *Tarde*; las *nou*, las *onze* y las *duas*, que traen recuerdos de Víctor Hugo, las *tres* y las *cuatre* de la *Nit*, son muy hermosas.

Y para terminar esta nota, y como muestra, allá va una de las poesías del cuaderno, en la que sobra gramaticalmente el «las» del sexto verso; pero aun así la escogemos porque es breve y porque nos gusta:

De las boras dels camins  
l'escardot ne fa jardins,  
mes ¿quí veu ses flors moradas?  
En els boscatjes deserts  
el merlot dóna concerts,  
mes ¿quí las sent sas passadas?  
¡Deu te dó flors, escardot!  
¡Deu te dó cansóns, merlot!  
¡Deu vos guard, sublíms artistas,  
qu'esclateu joyosament  
en cansóns que ningú sent  
y en flors que no han de ser vistas!

\*  
\* \*

**Poesie portoghesi e siviigliane**, tradotte in italiano por PRÓSPERO PERAGALLO.—*Parte seconda della nuova serie.*—Genova, stabilimento tipografico Ved. Papini e Figli, 1900.—Al final l'dizione de 100 esemplari fuori commercio.—Un volumen en 4.º mayor de VIII+146 páginas, en rúseica, con hermosa cubierta á varias tintas.

No es el nombre del Sr. Peragallo desconocido de nuestros lectores. En los Boletines de 15 de Junio y 30 de Julio del año último tuvimos ocasión de señalar los esfuerzos que este benemérito de las letras ibéricas está haciendo para divulgarlas en Italia, siquiera sea en el círculo de sus relaciones, y las múltiples traducciones que ha hecho del cantor de *Os Lusíadas*, no menos que de otros poetas portugueses, con los cuales ha solido mezclar las traducciones que ha hecho de autores sevillanos, siempre con estricto ajuste al original que traducía.

Por lo que se refiere á España, recordemos que el Sr. Peragallo dió á la estampa, en Génova, en 1898, un folleto titulado *Saggio de poesie siviigliane*, que dedico al Sr. D. José Lamarque de Novoa, en memoria de su esposa la Sra. D.<sup>a</sup> Antonia Díaz de Lamarque. Dicho folleto compendia nueve traducciones de la señora Díaz de Lamarque, seis de D. José Lamarque y un soneto de D. José Velilla. A las traducciones acompañaba el traductor la poesía original para que los lectores no pudieran llamarse á engaño.

Un año después, ó sea en 1.º de Abril de 1899, salió de la prensa de la viuda de Papini, en Génova, otro volumen de traducciones, titulado *Poesie portoghesi e siviigliane, tradotte in italiano, nuova serie*, que en la parte que de más cerca nos interesaba (si bien la consagrada á Portugal era mayor) comprendía cerca de veinte composiciones de autores andaluces, fielmente traducidas por el Sr. Peragallo.

El nuevo volumen de que ahora damos cuenta, y que desde la portada ya dice ser continuación del anterior, no desmerece ciertamente de aquél. Lo que sí nos apena es que el Peragallo—según resulta del prólogo dedicatoria—no haya reunido intencionadamente sus traducciones y con ánimo deliberado de proseguir la colección. Nosotros esperamos que, sin abrigar reflexivamente ese intento, lo irá desarrollando el literato genovés para bien de nuestras letras y para acrecentar las múltiples y constantes relaciones que siempre han existido entre la literatura italiana y la nuestra. Por si algo puede pesar nuestra opinión y nuestro deseo en el ánimo de tan exacto traductor de nuestros versos, le manifestamos la una y el otro sin rodeos.

Y como en estas antologías ó florilegios no deja de ser esencialísima la elección de nombres que ha hecho el traductor para incluirlos en la colección, diremos que el nuevo tomo comprende: de Camões cinco sonetos y unas estrofas, de Almeida Garrett fragmentos de un poema y una poesía galante, de Anthero de Quental dos sonetos, tres poesías de Soares de Passos, otras tres de Xavier da Cunha, dos y dos sonetos de Ramos Coelho,

otras dos poesías de Joaquín de Araujo, íd. íd. de João Penha, ídem íd. de Magalhães de Acevedo y un soneto de Eugenio Savard.

En la sección sevillana figura el Sr. Lamarque con un fragmento de *La Galerna* y tres sonetos, D.<sup>a</sup> Antonia Díaz con ocho composiciones, José Velilla con cinco y con una cada uno de los señores siguientes: D.<sup>a</sup> María Tixe de Isern, D.<sup>a</sup> Mercedes de Velilla, Rodríguez Marín, Luis Montoto, «Francisco de Osuna», José Abaurre y Mesa, Felipe Pérez González y J. M. Bartrina.

Quizás extrañe ver figurar á Bartrina, poeta catalán, al lado de escritores andaluces y portugueses; pero el enigma se deshace ante la aclaración sincera y leal del traductor: la poesía de Bartrina no está directamente traducida, sino de la traducción portuguesa de Fernandes Costa, impresa en Lisboa en 1890.

Para acompañar alguna ilustración á nuestras palabras, reproducimos la versión de la poesía *Desengaño*, del Sr. Lamarque:

Severa nè suoi canti, alla sua fronte  
Aurea corona la virtù intesseva,  
E applauso strepitoso rispondeva  
All'eco di sua lira.

Dagli accenti suoi nobili ingannato,  
Venerazion secreta io le rendea,  
E la maggior ventura mia credea  
A verla come amica.

Gloria ed applauso ier!... Oggi macchiato  
Vedo il suo volto e per dolor consunto:  
Da lei l'àngelo buon s'è omai disgiunto,  
E in triste atto la mira.

E al negar colle proprie opre i suoi detti,  
Invano ostenta placida parvenza:  
La lotta che sostien colla coscienza  
Sta nel suo volto scritta.

Quien recuerde el original de esta poesía (*Poesías líricas*, 2.<sup>a</sup> edición, pág. 447), ó la confronte con la traducción que dejamos transcrita, observará que no sólo se traducen estrictamente los conceptos, sino también todas las circunstancias métricas, y aunque la traducción de castellano á italiano no es por lo general difícil, no siempre se presta hasta el punto de poder salir airoso el traductor de tan minuciosos empeños.

E.

\*  
\* \*

**La France au point de vue moral**, par ALFRED FOUILLÉE.—  
*Paris, Félix Alcan, editor. — Un volumen en 4.º, vi-416 páginas,*  
*7,50 francos.*

El estado moral de la Francia contemporánea es próximamente lo que Comte llamaba una *época crítica*. Para elevarse á las causas y encontrar los remedios, el autor de este libro comienza por hacer un profundo análisis del espíritu francés desde el pun-

to de vista moral y religioso; investiga el medio intelectual y social de la opinión, de la literatura y de la prensa en nuestro tiempo; aprecia el estado de la criminalidad en Francia, y aborda los grandes problemas de la educación moral, terminando su trabajo con un programa de reformas sociales y políticas.

Suponiendo el Sr. Fouillée que se acusa extremadamente á los franceses en el resto de Europa y que los franceses mismos propalan sus defectos y miserias, cree justo reaccionar contra el desdén de los unos y el desfallecimiento de los otros y restablecer la verdad hasta donde sea posible. Trátase de resolver en este volumen una serie de cuestiones de interés vitalísimo, y el autor trata de llevar á cabo su obra con la imparcialidad de un filósofo.

\*  
\* \*

**Anuario de Electricidad para 1900**, por RICARDO YESARES BLANCO, ingeniero electricista.—Madrid, Bailly-Baillière é Hijos.—Un volumen en 4.º, XXIII-632 páginas, 10 pesetas.

Es indudable, dado el desarrollo é importancia que ha adquirido en nuestro país la industria eléctrica, se necesitaba un libro que á la vez que contuviera una exposición anual de los trabajos científicos, de los inventos y de las principales aplicaciones de la electricidad á la industria y á las artes, comprendiera datos, leyes, reglamentos y conocimientos útiles para los ingenieros electricistas, instaladores, fabricantes de máquinas, etc. Esta necesidad ha venido á satisfacerla el *Anuario de Electricidad*, en que se puede encontrar todo lo anteriormente enumerado, y algunas otras cosas muy curiosas, como el Mapa eléctrico de España, admirablemente litografiado.

El libro está ilustrado con infinidad de figuras y lujosamente encuadernado en tela.

\*  
\* \*

**L'évolution du droit et la conscience sociale**, par L. TANON, président à la Cour de Cassation.—Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 8.º, 166 páginas, 2,50 francos.

Todas las reglas y las instituciones jurídicas han estado siempre determinadas, bien por los intereses derivados de las condiciones de la vida, bien por los estados sucesivos de la conciencia social. La utilidad propiamente dicha no basta para explicar todas estas transformaciones y reglas; su explicación total, su perfecta inteligencia, no pueden hallarse más que en la unión de estos dos elementos.

La relación necesaria entre la utilidad y la conciencia de la sociedad se revela siempre en el derecho, pues esta utilidad es la utilidad social, y esta relación puede reconocerse confrontando la citada utilidad con las otras ideas de justicia alimentadas por la conciencia pública.

El Sr. Tanon se propone demostrar que el término de bien común es el que convendría mejor al principio del derecho si se le

quiere llevar á la unidad verbal y separarle de los equívocos que se refieren siempre á la idea de simple utilidad. Lo que constituye el valor común de las generalizaciones cuando se habla de utilidad social, de bien común, de condiciones de la vida ó de conciencia pública, es que aquéllos oponen á los principios del derecho natural un concepto positivo de orden jurídico solamente compatible con los datos de su formación histórica.

Su valor comparado consiste en que tales generalizaciones expresan la evaluación social en todos sus aspectos, los bienes materiales y morales que es preciso saber distinguir siempre en la realidad del derecho, y que constituyen el objeto de toda ley jurídica.

\*  
\* \*

**Essais sur le mysticisme spéculatif en Allemagne au XIV<sup>e</sup> siècle**, par H. DELACROIX.—*Paris, Félix Alcan, editor.*—*Un volumen en 4.<sup>o</sup>, XVI-287 páginas, 5 francos.*

En esta obra se ha propuesto el autor analizar el misticismo de los filósofos y los teólogos alemanes del siglo XIV y dar á conocer las diversas causas que han concurrido á la formación de aquél. Ha reconstruído, con las obras alemanas y latinas á la vista, la doctrina de Ecart, y la ha relacionado con el neoplatonismo alejandrino, sirviéndole como intermediario el seudo Areopagita. Pero esta doctrina no es un fenómeno aislado en el siglo XIV, pues otras sectas religiosas de la misma época profesan ideas análogas y enseñan una especie de religion panteística que á menudo se relaciona con las ideas esenciales de Ecart, á quien se ha creído en ocasiones maestro de estos heréticos; pero esa hipótesis no está confirmada por hecho alguno. El Sr. Delacroix cree, y ha tratado de demostrar, que estas doctrinas populares y la filosofía de Ecart tienen el mismo origen. La filosofía de este tiempo se opone, pues, á la escolástica: es una suerte de renacimiento del platonismo, en el cual se puede notar una muchedumbre de ideas desenvueltas más tarde por la filosofía alemana. El estudio de los hechos históricos y de las formas sociales que han acompañado á la aparición de estas ideas ocupa un gran espacio en esta obra, que no es más que un estudio estrictamente histórico del Estado alemán en la Edad Media.

\*  
\* \*

**La marche de l'humanité et les grands hommes d'après la doctrine positive**, par E. BOMBARD, ancien élève de l'École polytechnique, colonel d'artillerie en retraite, membre du Comité de la Société de Sociologie de Paris.—*Paris, Giard et Brière.*—*Un volumen en 4.<sup>o</sup>, 313 páginas, 8 francos.*

Este libro, que es un resumen de las ideas positivas, comprende dos partes y un apéndice: en la primera, de gran extensión, ha trazado el autor á grandes rasgos la historia de la humanidad desde el origen de las sociedades hasta hoy, y ha indicado, en algunas líneas consagradas á los grandes hombres de cada época,

la influencia que cada uno de ellos ha ejercido en la marcha de la civilización.

Demuestra el Sr. Bombard que el malestar social de nuestros días en Europa no es más que la consecuencia de la lucha entre la ciencia y la teología, lucha sorda entablada ya en la antigüedad griega y que tomó un carácter más acentuado á partir del siglo XVI. En 1789 la ciencia se creyó en estado de usurpar el puesto á la teología y de tomar la dirección de los asuntos humanos; pero esta creencia era pura ilusión, pues le faltaba todavía el conocimiento de las leyes biológicas y sociológicas.

Cree el autor que el catolicismo, aunque sirvió de guía á los pueblos occidentales en los tiempos medios, no tiene hoy base de sustentación en las sociedades modernas, error tremendo de los que esperan única y exclusivamente de la ciencia una dirección moral que levante el espíritu de los pueblos.

En la segunda parte, titulada *Evolución especial de la inteligencia humana*, pone de relieve el autor la importancia de la ciencia abstracta que, según él ha sido, hasta lo presente, causa única de la superioridad de la raza blanca. El apéndice es un resumen muy sucinto de las principales teorías del positivismo.

P. V.

\*  
\* \*

**Erratas importantes** del artículo publicado en esta REVISTA en el número de 30 de Marzo, página 583, con el título Reformas que conviene hacer en la enseñanza militar de España:

Página.	LÍNEA		DICE	DEBE DECIR
	Por arriba.	Por abajo.		
584	14	»	colectivas	colecticias
587	18	»	sus competencias,	su competencia
587	»	16	ingestiones	sugestiones
595	»	9 y 10	disminuir	diseminar